

Lalla Romano

LA PENUMBRA QUE HEMOS ATRAVESADO

PERIFÉRICA



LARGO RECORRIDO, 142

Lalla Romano
LA PENUMBRA
QUE HEMOS ATRAVESADO
TRADUCCIÓN DE NATALIA ZARCO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *La penombra che abbiamo attraversato*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Lalla Romano Estate. Publicado en Italia por Giulio Einaudi Editore, Turín.
Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© de la traducción, Natalia Zarco, 2019
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-10-8

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

... un aire tormentoso, el aire natal.

UMBERTO SABA

PRIMERA PARTE

La habitación, pequeña como una celda, estaba pintada de un fiero amarillo; la cama, enorme, de hierro, con unas rayas que trataban de imitar la madera. En el aire, bochornoso, flotaba un desagradable olor a humo. Revoloteaban dos moscas, como las que tiemblan en unos ojos enfermos.

Me había tumbado y trataba de no pensar. El somier, a cada mínimo movimiento, gemía con un sonido de órgano.

De pequeña oí muchas veces criticar los hoteles. Decían que había pulgas. A mí, aquello me parecía una especie de privilegio que tenían los hoteles. En las casas saltaba la alarma si se encontraba una pulga, que apenas vista desaparecía como un duende, y había que buscarla con empeño y aplastarla entre las uñas. Algo horrible que yo observaba con repugnancia.

Los niños pobres, las compañeras de escuela, tenían infinidad de ronchas rojas en el cuello, eran picaduras de pulga. Porque dormían sin sábanas.

También Murò tenía pulgas a veces; pero las pulgas de los perros no atacaban a las personas.

Una vez, papá encontró chinches en un hotel. (Los chinches, más temibles aún que las pulgas, eran una rareza, casi un lujo.) Había levantado la almohada: los chinches, negros, planos, corrían por la sábana. Papá lo contaba despacio, con una precisión fabulosa. Y yo veía los chinches como la imagen lejana, minúscula, de un ejército de guerreros protegidos con sus escudos, en marcha sobre una llanura nevada.

Aunque quizá no fue en un hotel. Quizá fue en el Santuario de Sant'Anna di Vinadio, donde papá era alojado con gran consideración. Tenía derecho a una habitación para él solo, la de la administración; mientras el resto de peregrinos dormían todos juntos.

De aquel lugar, papá nos traía a los niños escapularios. Eran pequeños retales de felpa con imágenes de Santa Ana, atados a un cordón de áspera lana negra. Debían colgarse al cuello, bajo la ropa. Pero nunca llegamos a llevarlos.

Papá no regresaba jamás de un viaje sin un regalo. De Turín nos traía ramilletes de miosotis o de muguete en cucuruchos de papel; de la montaña nos traía flores raras, como la llamada «reina de los Alpes», una flor azul, rígida y de hojas dentadas como un broche.

En Ponte nunca estuve en un hotel; todos los parientes solían alojarse en nuestra casa.

Pero es cierto que, en aquel tiempo, los hoteles empezaron a encontrar su lugar en la forma de

vida del pueblo.

El más familiar era el Europa, que ocupaba dos pisos del edificio de nuestra casa; éramos amigos de Lino, dueño del Tre Colombe, que se llamaba así porque él era cazador; luego estaba el Hotel del Giglio, en la Piazza Nuova, que había diseñado papá y era *de lujo*.

Quizá no era de lujo ni siquiera el Giglio. Una vez leí en una guía que todos los alojamientos de Ponte Stura eran de cuarta categoría.

Me dio pena. ¿Acaso era tan mísero el pueblo donde papá había sido admirado, amado, donde «ellos» habían sido felices, donde «habíamos sido ricos»? Me pareció un desprecio, una humillación. (La pobreza manifiesta del pueblo no me importaba más que la de cualquier otro.)

Lo increíble fue que Ponte Stura continuara existiendo.

Inmediatamente después de irnos, desde la ciudad a la que nos habíamos mudado, miraba hacia las montañas que cercaban el horizonte y pensaba: allí está... pero en realidad lo que quería decir es allí *estaba*...

Respecto a nuestra partida, sólo recuerdo que era otoño y llovía. También que mamá repartía toda suerte de objetos: animales disecados que había encontrado en la casa cuando llegó recién casada, algunos muebles, los cuadros que no vinieron a la nueva vivienda. Quizá regaló también todos mis preciosos tebeos pensando que, puesto que ya iba a pasar a secundaria, no volverían a interesarme.

No recuerdo nada más. Sé que estábamos en guerra, fue el otoño de Caporetto, y se respiraba un aire de derrota.

Nos dábamos cuenta, de pequeñas, de que mamá evitaba hablar de Ponte. Apretaba los labios, como con gesto de desdén. Aquello me entristecía.

Sabíamos que había estado Madrina, y que habían estado «las señoras». (En la ciudad, mamá no recibió más visitas ni frecuentó a más señoras.)

Según nosotros, eran tonterías. Ella no se explicaba. Le parecía, incluso, que en verano Ponte no era fresco, que no había paseos a la sombra.

Pero en uno de sus últimos días, en una tregua de su enfermedad, exclamó súbitamente: «¡Qué felices fuimos!».

La antigua felicidad que mamá había perdido junto con Ponte, cuando era pequeña, yo la percibía sólo por breves instantes, en inesperados relámpagos. Era, creo, como una corriente profunda que alimentaba mis raíces, mientras yo me sentía azotada por conflictos, incertidumbre y miedo. En esos momentos me esforzaba por aislar o recuperar el hilo de los recuerdos.

La singularidad de ese esfuerzo consiste en que pertenece a aquel tiempo. Fue entonces cuando empezó.

Apenas fui capaz de reflexionar, conseguí distinguir un presente y un pasado; en el mismo pasado distinguía dos tiempos; uno comprendía mi primera infancia y la vida de mis padres, tiempos de los que, a retazos, lograba rescatar la memoria; antes se daba otro tiempo aún más vago, los antecedentes: episodios de la infancia y juventud de mis padres. (La historia y los cuentos coinciden en algo que no es temporal, porque no iba ligado a mi existencia ni a la de los míos.)

Esta cronología era amplia, compleja y, además, esquemática, igual que decimos: alto, medio y bajo Imperio.

El sentimiento dominante era el de haber llegado tarde: cuando lo más importante ya había sucedido. El tiempo maravilloso era siempre «el tiempo pasado».

También pertenecían al «tiempo pasado» algunas fiestas que yo trataba de imaginar. Su encanto venía sugerido por la forma en que mamá nombraba los lugares, las personas. Los nombres eran pronunciados por ella con expresión hierática más que nostálgica y, sin embargo, fugazmente, como solía hacer, de forma que aparecían y desaparecían y resultaban mucho más misteriosos.

Papá y mamá fueron en trineo a Festiona. Festiona la recuerdo muy bien: era una aldea al lado del Stura, oculta en el bosque, adonde se iba a recoger setas; estaba algo lejos, no muy conocida, sin ninguna particularidad, sólo que era muy húmeda, como todas las poblaciones que se encuentran cerca de los bosques.

Pero pensando que habían ido hasta allí con un trineo, una tarde de invierno –¿llevaban también cascabeles?– y que regresaron por la noche –¿usaron antorchas?– se convertía en un lugar remoto y fabuloso.

Habían alcanzado el Ponte di Festiona pasando por la carretera nacional. El trayecto no es muy largo cuando se hace en verano. Pero yo lo imaginaba larguísimo y, además, recorrido a velocidad de sueño.

En adelante no volvieron a utilizar el trineo. ¿Por qué no se repitió más aquel viaje?

–El Maestro ha muerto –anunció mamá.

Yo conocía a un maestro, nuestro vecino de casa, pero al Maestro de Festiona no llegué a conocerlo; sólo sabía que tenía barba.

Había comprendido, por cómo hablaba mamá de él, que debía de ser una de esas personas – pocas– que ella admiraba sin reservas. Podía llegar a suponer en él algún matiz de caballería, de originalidad.

Mamá admiraba incluso la muerte del Maestro. Para ella fue un hecho ejemplar; siempre parecía iluminarse cuando lo contaba, como maravillada ante algo simplemente perfecto.

El Maestro era también campesino. Trabajaba en el campo cuando sintió que llegaba su hora. Entonces se sentó en el suelo, se quitó el sombrero, hizo la señal de la cruz y murió.

Casi todos los lugares de Ponte Stura tienen para mí la fascinación del «tiempo pasado».

Papá solía salir de caza por las montañas, cuando yo no había nacido aún, en aquellas famosas expediciones con Gino de Cornalè y otros cazadores. Expediciones que duraban a veces días y de las cuales regresaba con un rebeco como trofeo. Papá continuó, en el *futuro*, yendo de caza, pero sus excursiones no volvieron a ser hazañas memorables.

Los nombres de aquellas montañas, de sonido extraño y misterioso, como si vinieran de una lengua ignota, acompañaban con su eco aquellas hazañas. Eran el Tinibras, el Nebius, el Ischiator. Evocaban paisajes árticos, desolados y solemnes. Papá hablaba de la caza de alta montaña desde la experiencia de quien ha estado allí; prometió llevarme.

Me llevó una vez cuando era muy pequeña, a través de un desfiladero llamado de la Ortica. Pero las montañas más inmensas se mantenían siempre allí delante, con sus picos colosales ante nosotros. Y no sólo para mí resultaban inalcanzables; ya nadie solía atravesarlos.

¿Y las verbenas? Siempre había verbenas: como la de la Perosa, o la de Fedio. Cada año, en septiembre. Entonces, mamá hacía aquel gesto de fastidio, papá no decía que no, pero luego tenía mucho que hacer, y al final nunca íbamos.

¡Sólo una vez! La vez que el señor Termignon elevó un globo por encima de la pradera de Perosa: un balón de papel con forma de globo aerostático, que ascendía impulsado por una llama.

¿Y las meriendas en el Castello? Papá fotografió al grupo con el mantel extendido en la hierba. Detrás, de pie, estaban las sirvientas.

También aparecen los niños. Felicino vestido de niña. Con el gorrito de largos encajes, en brazos de su madre, manifestaba ya un aire de suficiencia muy cómico en un niño tan pequeño. En la fotografía vemos también a los padres de Idina; el padre con la caña bajo el brazo y un hombro más alto que el otro, los ojos entornados por la luz como quien vive siempre a oscuras. De hecho, yo nunca lo vi fuera de la farmacia; todo lo más en los soportales, sentado en el parapeto de profundo arco alto del lado de la calle, jugando a las damas.

Tengo la sospecha de que esa excursión al Castello fue cuando yo ya existía (quizá aún en mi cuna).

El «tiempo pasado», libre de remordimientos, fue aquél.

Mi madre, recién casada, fue recibida en la Piazza Valloria, justo delante de casa, por la banda de música municipal. Es fácil imaginar que mi madre se sintió incómoda pero que sonrió por

amabilidad.

Aquella fue su época más secreta para mí; sólo mucho tiempo después, tras su muerte, he aprendido a considerarla como parte esencial de ella.

Pero en Ponte Stura he querido encontrarme sólo con mi madre de entonces, olvidando el final. He tratado de evitar recordar, siempre que he podido, que mi madre ya no está.

También es cierto que ella, hacia el final, había vuelto a parecerse mucho a aquella muchacha de Ponte: pálida y sutil, con la sonrisa algo orgullosa, esquiva (para los demás), tierna e irónica (para nosotros).

Para papá, el valle era en cierta manera su lugar natal. Fue entregado al nacer a una nodriza en Rialpo, una aldea de montaña a una hora de Ponte; y allí se quedó hasta los seis años. El misterio de aquella larga estancia, no nos causó mayor interés de pequeñas, de manera que nunca supimos el motivo.

Papá quería mucho a su ama de cría; ya de vieja vino a verlo algunas veces a Ponte. En la fotografía que mi padre le hizo, de pie junto a la escalera exterior de madera de su casa de Rialpo, la pequeña mujer, con sus manos cruzadas sobre el estómago, era modesta y solemne como los santos antiguos.

Ya había muerto cuando mis padres se casaron, y mi madre supo de ella a través de Madrina.

La nodriza salía de Rialpo e iba hasta Ponte para ver a mi padre. Lo buscaba en la plaza, o en el Ayuntamiento, y lo miraba de lejos sin hacerse notar: para no molestarlo. Después se volvía a su pueblo sin haberle hablado, feliz.

Tanta humildad fascinaba a mi madre.

De pequeñas todo lo que supimos de la historia de su amor fue que papá, mientras todavía iba al instituto, hacía prácticas en el taller del abuelo, y algunas tardes le pedían que llevase de paseo, por la muralla, a mi madre, que era pequeña (papá tenía quince años más que ella). Papá decía que fue entonces cuando decidió que se casarían.

Esta cuestión nos dejaba indiferentes, y cuando le preguntábamos a mamá, apretaba los labios.

Pero una vez mamá confesó algo sorprendente.

En el comedor había colgado un enorme cuadro en el que unos pescadores lanzaban las redes; llevaban los pantalones remangados hasta la rodilla y en la cabeza sombreros rojos y negros; al fondo humeaba el Vesubio. Toda la escena era plomiza. Aquel cuadro era un regalo de boda; no tenía mucha calidad como pintura, pero a mi madre le gustaba porque le recordaba a Nápoles, adonde había ido de viaje con papá.

Mirando hacia el cuadro, mi madre contó no recuerdo a quién, pero fue en Ponte (en la otra casa el cuadro ya no estaba), que ella «se había enamorado de papá» en Posillipo.

¿Cómo podía ser posible? ¿Se había enamorado *después* de casarse? Estaba acostumbrada a las fábulas y a las historias en las que los amores difíciles acababan en boda. El amor de las fábulas, abstracto y frío pero también funesto y arrollador, no me aclaraba nada acerca de las emociones que lo acompañan.

Mamá añadió que fue *porque* (que se enamorase por un motivo concreto era otra cosa inaudita) papá se olvidaba de comer –estaban en un restaurante– mirando el mar y los pescadores que faenaban con las redes.

La imagen de papá absorto mirando con aire meditativo, grave, me era muy familiar: lo había visto contemplar así los cuadros, las montañas; había comprendido también que, puesto que para mi madre la belleza era algo primordial, quien fuese capaz de apreciarla le sería siempre alguien querido.

Ella no amaba las «cosas bellas»; admiraba los momentos fugaces de la naturaleza. La contemplación de mi madre era muy diferente a la de mi padre: era rápida. Después, se mostraba feliz. Y bajaba los ojos como si hubiese visto algo que los demás no veían.

II

Salgo a la calle frente al hotel y respiro profundamente. El aire es suficiente. Es mi aire.

En ningún otro valle cercano o lejano existe este aire. Lo reconozco por su aroma leve a leche, a estiércol, a hierbas silvestres. Pero no es un verdadero olor hasta tiempo después.

No he agotado nunca mi necesidad de aquel aire. Lo recuerdo pasado el tiempo y me nutre. Me atormenta también: por alguna razón incomprensible y quizá terrible. Ese aire es para mí el pasado: todo lo ocurrido. Para mí los representa también a «ellos». Y en ellos estoy incluida yo. La conciencia de ellos y de mí, que no estuvo diferenciada entonces y mucho menos lo está ahora.

El edificio largo y blanco a continuación del hotel era el Colegio de la Inmaculada. Todos los días, mamá me acompañaba a la ida y después venía a recogerme. Puesto que entonces no tenía que hacer el camino sola, el colegio no me parecía que estuviera lejos, como sí me lo pareció tiempo después.

En el *Giovedì*, la gacetilla que circulaba cuando mamá era pequeña (las gacetas se encontraban todas recogidas en un grueso volumen encuadernado), aparecía un largo relato por entregas titulado «Cuando iba al colegio». Las gacetillas estaban amarillentas, y aquél era el mismo color del patio del colegio. No había leído el relato, pero me sabía de memoria las ilustraciones. Sentía mucha lástima del chico del quepis¹ (pertenecía a su uniforme del Colegio de Moncalieri). En una viñeta había apoyado un brazo en la tapia del recreo y, con la cabeza refugiada en él, lloraba.

El tío Andrea, de pequeño, fue golpeado hasta sangrar en el colegio. Mamá decía que cuando se cruzaba con el cura pálido y ceremonioso (¡fue él quien le pegó!) sentía ansias de rebelión.

Ella también fue a un internado, en Turín. Pero ella fue voluntariamente: en su casa, su madre había muerto.

El colegio de mamá estaba más allá del Po, y sus inmediaciones ocupaban toda una colina. Los estudiantes paseaban por las largas pérgolas y jugaban al croquet. Era un colegio de monjas francés. *Jamais le couteau à la bouche?*², nos reñía mamá en la mesa, imitando a la madre Mathilde.

También algunos alumnos del colegio de la Inmaculada eran huérfanos; pero eran pobres y los llamaban «protegidos».

Las hermanas vestían igual que las del Hospicio³, pero no resultaban tan cordiales; tenían un aire severo, distante.

Yo sabía que era un privilegio ir al Inmaculada: todos los demás niños iban al Hospicio.

Incluso mi hermana pequeña, a quien llamábamos «la hermanita», asistió a clases en el Hospicio.

Yo sabía que todo lo que mis padres hacían por mí era singular e importante. No porque ellos lo manifestaran. Por lo demás, siempre noté que, en general, a mi madre le gustaba evitar los lugares a los que iba todo el mundo y hacer lo que hacía todo el mundo.

Era invierno, todo estaba sepultado bajo la nieve. Mamá iba vestida de oscuro y llevaba un sombrero de pelo y un manguito. Se parecía, con aquel traje, a las patinadoras de los catálogos de moda. Su mano enguantada era cálida.

Mamá era silenciosa, sonreía con sus ojos oscuros y brillantes.

Me soltaba de su mano y subía los pocos escalones con la impresión de ir a perderme. Sabía que ella me miraba, pero no me volvía.

Dentro de la clase había una presencia que no derretía el hielo, pero que absorbía toda mi atención: mi maestra. Se llamaba Sor Nazzarena. Era alta, o al menos así me lo parecía, y tenía el rostro oval. Mamá decía que era muy guapa, y que su nombre le sonaba. Así fue como mi madre me sugirió el motivo de mi admiración. También los ejercicios de escritura propuestos por Sor Nazzarena tenían una perfección que parecía emanar de ella. Trataba de imitar sus trazos inclinados, ondulados, ligeros; mi incapacidad me hacía sufrir.

Las demás maestras, a excepción de la tercera, que fue un caso aparte, no me produjeron ninguna fascinación. No es que lo pensase entonces. No olvidé nunca a Sor Nazzarena y mi madre me acompañó algunas veces a visitarla. Debía de ser tímida, pues apenas hablaba, sonreía insegura; y de sus manos recibía una estampita.

Hasta la maestra de tercero no volví a sentir esa sensación mística de admiración; ahora ya tengo experiencia yo misma en atracciones y, en cierto sentido, en pasiones.

Mi madre había intuido mi culto silencioso y supo respetarlo.

También aquello fue un privilegio que no se repitió con la hermanita. Ella admiró a su vez a una hermana del Hospicio, pero la cosa nos pareció ridícula y en casa nos reíamos. ¿Una crueldad? La hermanita fue tratada de forma totalmente diferente a mí; pero no en el sentido de una mayor severidad. Ella misma reclamaba otras formas: más alegres, más ligeras.

A veces me avergonzaba de ella. Me provocaba fastidio, no eran celos, estaba claro que no la tomaban en serio. Para mí contrataron a una niñera en casa, y después a una gobernanta; la hermanita fue enviada con una niñera al campo: por ella no se hicieron cosas excepcionales.

En las tardes de invierno, si hacía sol, íbamos a ver a la hermanita. El camino era una pista de nieve resbaladiza donde se hundían los pies. Alguien me llevaba de la mano. Encontrábamos a la hermanita en el corral cubierto, ovillada en un butacón rústico, reseca por el sol. Nos envolvía un olor a leche y a establos. A mamá le preocupaban las moscas.

En aquellos momentos, la hermanita me repugnaba ya un poco, por aquel mismo olor a nido y a corral; no sabía que regresaría a casa.

Cuando volvió, vimos cuán pacífica era, pero a mí me parece que sufría por nuestro silencio turbador. Yo solía «hablar sola» y mi madre me dejaba hacer, no me interrumpía.

La hermanita tenía una muñeca de trapo vestida de tirolesa; la cogía en brazos y la sacudía canturreando sin parar: gui-go, gui-go. Todos encontraban graciosa aquella cantinela.

Cuando la hermanita empezó a ir al Hospicio nos contaba muchas cosas de allí. Todo era importante: la papelera y el huevo y los caramelos que le daba la directora.

La hermana preferida de la hermanita no era guapa; tenía la cara pálida, lisa, y ella la había bautizado como «la Maestra Plana». A mí me daba vergüenza aquel nombre, me resultaba indecente.

De hecho, la hermanita misma me parecía indecente, porque estaba gorda. Me di cuenta entonces de que yo era muy delgada. Mi madre sufría por mí porque no quería comer. La hermanita «comía de todo». A mí sólo me gustaban las patatas fritas. Odiaba la leche. A la hermanita le gustaba la leche, incluso la asquerosa «piel de la leche».

Todos querían darle besos. Ella se dejaba sentar en las rodillas y besar. En mi opinión no tenía dignidad.

A mí los besos me daban asco, porque me dejaban la cara húmeda; o rascaban. En esto, mamá y yo éramos iguales: ella tampoco soportaba los besos.

Todos admiraban «los ojazos» de la hermanita. Ella los abría tranquila, y miraba de frente a las personas. Yo normalmente solía mirar hacia otro lado. Distraída. Sobre todo por fastidio. Y evitaba en concreto mirar a la cara a la gente si ellos me miraban. Sentía inquietud por ese exceso de intimidad, incluso miedo: los rostros eran muy angulosos, llenos de bultos, pelos, manchas. Sólo me gustaba mirar a las personas bellas, que pertenecían a otra especie, como las ilustraciones de los libros.

No quería que me escrutasen. Quizá porque solía estar callada, siempre parecía pensativa.

—Es muy observadora —dijo el señor Termignon. Fue una ocurrencia célebre, recordada luego año tras año. El señor Termignon, hermano de aquel que elevó el globo en la verbena de la Perosa, era hojalatero y literato. Lo recuerdo, alto y calvo, declamando poesía.

No llegué a saber bien qué entendía de los versos; pero siempre interpreté su interés como un signo de solidaridad por su parte. El señor Termignon sufría por no haber podido estudiar, y tenía cierta empatía fraterna por los caracteres «contemplativos».

A mí me preocupaba lo de ser tomada en serio. A las dos hermanas nos peinaban al estilo «paje», como se llevaba entonces. La hermanita mantenía un precioso flequillo liso, mientras que el mío siempre estaba descompuesto. Llegaba un momento en que mis cabellos no se quedaban en su lugar. Era, solían decir, como la «rueda de la fortuna»; pero yo sabía que era para consolarme. Me irritaba mucho que me compadecieran: ¿qué me importaba a mí el flequillo?

La hermanita divertía a todos con su ingenuidad. Yo sentía vergüenza ajena de ella, y hubiera querido hacerla callar.

Le preguntaron qué era la guerra —es decir, la Gran Guerra— y ella respondió que una enorme barra de hierro. Tiempo después se lo recordé a mi hermana; riendo, ella añadió que en aquel momento se imaginaba la barra de hierro en una silla sobre una montaña.

Le dijeron que en la escuela la bedela ponía la tinta en los tinteros; la hermanita creía que «bedela» era un pájaro, que metía la tinta con el pico en los tinteros. Me dejaba atónita su capacidad de imaginar cosas semejantes, pero no la apreciaba, la juzgaba irracional.

La hermanita personificaba todo aquello que yo detestaba: la condescendencia, la credulidad. No la maltrataba, por supuesto, pero me despertaba un instinto de corromperla. Una vez la cogí de la mano y le sugerí robar dulces de una caja que mamá guardaba en un armario. Yo en absoluto era golosa, pero recuerdo, sin embargo, la sutil satisfacción malvada de inducir a un inocente a hacer algo prohibido.

Fue con la llegada de la hermanita cuando descubrí que yo podía ser malvada. Lo cual fue motivo de remordimiento e incluso de temor, puesto que mi instinto me parecía irremediable.

No era, pues, verdaderamente, remordimiento, aquello que me sobrevenía, era piedad. Y no sólo debido a mi propia animadversión. Me daba cuenta de que con todo eso de considerar graciosa a la hermanita los adultos la veían casi como un animalillo; y que su docilidad la dejaba a merced de los demás.

Sentía piedad, en secreto, por muchos seres: por los viejos, por los pobres. Por los perros y los niños golpeados, incluso por las flores cortadas; pero la piedad por un ser tan cercano me resultaba casi insoportable. Mi intolerancia nacía también de aquella rebelión.

Piazza Nuova: igual que siempre, vacía. A ambos lados la cierran todavía las antiguas hileras de castaños.

El nombre de la plaza, ahora, es el de un partisano; pero la historia, «lo que sucedió después», para mí no existe en Ponte. Ponte para mí está detenido. Como el hombrecillo del fondo, al final de la plaza.

También entonces un hombrecillo idéntico se paraba allí, casi «posando» ante aquella casa alta (durante un tiempo tenía una inscripción: PALESTRA GINNASTICA, pertenecía al cuartel). Yo lo

había visto siempre así, de lejos. No quería que desapareciera cuando alguien pasaba por delante, pero pasaban igual. Incluso en las viejas postales aquel hombrecillo aparecía siempre en el mismo lugar.

Según parece, Ponte Stura se mantiene a su vez inmóvil. ¿También lo estaba entonces? Quizá por eso, porque las cosas no permanecen inmóviles sin perder la vida, Ponte Stura sigue muriendo lentamente.

Pero a mí me consuela. Y pienso que es en esa inmutabilidad en lo que consiste su «verdadera» existencia: la mía.

III

De pequeña, cuando tenía que cruzar el pueblo sola, sentía un leve desasosiego similar al que siento ahora. No era lo desconocido lo que me atemorizaba, sino al contrario, el hecho de que era conocida, y por esa razón podía ser saludada, interpelada. Supongo que temía esa constante amenaza a mi libertad. Pero ¿ahora? El motivo auténtico sigue siendo el mismo de entonces: quiero evitar a la gente.

El temor a la gente podía convertirse en algo morboso, inducirme a una suerte de vileza. Era el drama de algunos domingos por la tarde. ¿Cómo lo hacían los demás? Lo ignoraba pero hubiera querido saberlo. Lo que sí detestaba era la indefectible costumbre que tenían papá y mamá de decidir «dar un paseo hasta Stura».

Me invadía una sensación de derrota, como si al decidir aquello mi familia aceptase voluntariamente una suerte de exclusión, de inferioridad. Las tardes de domingo en Stura pertenecen precisamente al tiempo en el que mis padres dejaron de frecuentar la sociedad.

Para dar aquel paseo nos vestíamos de campo. Tenía que ponerme las botas de montaña porque los caminos y los prados hasta Stura solían estar encharcados. En aquel entonces ya había nacido la hermanita, y para ella todo estaba bien. Se dejaba vestir plácidamente, mientras yo no osaba ni soñar con hacerla partícipe de mi disgusto: no me habría entendido.

No decía nada, pero papá me observaba. Sospecho que quizá él sí comprendía. Enfurruñada, me disponía a seguirlo, y entonces me pedía, poniéndome una moneda en la mano: «Ve adonde Aglietta y tráeme *La Stampa*». Cumplir una misión para papá era siempre un motivo de alegría y de orgullo; pero en aquellos momentos se convertía en una prueba pesada, el colmo de la humillación. Apretando el dinero en el puño, salía por la parte de atrás de la casa para que no me vieran las chicas del Europa. Enfilaba bajo los pórticos con el corazón en la boca. Caminaba ágil, ligera, sin correr, pero los clavos de las botas hacían de igual modo aquel ruido como un chirrido. Temía encontrarme a la gente, sobre todo a las compañeras de escuela o, mucho peor, a Felicino Calvi. Me habría mirado los zapatos (él los llamaba con desprecio «botas a las finas hierbas») y me habría preguntado con su irónica sonrisa: «¿Vas a la montaña?».

Mi indignación, si Felicino llega a pillarme, así hubiera sido tanta que me hubiera avergonzado incluso de la montaña.

La montaña era para mí (como para mi madre) la belleza. La belleza de las personas me encantaba, pero también me turbaba, y algunas veces incluso me conmocionaba; mientras que en la

montaña, con el viento, el silencio... podía abandonarme. Que hubiera gente a la que no le gustara no me importaba; es más, me parecía bien. El mío era un amor exclusivo.

No es que renegase de ella, es que mi pasión más verdadera y la más pura solía oscurecerse y ocultarse tras otras momentáneas y mezquinas.

Tampoco creo que todo fuera mezquino: era también, como en los celos, la angustia por la intrusión de otros.

Deseaba pasar los domingos en algún otro sitio además de Stura. (Los campos a lo largo del río eran parajes bien distintos a los arriesgados senderos de las montañas.)

Yo sospechaba que se celebraban reuniones, puede que en el Círculo, pasatiempos que ignoraba y que, justo por eso, suponía importantes. No imaginaba nada, no sólo por falta de información, también porque mi pasión era abstracta, hecha de una queja vaga y casi fastidiosa. Y en eso se basaba quizá mi único argumento.

A papá y mamá les bastaba, estaba claro, su propia compañía, no sentían ninguna curiosidad por la vida de los demás, y los evitaban. De manera que ésta fue mi primera rebelión contra la «feliz vida» de mis padres.

La inquietud por «no llevar ropa adecuada» se remonta a tiempos más lejanos (antes de la hermanita).

Llegaron a casa unos niños disfrazados, con sus madres, para que papá les hiciera una fotografía. Llevaban trajes brillantes, un manto en bandolera, y en las manos un címbalo. Las niñas iban de «zíngaras». Una de ellas era Maria Lazzaro, a quien yo admiraba mucho. La admiraba por dos razones: porque era huérfana y porque era guapísima. Tenía los ojos oscuros, grandes y tristes, con un aire aristocrático que la hacía parecer una señora más que una niña. Su presencia otorgaba importancia a la fiesta, y eso hacía que me diese aún más rabia estar excluida.

Me propusieron salir en la foto; aquella invitación, que no tomaba en cuenta mi falta de vestuario, me desesperó y redobló mis sollozos.

Entonces, aquellas señoras le dejaron algo de ropa a mi madre, retales, mantones; me ajustaron con alfileres una especie de turbante de seda amarilla y me fajaron hasta las axilas. Dijeron que era un «moro».

Llena de desprecio por aquel disfraz improvisado, consentí unirme al grupo, subiéndome de pie sobre un taburete, detrás de todos, de manera que sólo se me veía la cabeza. En medio de los demás niños tan engalanados y serios, aparecía mohina, desenfocada, con un destello en los ojos (brillaban por las lágrimas) y la mirada llena de rencor y humillación.

También a causa del traje me sentí malvada durante todo el día de la Primera Comuni3n. Era consciente de que el mío era, de lejos, el más elegante, todo de encaje de Chantilly (que también era el nombre de una crema pastelera); pero seg3n la moda (de Tur3n) era corto, por encima de la

rodilla; aquello fue el motivo de mi vergüenza. Las demás niñas llevaban vestidos largos, almidonados. ¡A mamá no le interesaba lo más mínimo hacer lo que hacían los demás!

En las fotografías que papá me hizo aquel día se ve cómo mis rodillas huesudas asoman del vestido; en mi cara, que normalmente aparecía absorta o distraída, hay una mirada fija, casi insolente, y una sonrisa forzada, con los labios apretados.

Resultaba, pese al componente de vanidad, demasiado seria. Vanidad había bien poca.

Para otro Carnaval sí que tuve un disfraz: de *ciociara*⁴. De seda color lila, con una greca de paño negro, el corpiño de terciopelo y, en la cabeza, un pañuelo anudado que caía por la espalda. Pero aun así no fui en absoluto alegre, sino decepcionada y aburrida. (Las tan idealizadas fiestas me resultaban insoportables, como a mi madre.)

Como los otros niños me parecían seguros, consideraba mi inseguridad un motivo para sentirme inferior: pero sólo en las relaciones con el mundo. Respecto a mí, estaba muy contenta de ser como era; en cierto modo me sentía «superior».

Pero mi superioridad no la veía como un privilegio, sino como una fatalidad, casi un azar. Me resultaba, en cierta forma, indiferente. De hecho, no me servía siquiera de consuelo en los momentos en los que me avergonzaba por cualquier cosa.

IV

En la calle llena de piedras, que seguí para evitar los pórticos, me pregunté si sería la misma por la que Ciota me llevaba de la mano, algunas veces, a ver a su familia.

La madre de Ciota, alta y delgada, de perfil afilado, silenciosa, aparecía por el sendero con un haz de ramas. Incluso en casa llevaba el pañuelo anudado bajo la barbilla. Tenía los labios finos, cerrados y apretados; miraba de soslayo. Como a mí me parecía una señora admirable, me intimidaba; y a veces temía que no le gustara mi presencia y me sentía mortificada.

El padre era gordo, alegre, con bigotes blancos. Tocaba el trombón en la banda municipal. Por eso encontré muy natural lo que había contado mi padre de él, que su nombre era el de un músico famoso: Wagner. El padre de Ciota había presentado una instancia al Ayuntamiento para ponerse ese nombre, que prefería, pero en el registro lo habían escrito mal, Waghen. (A mí me parecía que Waghen Ciota sonaba mejor.)

No he conseguido encontrar la antigua casa de Ciota, que tenía una empinada escalera exterior. En aquella escalera se cayó, de pequeña, una de sus hermanas, Teresin, y se quedó muda.

Los mudos tenían un lenguaje que consistía en gestos frenéticos. En Ponte había una chica a la que todos llamaban *la Muda*. Gesticulaba, y miraba a los ojos dando pequeños gritos agudos. Los niños gritaban: «¡La Muda, la Muda!», y salían corriendo. Yo me mantenía firme, pese a sentir un escalofrío por todo el cuerpo. Se la veía sobre todo por la zona de Castello, porque era la hija del vigilante; su figura no resultaba fea; era bella pero siniestra, añadía un elemento más de fascinación a aquel lugar solitario.

Eran mudos también los numerosos «locos» de Ponte: enanos y con bocio, algunos peludos hasta los ojos como animales, otros lampiños, con la piel rugosa y pálida como la cáscara de los higos blancos. Saludaban con gesto alegre, insinuaban con sus pobres gemidos un discurso urgente. Nadie intentaba entenderlo, sólo se les respondía al saludo.

Yo los miraba con más agrado que a las demás personas: porque sus ojos no eran inquisitivos.

Pero Teresin no era idiota. Era dulce y risueña. Tenía los ojos grandes y saltones, e iba encorvada, como si no tuviera huesos. Sus manos eran tan blandas que parecían hechas de pasta. Me daban un poco de asco porque me parecían muertas: muertas pero calientes. Teresin pertenecía sin remedio a la otra mitad del mundo (como la noche es la mitad del día).

De siempre había visto criaturas extrañas y no me asombraban. Además, yo también hallaba aspectos repugnantes en casi todos los adultos. Incluso había animales que daban cierto asco.

Reconocía una escala de seres que respondía a un orden variado y contrastado. Incluso la belleza, si resultaba fascinante en gran medida, era una forma de monstruosidad, por su condición de «innatural». Sólo la belleza de mi madre, de mi tía y de mis primas me parecía justa.

¿Existían personas *neutras*? Ciota, por ejemplo, ¿era guapa o fea? No me lo preguntaba. Tenía un rostro irregular, la nariz torcida, pecosa, la boca grande y burlona, los ojos cantarines. Por comparación ¿no resultaba algo aburrida la *verdadera* belleza?

Un poco antes me he topado, a lo largo de un muro cubierto de tejas planas, con la puerta del Hospicio. Tras aquella puerta había una explanada de grava, un pórtico y una terraza. Ahí iba de pequeña, para aprender a cantar. Las hermanas del Hospicio preparaban a las niñas de la escuela para la procesión del día del Corpus. Alineadas en varias filas cantábamos el «Pange lingua» y «Mira il tuo popolo» (estos cantos se llamaban «alabanzas»).

Aquellos coros me emocionaban íntimamente. Incluso la procesión me exaltaba. Las voces nasales de las mujeres se alternaban o cubrían las nuestras. Desfilaban lentamente, inmersas en el perfume de las rosas deshojadas.

Mi madre me mandaba, pero ella no participaba. No le gustaban las ceremonias, ni siquiera las religiosas. En cambio, para mí, aquéllos eran los únicos momentos alegres de la religión; mientras que las reflexiones sobre Dios y la «vida eterna» me sumían en la oscuridad, en infinitas preguntas.

Mi madre nos hacía rezar las oraciones; añadía al Padrenuestro y al Avemaría otras oraciones pequeñas, que tenían algo de afectuoso, pero poco serio, como: «Jesusito, bendice mi casita, manda tus ángeles a custodiar la paz, la salud, vuestra santa bendición (también un poco ilógicas: ¿qué quería decir *custodiar la bendición*?).

Todo lo que sabía de religión lo aprendí en el catecismo. Las *respuestas* que necesitaba saber de memoria, y que se pronunciaban con su cantinela, o eran obvias y repetían la pregunta, u oscuras. Sólo había una sobre la que yo había focalizado toda mi religión. La frase era: «Dios está en el Cielo, en la Tierra y en todas partes». La repetía a menudo para mí. Aquella idea me infundía una gran seguridad y paz, casi una felicidad: aunque no siempre me pareció real.

Una de las grandes cuestiones era, sin lugar a dudas, la del «pecado original», cuya fatalidad me angustiaba por su condición de inexorable. Sospechaba que también ahí se me ocultaba algo, como en los asuntos referentes al nacimiento.

Pero en el coro y en la procesión me sentía ligera, elevada: no temía las dificultades. Experimentaba incluso una sensación (nueva y apremiante) de devoción.

Esparcía los pétalos de rosa, los cogía a puñados de la cestita. No me preocupaba de los restos (como hubiera ocurrido en circunstancias normales); tenía además la impresión de invocar una

abundancia sin límites.

Detrás de la escuela debía de haber un muro alto, muy alto y negro, húmedo, de cuyas grietas brotaban pequeños helechos y unas florecillas color violeta. En aquel punto casi desierto de la calle se asemejaba a una gruta. No he conseguido encontrar aquel muro, y me ha parecido que la calle desembocaba enseguida en la placita Valloria.

Antes de enfrentarme a la casa di una vuelta por detrás: para tomar la calle con otra perspectiva; en realidad fue para aplazar un poco el encuentro con la casa. En la calle, que ascendía ligeramente, se me apareció ante los ojos, a contraluz, otra imagen «eterna» de Ponte Stura: la silueta de un cojo.

Lisiados, zambos y cojos se veían a montones en Ponte Stura. Pertenecían a una especie menos desoladora de monstruos.

A algunas personas (las chicas) cojear un poco les daba un aire gracioso. Suintina, por ejemplo, era bonita de cara, cuando reía arrugaba la nariz y mostraba sus pequeños dientes. Hablaba con gran desparpajo, con expresiones apasionadas y al mismo tiempo cómicas. Sus discursos me parecían de locos, pero al final su risa demostraba que su intención era bromear.

Abrazándose a sí misma, a su pecho infantil, decía: «¡Quisiera tener uno todo para mí!». Su pasión eran los niños pequeñitos, los bebés. «¡Preferiría encontrarme uno en la cama en vez de a un novio!» Se jactaba de ser capaz ella sola de poder hacerlo reír con algunos versos y cancioncillas que se sabía.

Yo la miraba asombrada y creía que existía una correspondencia entre su extravagancia y lo de ser coja. Cuando se movía, sus largos pendientes oscilaban en su cuello.

Una vez intenté imitar el origen de aquel movimiento pendular. Quería averiguar qué se sentía, cómo se veían las cosas; si las cosas bailaban. Y, de hecho, bailaban.

Ciota me descubrió y me regañó: no se burlaba uno de los infelices. No me defendí, creí que realmente me había burlado con aquella imitación, y sentí remordimientos.

El cojo avanzaba muy despacio. Se paró apenas se dio cuenta de mi presencia, y luego continuó, balanceándose, hacia mí, como un insecto que hubiera sido importunado.

Me alcanzó, pasó a mi lado y siguió subiendo por la cuesta llena de piedras; surcada, como en aquel tiempo, por las regueras que abría la lluvia.

La cabeza, como una pera, acababa en unos ásperos rizos blancos; tenía los hombros caídos, arrastraba los pies torcidos, su traje viejo, descolorido y flojo como si estuviese vacío; en la mano, un manojo de sarmientos.

De repente supe quién era: Battistino Viola. Su padre, el notario, fue quien arrendó nuestra casa cuando nos fuimos de Ponte hace cuarenta años.

El estado de decadencia no respondía a algo coyuntural, o a dejadez, en Ponte; sin embargo, sentí cierto estupor, incluso pesadumbre, como si fuese por culpa de mi falta de atención que el hijo del notario hubiera llegado a mendicante.

El cojo atravesó el pórtico y pareció esfumarse en silencio.

La casa está en la parte alta de la pequeña plaza irregular, justo por donde se entra al pueblo, al final de una larga subida. En todas las postales panorámicas de Ponte Stura es la más visible: larga y blanca, con una extensa hilera de ventanas.

Que la casa fuese la dominante por encima de las demás era un privilegio que aceptaba como natural, un hecho consecuente con mi persona. Procedía de algo indefinido pero no por eso menos cierto. Había otros privilegios. En el álbum de postales (que solía hojear con placer) aparecía una titulada «Foro Romano». Sobre un fondo confuso destacaban dos (o tres) columnas acanaladas, elegantes, rematadas en la parte superior con un fragmento de cornisa. Aquellas dos columnas «eran yo». Y también esto era para mí naturalmente cierto, y no pregunté nunca la confirmación. Reconocía esas señales: como quien nace noble y aprende a reconocer su escudo de armas impreso.

Sin embargo, el mío era un derecho original, personal. La casa me parecía bella, y aquella sensación de dominio no tenía nada que ver con la riqueza.

Respecto a la riqueza de los demás no tenía dudas, salvo porque sospechaba que mis padres no la consideraban en absoluto importante, y no sólo eso, casi la despreciaban. Los escuchaba bromear sobre algunas personas ricas y avaras; se reían, por ejemplo, del alcalde, que obligaba a su familia a conversar a oscuras al caer la tarde para ahorrar electricidad. Se compadecían de otros, preocupados por el dinero: como si «los que tienen poco» fuesen más felices y, por tanto, más afortunados. A mí aquello me inquietaba.

—Papá —le pregunté—, ¿nosotros tenemos mucho dinero?

—Solamente calderilla —respondió él.

No me hizo gracia: la broma me dejó muy inquieta.

La tía Carlotta contaba que una vez, siendo yo pequeña, me vio pensativa y me preguntó:

—¿En qué piensas?

—En el dinero —contesté.

Cuando la tía lo recordaba en casa todos se reían y se burlaban de mí.

No pertenecíamos a la clase de los ricos, no tenía duda, pero los pobres obsequiaban a papá y a mamá, los señores los trataban de igual a igual. Sin embargo, en mi preocupación no había ningún desprecio por la pobreza, ni la certeza de ser rica me hacía altiva. En esto estaba de acuerdo con mis padres, que se mostraban siempre corteses, hasta alegres, con todo el mundo.

Incluso sufrí el privilegio de haber nacido rica. Ciota me llevaba de la mano; era de noche, caminábamos bajo los oscuros pórticos. Quizá vino a recogerme a la salida de catequesis; de hecho, íbamos hablando de la vida eterna. Ciota dijo: «Los ricos no van al Paraíso porque ya tienen su Paraíso en la tierra».

Sentenció con voz grave, casi reluctante; supongo que era consciente de estar revelando una verdad que por lo general se disimula con engaños, por hipocresía. Seguro que pensaba: a los hijos de los señores esto no se lo cuentan.

Yo me quedé desolada. ¿Qué culpa teníamos nosotros? Me acordé del pecado de Adán, en el cual me había parecido siempre injusto verme involucrada, y me desmoralicé aún más.

Cuando hablo de Ponte con mi hermana todavía decimos «cuando éramos ricos». Porque también ella lo creía así.

Cuando fuimos mayores, supimos por mamá que mi padre, en el Ayuntamiento, ganaba «cien» liras al mes, y que nos fuimos de Ponte porque nunca le aprobaron un aumento.

Escuchando aquella confidencia sufrí mucho por aquel menosprecio a mi padre; pero enseguida volvió a prevalecer en mí la imagen «absoluta» de Ponte y, con ella, el privilegio de nuestra riqueza.

Existía una clase de personas, patéticas y un poco ridículas, a las que llamaban *travet*⁵. Mi terror no era que nosotros pertenciésemos a ese tipo de personas, pero sí que entrase alguno a formar parte de la familia. Comprendí que el *travet* era un miserable que quería figurar, y los míos, mi familia, tenían a mis ojos justo el defecto contrario: detestaban figurar.

Una vez, papá fotografió a una familia en la calle del Castello; el *jefe de familia*, en vez de situarse como los demás, sentado en la piedra o en pie frente al objetivo, se sentó (como broma o por despecho) en el bordillo de la calle; de manera que quedaba de perfil, encorvado, a los pies de los demás y, lo que era más gracioso, llevaba en la cabeza un sombrero rígido, como un casquete, de esos que llamaban *risotto*.

Mi madre se reía; se reía mirándolo, luego dijo: «¡Parece un *travet*!».

VI

El pórtico de la casa tiene tres arcos altos: el del medio es el más elevado, toscamente ojival.

He vuelto a subir la plaza y he entrado bajo el pórtico blanqueado, desierto. Sus dos alas siempre han sido distintas. A la derecha, donde estaba el acceso al Hotel Europa, la cubierta y las paredes estaban pintadas. Un *pintor* de paisajes las había decorado al fresco con motivos pompeyanos: un entramado de juncos en torno al cual se enroscaban las vides y, en el vacío, pájaros de colores vivos.

El mismo pintor había decorado también la fachada externa. En las letras de ALBERGO D'EUROPA se entrelazaban violetas y margaritas enormes. Esa desproporción siempre me resultó incómoda.

El pintor le regaló a mamá un cuadro hecho sobre metal, que después estuvo algún tiempo colgado en la cocina. Una mano modelada con músculos ovals (al estilo bizantino) sostenía un ramo de pensamientos. Sobre el fondo blanco, una inscripción dorada: HOMENAJE A LOS ESPOSOS. Abajo aparecía la firma: Pericles. Era un nombre «griego».

Mamá recibía homenajes similares de sus admiradores vagabundos y extravagantes. Ellos la miraban fascinados, olvidaban agradecerle su caridad.

Tiempo después mamá se deshizo del cuadro. No le gustaba conservar los objetos, los recuerdos. Si caían en sus manos y le parecía que a nadie le importaban, los quemaba o los tiraba. Yo sufría mucho su indiferencia, no la comprendía.

El ala izquierda del pórtico estaba siempre ocupada por enormes tinajas humeantes: la ingente colada del hotel. Por una puerta abierta se entreveía, en una habitación en penumbra, vaporoso, el lavadero. El aire olía a ceniza⁶. Entre los vapores, rosada como la luna, la hija de la propietaria, siempre alegre, me llamaba. ¿Por qué me llamaba? Quizá porque yo solía pasar por allí corriendo, sin verla, cargando con la cartera de la escuela.

El corredor que lleva a la escalera ha estado siempre a oscuras. Desde allí descendía la escalera tenebrosa a la bodega, adonde era necesario bajar con una vela encendida, a través del penetrante olor a humedad. Allí, un hombre había encerrado a su perro melindroso con tan sólo una cebolla. El perro, para no morir de hambre, acabó por dejar de lado sus caprichos y comerse la cebolla. (Me contaban esa historia para hacerme comer, y yo la imaginaba siempre allí.)

El primer tramo, suave, se podía subir corriendo. El rellano siempre tenía paja y ramitas en el suelo; se notaba el ir y venir de los mozos y el olor del establo. ¿Cuándo se esfumaron aquellos

olores?

Las telarañas eran espesas, alargaban las manchas de salitre. Por la reja del ventanuco se ve cómo crece la hierba alta en el patio, y helechos, y ortigas al pie del muro.

El segundo tramo «tenía rostro». Dos agujeros negros bajo un saliente eran los ojos; otro un poco más bajo, en el centro, la nariz; después otro, más grande, la boca. Era vagamente espantosa: en aquel tramo bajaba los escalones de dos en dos.

En las paredes, en una grieta del muro, había una barandilla de madera que me parecía una muestra de confort.

El primer piso era solemne y algo misterioso. Tenía una atmósfera grave, suspendida. La vuelta de la cubierta era altísima y el espacio era grande como una sala, y ambas recibían luz del largo corredor que se abría al patio.

La luz se detiene, por un lado, ante la oscuridad densa de un segundo corredor, ciego. Allí había una salida que no se abría nunca. ¿Adónde daba, a quién servía?

En el gran espacio claro relucía, con su cálido color de castaño de Indias, la puerta del jardín del *cavaliere* Mattei. Aquel umbral fue raramente cruzado. Aunque el interior de la casa era oscuro y brillante como la puerta, y alrededor de la bóveda del comedor se extendía un friso «de oro».

En primavera, mamá hacía un manajo con espárragos del huerto y los ataba con una cinta de seda. Acompañada de Ciota, lo llevábamos como ofrenda al *Cavaliere*. Mientras esperábamos la galleta, se podía contemplar el friso de oro.

La sirvienta del *cavaliere* Mattei era elegante y sus manos desprendían olor a vainilla, como las de las señoras. Ciota, cuando se la encontraba por la escalera, la miraba con expresión burlona; luego me decía: «¿Has visto qué sombrero?».

La muchacha, los domingos, no sólo lucía el sombrero sino también una boa de plumas. Y Ciota decía: «¿Ves? *Ésta* ni siquiera lleva la pañoleta como nosotras».

Ese *nosotras* se refería a las criadas, pero ¿*Ésta*? Los comentarios de Ciota contenían a menudo alusiones que me dejaban perpleja.

El *Cavaliere* era viudo, los hijos estaban en la universidad. Ejercía como abogado y secretario del Ayuntamiento, por eso era colega de papá. Tenía una influencia extraordinaria. Corpulento, arrogante; llevaba bigotes grises que le ornaban la boca y hablaba con voz de bajo.

Si te lo encontrabas solía decir algo simpático, pero jamás venía a nuestra casa.

Solamente un verano hubo una novedad. Vino una sobrina del *Cavaliere*, una muchacha morena, de cejas gruesas. Llegué a sentir predilección por ella, casi como por Sor Nazzarena.

Elsa no era guapa, pero se ocupaba de mí sin distraerse como las otras señoritas o primas. Incluso inventaba juegos para mí. Me prometió que haríamos «una fiesta» sólo para nosotras dos, «con flores». ¿Qué significaba aquello? La palabra fiesta ya estaba para mí cargada de misterio; ¿cómo sería una fiesta «con flores»?

Mi expectativa fue ansiosa y llena de emoción. Elsa se había molestado de verdad en recoger ramas de espino albar y toda suerte de flores silvestres, y había adornado, con guirnaldas y ramilletes, el balcón que daba al patio. Para mí fue una especie de éxtasis. Permanecí sentada, callada, en el balcón durante toda la tarde.

Años después me contaron una historia sobre Elsa; persecuciones en la familia y finalmente la Casa de Salud.

La he recordado apoyada en la pared frente al pasillo oscuro, no menos oscuro que entonces y siempre un poco inquietante; justo ahí he pensado que todavía le tenía mucho cariño a Elsa Mattei.

El pavimento de ladrillo del largo pasadizo es aún irregular; las losas están corroídas, desgastadas y, aquí y allá, desencajadas, pero no están ni más desencajadas ni más desgastadas que entonces. Reconozco todas y cada una de las losas en las que posaba mis pies calzados con sandalias. Por el resto no han pasado más que los arrastrados pasos del cojo. Y el paso ligero de su anciana hermana. (Si es que todavía vive.)

Cuando aún estaba el hotel, el pasadizo se utilizaba mucho. Militares, sirvientes y las propias hijas del Europa. Una de las verjas se ve desde el balcón, al lado está la ventana con la gruesa reja: la «ventana del Capitán».

La hermanita metió una vez la cabeza entre los barrotes y no era capaz de sacarla: gritaba. Un oficial se acercó sonriendo y la liberó sin que se hiciese daño. Pero ella, cada vez que yo me reía, se ponía a gritar. (Después me confesó que mientras lloraba y gritaba había observado al capitán: llevaba una chaqueta negra ajustada con cierre de alamares, y exhalaba un olor muy rico a tabaco y agua de Colonia.)

Capitanes había siempre en aquella casa, huéspedes del Europa. A veces eran novios de las señoritas. Las dos mayores eran gordas y rubias, con las mejillas color rosado, y llevaban el pelo recogido a ambos lados en dos gruesos moños. Cantaban en el balcón: «Cuando en mayo / las cerezas ya están negras...».

La menor era morena y la más guapa. Se llamaba Lisa. Habíamos adoptado un perro nuevo cuando Murò se hizo viejo, en realidad una perra, que se llamaba Lisa, y mamá nos recomendaba que no llamásemos a la perra delante de la señorita. El verdadero nombre de la perra era Linda, y se lo cambiamos porque así se llamaba una de las hijas de Madrina, que murió muy joven.

La Lisa del Europa acabó casándose con un verdadero capitán. Se marchó lejos de Ponte Stura, después supimos que había muerto.

Cuando los capitanes se fueron a la guerra, las hijas del Hotel Europa se volvieron patrióticas: izaban rosetas tricolores. Anunciaban con fiereza de arriba abajo, desde el balcón, que habían recibido correo de sus «novios» desde el frente.

El último tramo aparece ahora delante como un muro: los escalones altos y estrechos, como piedras que había que escalar. ¿Cómo lo hará el cojo?

La luz blanca, del techo y del cielo, invade el pasadizo. La puerta de un único batiente, cuadrada, es igual a la del *cavaliere* Mattei; pero más opaca, más familiar. Al lado de la puerta pende un cordón rojo granate, con una gran borla al final. No lo recordaba pero lo reconozco: es el antiguo timbre de la casa.

No sé si es gratitud lo que siento, o pánico; es una mezcla, creo.

De golpe, la puerta se abre. Aparece, entre asustado y sorprendido, el cojo. Me disculpo:

–Estaba mirando la casa...

Y le digo mi nombre. El cojo se ilumina; muestra la sonrisa, salpicada de dientes grandes y torcidos, cambia su rostro agresivo, lo vuelve amable y dulce.

–Pase, pase... –me invita.

No me esperaba esto. Ni siquiera se me había ocurrido desearlo, estaba tan segura que no me hubiera atrevido nunca a molestar a la anciana, ahora ya viejísima, maestra Viola (con el cojo no había contado), siempre hermética, solitaria y sospechosa. No había ni *osado* desearlo: no necesitaba tanto.

Casi con miedo descendí los cuatro escalones. ¿Existen entradas parecidas en otras casas? Me lo pregunté como lo hubiera hecho de pequeña, con timidez; de repente, todo me resultaba extraño.

Los visitantes se veían desde abajo; eso les otorgaba una grandeza, casi una majestuosidad. Así vi al viejo Tibus. Descalzo, marchito, con sus ropas demasiado largas de color polvoriento, con su sonrisa desdentada, maliciosa y feliz. Movía hábilmente sus manos descarnadas, describiendo cómo había cazado una culebra. Se decía de él que «se comía las serpientes»: por eso la admiración siempre iba mezclada con cierta repugnancia. Tibus se curaba aplicando sobre sus heridas telas de araña; mamá temía por él y lo animaba a lavarse. Sin embargo, las telarañas lo curaban.

Tibus llevaba un cubo lleno de peces o de ranas; llevaba también los polvos amarillos para lustrar las cuberterías. No quería nunca que le pagaran, mi madre le metía el dinero en el bolsillo. Entonces él, como agradecimiento, cantaba.

El corredor está oscuro (iluminado por una lamparilla), con una cristalera al fondo; el pavimento es de baldosas rojas y grises.

Colgados en la pared, entonces, estaban los fusiles de papá y el telescopio; apoyados, los bastones de alpinismo (rematados con un cuerno de gamuza) y las cañas de pescar.

El cojo me precede, intenta de verdad enseñarme la casa. ¿Por dónde empezará? Al final del corredor, a la izquierda: la habitación de papá y mamá. Se acerca a subir las persianas.

En aquel rincón estaba el *armoire à glace*⁷. Mamá se encontraba de pie delante del espejo. Vestía un traje de terciopelo marrón, largo, suave, dulce al tocarlo. (No tengo memoria para los trajes; ¿por qué recuerdo aquél?) Rinette, la chica francesa que me cuidaba, exclamó: «*Que vous êtes mince!*⁸». (¿Cómo he podido recordarlo?)

Yo estaba en brazos de Rinette y veo a mamá en el espejo. Clava un alfiler en el sombrero, grande, de plumas. Sus ojos brillan en la sombra. La recuerdo triste, aunque su rostro sonriese. (Toda ella está envuelta en ese misterio, que yo he reflejado desde pequeña, fielmente, sin inquietarme. Después lo he explicado, lo he negado, lo he reencontrado siempre.)

En aquel mismo espejo se contempló uno de sus últimos días. Nosotros intentábamos distraerla para que no se fijase en su delgadez. En el espejo apareció su rostro descarnado y, aun así, misteriosamente hermoso. Se colocó el pelo con un gesto breve, y su mirada intensa pareció duplicar su intensidad en el espejo.

–Me acuerdo de su madre. Tenía el cabello rizado, negro. Era muy... muy...

No se atrevió a decir «bella». Por respeto, supongo.

VII

Me acerco a la barandilla del balconcito. La madera, vieja, seca y agrietada, se ha convertido en algo parecido al corcho. La pintura (¡aquella pintura!) ha penetrado en la madera; mil veces mojada, seca y reseca.

Me asomo. Al final de la calle se extienden los tejados de pizarra del barrio de la zona baja. Se llama Borgo Sottano. Parece desierto; no asciende, como entonces, el humo de las chimeneas.

Busco con la mirada el taller de Cinto, el herrero. Los escalones de la entrada han desaparecido, la puerta ha sido tapiada; se percibe aún su rastro blanquecino.

¿Por qué me gustaba tanto mirar el taller de Cinto? Vislumbraba el humo de la forja, escuchaba los golpes del hierro sobre el yunque: el ruido más emocionante que se pueda escuchar.

También desde la ventana que daba a la plaza se veía otra herrería; la de Cilin, el hermano de Cinto. Los chirridos de sus yunques se respondían entre sí, con cadencia; llenaban las mañanas de un aire festivo, alegre. (¿Por qué las mañanas? Quizá era verano, y por las mañanas estaba en casa, asomada al balcón.)

Cinto y Cilin eran hermanos y enemigos; uno era bueno y el otro era malo. Cinto, el hermano bueno, venía a preguntarle algo a Cilin; éste gritaba, especialmente si había bebido, lo ahuyentaba. Veía a Cinto, delgado y un poco encorvado, volverse algo mustio, sacudiendo la cabeza.

Algunas mañanas me despertaba de un sueño confuso, incluso musical: un coro de balidos; y significaba que era día de mercado o feria. Ovejas y corderos andaban dispersos, en parejas, por la subida bajo nuestra casa. Los balidos sonaban muy cercanos; la casa parecía entonces más pequeña y recogida. Se respiraba un aire de fiesta.

La subida grande, pavimentada, llevaba hasta la *trattoria* del Belvedere.

Por la tarde salían de allí los cantos de los borrachos; y del fondo se escuchaban los golpes de los jugadores de morra⁹. Las voces sonaban roncacas. Aquellas canciones me turbaban y me ponían triste; me gustaba oírlas, más que las romanzas y las arias de ópera (en el fonógrafo). Surgían, extrañamente, de una especie de tristeza «mía».

Los soldados, con voces más frescas y menos tristes, cantaban: *biondina, capricciosa, garibaldina...*

La *trattoria* tenía terrazas cubiertas que daban al callejón, pegadas a una pared de roca viva. La balaustrada estaba hecha de listones cuadrados, sobre pilares de ladrillo cubiertos de piedra. El

viento revoloteaba por aquellas estancias aéreas, luminosas.

Detrás, un sendero circulaba junto a la roca, sembrado de pensamientos y flores de artemisa. Aquellas flores, siempre agitadas por el viento, tenían algo extraño y particularmente bello. Tavia preparaba un ramillete para mi madre, y le añadía menta y albahaca; mezcladas con las flores, las hierbas adquirirían otro aire, preciosas.

Tavia del Belvedere era menuda, limpia y rápida. Trumè era lento y gordo, casi sin cuello; llevaba siempre un delantal puesto, blanco y sucio. Eran muy diferentes y, sin embargo, se asemejaban; quizá porque tenían un mismo color, parecían pintados a acuarela. El cabello de Tavia, como sus pestañas, era brillante como la seda, ligeramente rojo; Trumè tenía los ojos bovinos, pero tan mansos (¿o hipócritas?), que al mirarlo no imaginaba uno lo desagradable que podía ser en algunos momentos.

Desde la casa se escuchaban sus gritos, con largos ecos, los golpes de los golpes, y los gemidos ahogados, sordos, de Toni y Vigin. Corría al balcón y algunas veces los veía, encorvados, con las manos en la cabeza. No huían.

La madre, abriendo los ojos furiosos, se tapaba los oídos con las manos y gritaba:

—¡No! ¡No! ¡En la cabeza, no! —Pero Trumè no la oía.

Si estaba mi padre, acudía. Intervenía siempre contra la violencia. Decía que el uso de la fuerza es una cobardía. No sé si yo entendía muy bien la idea, pero la compartía.

Ante mi padre, Trumè bajaba la cabeza. ¿Quizá en ese detalle demostraba su cobardía? Papá levantaba la voz, parecía enfadado, y también él daba un poco de miedo.

—¿No te da vergüenza? —gritaba—. No tienes ni idea de las consecuencias que puede acarrear.

Los dos hermanos, pálidos, rubios, estaban perennemente asustados. Podían quedarse mudos, advertía Ciota. Era una suerte, pensaba yo, que papá tuviera tanta autoridad.

Trumè se disculpaba, Toni y Vigin estaban salvados (por poco). Pero ¿no era extraño que enseguida se olvidase todo, y cuando volvía a encontrarse a Trumè, sonriente, se intercambiaran saludos? Aquellos dos niños me hacían sentir violenta, me parecía que debían pasar mucha vergüenza, y solía fingir que no los veía.

Si por la calle encontraba a alguien maltratando un animal, papá lo amenazaba:

—¡Ojo, que te denuncio! —Aquella palabra tan «oficial» estaba cargada de autoridad.

Si dos se peleaban, sacaba un cuaderno de notas y anotaba sus nombres: para la sanción. (Pero era un teatrillo, sólo para asustarlos.) Los implicados, sorprendidos, salían disparados cada uno en una dirección. Lo divertido es que papá conocía sus nombres, y los pronunciaba en voz alta mientras escribía sin que ellos hubieran abierto la boca. (También eso era una señal obvia de su poder.)

Una vez, mamá imitó a papá en su papel expeditivo. Vio desde el balcón a unos chiquillos pegándole a un compañero; les gritó y también les dijo que se apuntaba sus nombres. Hizo incluso

el gesto de anotarlos, pero ¡sobre la palma de su mano! Asombrada y preocupada, me sorprendía que mi madre fuera tan osada; los monicacos la obedecieron de inmediato.

Por lo demás, mi madre, que era la primera en indignarse por las disputas de la gente, encontraba ridículo a mi padre en el ejercicio de su autoridad, y en casa lo imitaba y se reía.

Me aparté del balconcito y me fijé, entonces sí, en la habitación. Había una cama, y sobre un tablón, en la pared, cazos, cacerolas: una mísera cocinilla de campo. Alguien debía de vivir ahí solo: ¿el pobre Battistino? ¿O alguna de aquellas hermanas extrañas?

Yo nací en esta habitación.

«La comadrona estaba bebida.» Mi madre lo comentó a su manera rápida y distante: como para sobrevolar el horror. Parecía que se reía de sí misma.

La comadrona era la mujer del sacristán de la parroquia, que se llamaba Genio. Yo no sabía qué significaba lo de comadrona (y no pregunté para no poner de manifiesto mi ignorancia); aquella palabra me sonaba un poco repugnante, a causa del misterio con el que Ciota la pronunciaba, el mismo misterio con el que nombraba las necesidades del cuerpo. La comadrona se hallaba, por tanto, en casa cuando yo nací (que estuviera bebida era raro sólo por ser mujer); así, cuando me encontraba por el pueblo al sacristán, me sentía un poco orgullosa a causa de su nombre: «Genio».

En aquella habitación nació también la hermanita. Quizá esa vez no vino a ayudar la mujer de Genio; no recuerdo haber escuchado hablar de ella para su nacimiento.

Por entonces yo dormía aún en la camita junto al lecho grande. Desperté en plena noche asustada; me ocurría de vez en cuando lo de despertar gritando por una pesadilla; papá o mamá enseguida me abrazaban y calmaban. Sin embargo aquella vez vino Ciota, me hacía gestos de guardar silencio y me cerraba los ojos. Pero a mí me dio tiempo de ver que en la habitación, iluminada por una lámpara baja, había varias personas de pie alrededor de la cama, al lado de mi madre. Mamá estaba sentada en la cama y tendía los brazos adelante, como pidiendo ayuda. Tenía la boca abierta y los ojos desorbitados, con una expresión de terror. ¿Hubo gritos? No, la escena era muda.

¿Quizá fue en aquel momento cuando se forjó mi aversión por la hermanita? No creo. Mucho después he pensado que sí, que se trataba de su nacimiento; pero nunca lo he relacionado con aquella escena. Para mí fue únicamente un tormento misterioso de mi madre; extraño en ella, que era tan alegre, o esquiva, tanto que lo tuve que relegar al cajón de los acontecimientos inciertos o irreales. Y allí lo dejé tanto tiempo que acabé por olvidarlo.

Mamá nunca habló con nosotros de su sufrimiento o de enfermedades. Cuando recibió el duro golpe de su enfermedad mortal, se disculpaba: «He resistido hasta que he podido, hasta que no ha sido posible ocultarlo», dijo mirando las montañas, a primerísima hora del amanecer, (también

ella miraba ¡*aquellas* montañas!) y comprendí que estaba realmente enferma... (La primerísima hora del amanecer: porque estaba sola y en silencio).

He vuelto a figurarme el horror de su rostro, en las crisis de su mal; también el estupor, una interrogación: como en el miedo infantil. Pero en las treguas ella aceptaba, a su manera, que podía parecer orgullosa: «He sido yo la que se lo ha pedido al Señor. Para que a cambio os proteja a vosotros».

Y se reía. (¡Se reía!) Nos miraba casi desafiante, como si dijera: «Está decidido». Estaba totalmente segura de haber obtenido lo que había pedido. Y se reía, además, porque odiaba ser compadecida.

–No vayáis a ir contando, cuando yo ya no esté, que he sufrido mucho.

El tono abierto que usó en algunos momentos de sus últimos días, mamá no lo había empleado antes; y mucho menos en Ponte, que fue también para ella el tiempo de la «penumbra».

VIII

En la habitación de los niños una lámpara cubierta con un velo permanecía encendida toda la noche. Contra el miedo. Para mí sola, porque la hermanita no tenía miedo de la oscuridad. Algunas veces, ya caída la tarde, papá nos decía: «Un *ventino*¹⁰ a quien vaya a por el periódico».

Aquello era claramente un reto y una humillación para mí.

La hermanita tenía miedo sólo de la gente vestida de uniforme, de las autoridades. Existía una «ventana del Capitán», y también un «prado de los Capitanes». Íbamos allí con Ciota a recoger hierba para los conejos, y dos soldados se paraban a bromear con ella en la calle. La hermanita gritaba: «¡Los Capitanes!».

Ella misma me contó que uno de sus miedos más terribles lo pasó una vez cuando, de repente, se vio en brazos de un *carabiniere* (que la levantó para ayudarla a cruzar un charco). No se atrevió siquiera a echarse a llorar, y pensó que por suerte papá era amigo del capitán de los *Carabinieri*; pero a saber si eso lo sabía aquel *carabiniere*.

Para mí, el miedo era un agujero que podía abrirse en cualquier momento delante de mis pasos. Estaba dentro de mí –lo creía «físicamente»– la posibilidad de ser engullida, destruida. Mi miedo no era a sufrir, sino a desaparecer.

Tenía miedos más antiguos, que habían dejado en mí una memoria atroz e incomprensible; y estaban los de siempre. Mi raciocinio combatía contra todos ellos, pero todavía no había salido victorioso.

Uno de mis recuerdos más antiguos es el de un miedo. De un miedo realmente aterrador: la nada. Me parece verme, o mejor, sé que me encuentro, en las rodillas de alguien: quizá una sirvienta, pero no Ciota. Ella debe de estar de espaldas a la luz, porque en la pared que hay delante de mí se ven moverse las puntas de sus pies cruzados: quizá me balancea sobre las rodillas. Y esa sombra es, en concreto, la que de repente me produce un terror absoluto. Creo que imaginé que era precisamente la «nada», «nadie», lo que estaba «haciendo esa sombra». Mucho tiempo después reconstruí la escena y supuse que fue la sombra de los dos pies la que me aterrorizó.

En otra ocasión experimenté en sueños el mismo pavor. Me hallaba en una estancia vacía, de muros blancos un poco desconchados. También allí había sombras, pero ligeras, como de ramas temblorosas en la pared. De repente, escucho un clamor de aplausos: se me hiela la sangre porque sé que «¡allí no hay nadie!».

Otro miedo muy antiguo fue el que sentí una vez con las máscaras. Me revuelvo en los brazos de alguien (estamos en la ciudad, con el abuelo), una persona familiar que se hace extraña por la presencia de las máscaras. Las máscaras son rostros rígidos, inanimados, que de improviso hablan, «miran», conservando una fijeza aterradora. Son al mismo tiempo «nadie» y «alguien».

También los fuegos artificiales me asustaban muchísimo. El mundo se derrumbaba y yo era la única que me daba cuenta. Gritaba para que los demás también lo comprendiesen, y el hecho de que intentasen consolarme riéndose entre ellos multiplicaba mi terror.

El último Carnaval fue el año de la Gran Guerra. Yo tenía seis años. Lo recuerdo como un oscuro y amenazante bullir de la muchedumbre, bajo la nieve. Tuve mucho miedo, pero ya era capaz de callarme. Como me puse a temblar, me llevaron enseguida a casa (de mis abuelos). Me acostaron, arropada, en el sofá del comedor. La luz se quedaba encendida toda la noche. Papá leía el periódico a mi lado, de forma que me protegía de la luz.

Recuerdo que me picaba algo y le dije a papá que en mi lecho había migas de pan. Papá respondió: «Venga, que lo sacudo bien y se van todas las migas».

Y pasó sus manos, suaves, por la sábana; la estiraba y alisaba. Yo volví a decir que todavía me molestaba algo, y él volvió a sacudir y alisar con la mano.

Después del sarampión era mucho más alta.

Los molinos fueron otro de mis miedos. Rodeábamos un molino cada vez que iba con papá a recoger musgo para el pesebre. En invierno, el molino, no enmascarado por las hojas de los árboles, era más terrorífico que nunca. Se juntaban el negro de las aspas gigantes y el blanco espumoso del agua cayendo, y el estruendo era ensordecedor. El sendero pasaba muy cerca y te dejaba aturdido.

Descendíamos hacia el torrente Cant, seguíamos los muros de piedra seca hacia el Cornalè. El pueblo y el campo, todo era blanco y negro. Había un enorme silencio. Volaban cuervos, como en el cuento de los Grimm. Escarbando bajo la nieve, entre el hielo, se encontraba el musgo húmedo y verde (lo llamábamos «hierba *môntagnina*»). Papá lo cogía despacio, para que las porciones no se rompieran. Las manos de papá eran delicadas; torpes cuando nos ayudaba a nosotras, pequeñas, a vestirnos, no conseguía nunca meter el botón en el ojal. (¿Cuándo fue aquello? ¿Estaría mamá enferma?)

Las manos de papá eran enjutas, cálidas, y la mía se ocultaba en la suya; me parecía que la cogía entera, como si la metiese en un nido. Entonces podía cruzar al lado del molino cerrando los ojos y deseando que el terrible estruendo pasara rápido.

El otro molino, el del Borgo Sottano, adonde iba con Ciota, no resultaba tan terrorífico, porque las aspas se veían de lado, sobre el torrente. Dentro había un vacío inmenso, medio a oscuras, donde todo temblaba, con crujidos y vibraciones. Era blanco pero no limpio, como si hubiese llovido ceniza sobre él.

Y todavía había un último molino, quizá el más aterrador de todos; pero de un modo más agradable, sin riesgo. Dentro de un artilugio de madera, por el que se miraba como por un caleidoscopio, se veían a contraluz imágenes dobles a relieve: el terremoto de Messina, las pirámides, Picadilly y el Moulin Rouge.

Era un molino de viento en torno al cual aparecían, aquí y allá, figuritas de esqueletos blancos, con los ojos de un rojo llameante. Si se miraban después, sin el cartoncillo, las figuritas se veían planas. Y se podía distinguir el papel rojo que llevaban encolado en los agujeros de los ojos. Pero si volvías a poner delante el cartoncillo y mirabas, volvía el miedo. Yo lo llamaba «El Infierno».

Cuando era pequeña y tenía miedo, mi padre me cogía en brazos y me abrazaba. Pero una vez, mientras sollozaba sobre su hombro, sentí un pavor aún más grande.

Había levantado la cara, quizá papá me estaba hablando, y lo miré desde muy cerca. Conocía bien la cara de mi padre, casi como cualquiera de mis juguetes. El juego era peinarlo. Papa tenía el cabello fino, suave, fácil de desenredar y ordenar; le peinaba también el bigote, y las cejas estrechas. También me gustaba pasarle el dedo por el perfil de la nariz «aquilina» y por los relieves de las orejas. Papá se dejaba hacer y se quedaba quieto y serio como en una ceremonia.

Lo miré y vi de cerquísima su ojo. Conocía bien sus ojos grises, dulces o severos, a menudo achinados porque papá era un poco miope. Pero aquella vez vi una cosa extraña, horrible. Era algo muerto, maligno. Como si papá pudiera enfermar y morir.

Me quedé abatida, desesperada en silencio, sin revelar a nadie el porqué.

Ya creía saber algo de la muerte. En un primer momento creí que era la agonía. Una señora vino a visitar a mamá; estaba sentada en el sofá y apoyaba los pies calzados con botines en un escabel tapizado; para tomar el café se había levantado por encima de la nariz el tul y sujetaba la tacita con sólo dos dedos. La señora hablaba como gimiendo. Inclina la cabeza adelante y atrás moviendo nerviosa los ojos sobre sus mejillas consumidas.

Su hijo había muerto. La señora se expresaba con frases breves e incompletas, quizá para que yo no la entendiese. Se había alejado de la cama del pequeño y cuando volvió ya estaba en plena agonía, dijo. La señora hizo un gesto, se rozó con la mano temblorosa la frente, apretó los dedos contra las sienes, suspiró. Yo entendí que aquello significaba la agonía. En mi mente vi una corona. La imaginé de flores, una pequeña guirnalda, pero de flores marchitas: algo corrupto, que

podía contaminar también a un niño. Y pensé que quizá era eso lo que la señora había murmurado, mirando hacia mí con recelo.

Pese a la tenue luz rosada, tardaba mucho en dormirme.

Escuchaba. De la barraca que había detrás de la casa procedía un rumor sostenido, lacerante y calmo: el «silencio». Era un adiós, el saludo sin esperanza a alguien de quien nos hemos separado para siempre.

Después, continuaba el rugido siempre idéntico del Cant. Envolvente, caudaloso: sin principio ni fin. Aquel sonido me parecía necesario, no hubiera podido conciliar el sueño sin oírlo. (Los abuelos no conseguían nunca que me durmiera: no podía soportar el silencio.)

Finalmente se oía un murmullo, secreto, casi imperceptible. Nacía entre la oreja y la mejilla; se repetía claramente, leve, remoto. Yo lo llamaba «los violines».

Puede que fuera el rumor de un contador. Pero no creo. En otras casas, en otros momentos, aquel sonido ha acompañado mi angustia nocturna; pero siempre ha sido un ruido turbio, material, muy diferente a los «violines», que sólo he escuchado en Ponte.

En la última habitación –la de los huéspedes– habían dormido los tíos, las tías y las bonitas primas de Turín. La presencia de los familiares confería un valor particular a algunas cosas. Para mí, el tono de la vida cotidiana se volvía un poco más «mundano». Durante el resto del año se me olvidaba ese periodo.

De las primas, la que venía más a menudo era Fulvia, la menor; nos íbamos juntas a caminar por las mañanas a la arboleda, y hacíamos excursiones con los hijos del *cavaliere* Mattei, que estaban de vacaciones de la academia militar.

Fulvia era rubia, regordeta, tenía los ojos lánguidos, azules, sobre los cuales bajaban sus largas pestañas; sabía que era admirada y eso le otorgaba una gravedad especial. Tenía un vestido que era famoso, el «vestido de seda cruda», como lo llamaba ella con su erre mal pronunciada.

Mamá la miraba sonriendo, como si Fulvia le pareciese siempre un poco cómica.

Elda, con su magnífica melena rubia, estudiaba pintura y se hacía ella misma elegantes sombreritos.

El tío Livio (hermano de papá) tenía el pelo rubio dorado, como Elda, y los ojos miopes y un poco saltones, sus quevedos iban sujetos a las orejas con una cadenita de oro. Tenía las manos suaves como papá y hablaba con una dulzura extraordinaria.

Mi tío Livio me llevaba por los senderos floridos, los que bordean las tapias, y me mostraba flores minúsculas de color coral, y hojas verdes en las que me enseñaba a apreciar la nervatura.

Encontraba muy divertidas las comparaciones y semejanzas. Una vez cogió una espiga de la que sacó un grano hinchado.

—¿Ves? —señaló—, tiene la misma forma que una hogaza de pan. Y yo sonreí feliz porque era absolutamente cierto.

Mi tío murió cuando todavía vivíamos en Ponte. Mis padres fueron a Turín y cuando volvieron los escuché comentar que el médico se había lavado las manos en un barreño y de ahí procedía la infección. Yo me preguntaba qué significaba todo aquello y me quedé muy impresionada con la palabra «infección».

Mi madre me pidió que le escribiera algo a mi tía al final de la carta de condolencia; yo estaba ya en segundo. Escribí: «Todos tenemos que morir».

Mi ocurrencia fue muy comentada entre mis padres y los parientes mientras creían que no les estaba escuchando. Pero yo oí perfectamente que me juzgaron como alguien «sin corazón».

A mí me había parecido que a la tía le podría resultar reconfortante recordar aquella «verdad». Estaba convencida de ser despiadada y me preguntaba cómo podía hacer para ocultar mi anomalía. Mis padres, sin embargo, no me regañaron por aquella frase, como si me considerasen naturalmente inocente.

Las tías se alternaban con las primas. A mamá le molestaba que fueran tan poco arregladas: ¡vestidas con pañete! La abuela Carolina (la madre de ellas) era austera. Daban un poco de lástima —decía mamá— porque estaban pálidas, se parecían e iban con trajecitos idénticos. Tenían siempre las manos húmedas y mi madre pensaba que no comían lo suficiente. Se quedaban en Ponte mucho menos que las primas, pero a pesar de todo lo pasaban bien. Disfrutaban jugando conmigo y viniendo con nosotros a Cornalè o a buscar setas. Eran tímidas y no les gustaba ir con chicos, como a las primas.

—Tu madre nos trata como a verdaderas invitadas —me confesaron una vez—: nos cambia el cubierto en cada plato. —Me quedé asombrada—. En casa eso sólo se le hace a papá.

La tía Carlotta, igual que las tías, era hermana de mamá. La llamaban la «pillina»; me pareció entender que era un reproche de broma —pero papá y mamá lo usaban en serio, con disgusto— porque chismorreaba y le reía todas las gracias al juez del pueblo, un señor que llevaba un anillo enorme en el meñique.

La tía Carlotta usaba camisas de encaje y cintas de terciopelo en el pelo. La hermanita en especial la admiraba mucho, decía que las manos de la tía Carlotta olían a vainilla.

Papá fotografió a la tía con el estanque de Rialpo de telón de fondo. Las montañas y las nubes se reflejaban en aquel pequeño espejo desde las orillas de hierba, rodeadas de sauces. En aquel paisaje absorbo también ella adoptaba un aire ensoñador.

El tío tenía una mujer gorda, más grande que él, que era bajito y nervioso. También irritable, a menudo sarcástico; y le parecía que papá y mamá nos estaban malcriando. Resultaba simpático cuando cantaba: *'na vestina / percalina / e 'n nasin vólta a l'insú*. (Una cancioncilla del tiempo de la universidad.)

El tío Andrea y el tío Nicola eran todavía estudiantes. Mamá los adoraba. Los compadecía; los abuelos se mostraban muy severos y ella quería que en Ponte fueran felices.

Acogía a todos los huéspedes con los ojos llenos de alegría: y también ellos llegaban como portadores de alegría.

El tío Nicola «se divertía» con las muchachas del Europa. Yo imaginaba que jugaban a perseguirse por las habitaciones del hotel y eso me hacía sentir incómoda: los veía muy torpes en aquel menester.

«Es la edad», respondían papá y mamá. Pero si volvía a casa después de medianoche papá tenía que reñirle por orden de los abuelos. Debía atravesar todas las habitaciones para llegar a la última: solía pasar de puntillas y papá se hacía el dormido.

Una noche el tío Nicola se quedó fuera, sentado en los escalones de la leñera, porque no se había atrevido a entrar. Papá lo contaba riendo; pero también con tristeza, porque Nicola murió en la guerra.

También durante los permisos de guerra venían los tíos a Ponte. Si era invierno, vestían un chaquetón forrado de pelo. Mamá les hizo dos sacos de dormir con jarapas antiguas de cuando éramos pequeñas, de piel de oveja, blancas y suaves como la seda. Los tíos nunca los recibieron. Era «la corrupción de la retaguardia».

Al tío Nicola le gustaba provocar a la hermanita, por ejemplo, fingir que le robaba algo; ella picaba y cuando se daba cuenta de que era una burla hacía pucheros.

Entonces él bromeaba y ella se echaba a llorar. Cuando la veía llorosa, el tío la encontraba aún más bonita.

El «mío» era el tío Andrea. Como papá, el tío Andrea sabía convertir en maravillosas todas las cosas que hacía por mí. Venía cada año en la estación de los narcisos y me llevaba a cogerlos a los grandes prados del Stura. Hacíamos ramos enormes. El perfume de los narcisos era tan intenso que rozaba lo áspero. Había una luz extraña, verdosa, en el valle, bajo las nubes oscuras de los primeros temporales. Salíamos corriendo bajo el chaparrón y el tío olía igual de bien que los Capitanes. Me sentía «mayor» con él: éramos «casi» iguales. Sentí cierta tristeza cuando escuché decir que cortejaba a «todas» las chicas. Fingí no escuchar, porque quería olvidarlo rápido.

El tío Andrea tenía ojos ardientes, el rostro delgado de árabe. Desde el frente nos mandaba a nosotras, las pequeñas, postales inglesas que tenían una frase sobre el dibujo (el tío nos la

traducía). «¡He hecho un flan, pero Pussy ha muerto!», decía una niña gordita con un cazo en la mano mirando a un perrito exánime.

El tío Andrea volvió de la guerra enfermo; había contraído un mal horrible del cual se hablaba con gran misterio. Yo lo recordaba en aquella escena que mamá me había contado sobre él de pequeño, cuando en la escuela le habían dado una paliza.

La lejanía de los lugares convirtió la guerra en algo prácticamente irreal para mí. Los nombres del «frente» que mis tíos escribían en sus cartas bajo las pequeñas fotografías que nos mandaban – oscuras, sobre papeles finísimos– se convertían en algo familiar y al mismo tiempo legendario, de igual modo que nos resultaban familiares las fábulas: Pasubio, Podgora, Cormons, Javorcek y el Altiplano de los Siete Municipios (siete, como los «siete cuervos»).

Papá consultaba un enorme atlas rojo; pero tampoco aquel atlas, lleno de símbolos, me parecía real.

Lo único que conseguía imaginar, de la guerra, era que sucedía en las montañas; su lado «heroico» se confundía con el de las hazañas de caza de mi padre. El aspecto aventurero de la guerra me permitía fantasear; dado que se hablaba de los «desaparecidos», yo imaginaba secretamente que podía haberse producido un error y que en cualquier momento mi tío Nicola podía regresar. Me gustaba soñar que volvía durante una representación de teatro de marionetas (quizá porque aquello era el colmo de la diversión para mí). Nos dábamos la vuelta y allí estaba él, con su gran sonrisa y su chaquetón de piel.

IX

Me asomé a la ventana. De frente, más allá del Borgo, estaba el Castello. El Castello era una fortaleza en ruinas, destruida en varias guerras antiguas, y ya entonces formaba un solo cuerpo con el monte: un contrafuerte de roca aislado sobre la parte plana del valle y rodeado de bosques. En la cima, la larga y baja casa del guarda. Blanca (en otro tiempo fue roja).

—Es una colonia —me informa el cojo—. El conde la ha donado a la parroquia.

¿Qué importancia tiene eso? El Castello está allí, no puede cambiar. El camino quizá parece deteriorado; pero es posible que sea por la sequía, el otoño.

Detrás del Castello las dos grandes faldas del valle se juntaban justo allí como dos valvas.

Es un espacio grande; pero formaba parte de la casa. La vista sobrevolaba el vacío y las imágenes entraban en las habitaciones, tranquilas y legendarias como pinturas.

Desde aquella ventana, Elda, la pintora, había pintado el Castello una mañana de invierno. En Ponte Stura el sol y el hielo hacían juegos de espejos, de luces chispeantes. El cuadro de Elda estaba hecho de pocas pinceladas, en amarillo, azul y blanco. La casa del guarda era una manchita oscura. Lo miraba con avidez, porque era la primera vez que veía a alguien pintar que no fuera papá. También papá lo hacía en aquella habitación; aunque él no pintaba «de la realidad».

Sus paisajes eran naturales pero de algún modo encantados. A él le interesaba que el cuadro fuese «profundo», decía (se refería a la lejanía en los fondos). Había en sus pinturas un aire firme y etéreo; la ejecución era precisa e inmaterial.

Papá fue alumno de un pintor que decoraba los pilares con frescos, de él había aprendido la técnica de la pintura al óleo. Cuando un tubito se quedaba seco y el pigmento se resistía a salir, aquel pintor decía: «Está estreñado».

«La pintura es un oficio maldito», sentenciaba. Y es que tenía muchas hijas que mantener. Según mamá no era un buen pintor: las caras de sus santos eran todas iguales. Papá admitía que quizá era un poco afectado, pero lo defendía: decía que conocía muy bien la técnica. Aquellas discusiones sobre pintura —entre el excitante olor del aguarrás— me apasionaban; los escuchaba fascinada.

Pero la fascinación de la pintura consistía, sobre todo, para mí, en observar a papá mientras pintaba; su aire concentrado y grave, las pinceladas pacientes, nerviosas y ligeras, el mutar imperceptible de los colores. ¿Ahora qué color elegiré? O ¿por qué no dibuja el contorno de las casitas?

A mamá también le gustaba verlo pintar. Lo avisaba siempre para que parase a tiempo, antes de que el cuadro quedara demasiado artificioso. (Ella encontraba artificiosa incluso la caligrafía de papá, que era delicada, con ligeras curvas estilo modernista. Encontraba también rebuscado su estilo de escritura, que según ella era «alado».)

El mejor cuadro que pintó papá fue una escena de invierno. Un monte nevado, con tenues grises y malvas, contra un cielo de atardecer, rosa viejo; en la umbría, al pie de las montañas, se veían los tejados blancos de una pequeña aldea. Las ventanas iluminadas eran un minúsculo toque anaranjado. En primer plano había un camino nevado bordeado de árboles desnudos. En el camino, un hombrecillo se dirigía con un abeto al hombro hacia el pueblo cercano.

Era tan bello imaginarse llegando a ese lugar, a alguna de aquellas casitas. También había ventanas apagadas; y al final daba la impresión de que no se podía llegar hasta allí nunca.

Hemos cruzado las habitaciones y nos encontramos ante la puerta cristalera del final del pasillo. La madera está brillante, oscura, con las molduras en relieve; en los vidrios esmerilados se distingue un bonito motivo floral.

Sin dudar, el cojo abre la puerta; me enseña con vehemencia que en el lavabo hay agua corriente. Yo se lo celebro. Le explico que papá instaló un depósito de zinc y las cañerías para los dos usos. (Papá estaba a favor del progreso.)

El invento de papá funcionaba pero era aparatoso. Había que llenar el depósito con cubos, y el agua había que cogerla en la fuente de la plaza. Era la tarea del viejo Tibus.

Soltaba los cubos y declamaba un poema, uno de sus madrigales bufos. Y mamá reía y reía.

El «lugar» está todavía ahí: con su apariencia de armario. Dentro estaban colgados los asientos de anea¹¹ (Madrina tenía el suyo en su habitación). Odiaba aquel lugar bastante menos que el humillante retrete.

La invitación a «sentarte en el retrete» me resultaba una verdadera ofensa. Fingía no haber oído, y ante la insistencia respondía con descaro. Sentía aversión también por mi madre en aquellos momentos. Mi madre temía que cogiera el mal de piedra; y pidió consejo al doctor Vinaj.

–Se le reforzará la vejiga –aseguraba el doctor.

Notaba que, cuando había huéspedes, el olor del «lugar» era diferente; incluso conseguía identificar la presencia que me había precedido. Era un olor «extraño» al cual sabía dar un nombre. Tal sensación de extrañeza ligada al olor era mucho más fuerte que la que me transmitían las propias personas.

Distinguía también, por el olor, los «lugares» donde había estado, en las otras casas. El más fácil de reconocer, con los ojos cerrados, era el de Idina, porque nos dejaba en el aire el olor a farmacia, que impregnaba a todos y toda su casa.

Por lo demás, era extraño que yo utilizase el «lugar» en casa ajena; si debía preguntar antes a un adulto, jamás.

Pero en casa de Idina, cuando jugábamos al escondite por las habitaciones, a veces utilicé el «lugar» como escondite. Había, obviamente, el habitual sumidero con una tapa de madera y se notaba un picorcillo en los ojos y un olor muy fuerte; pero yo olvidaba el olor: las paredes y la puerta estaban completamente tapizadas de fotos antiguas.

Nunca me daba tiempo a verlas todas. Eran ilustraciones de novelas, viñetas arrancadas de libros o revistas de fin de siglo. Alguna llevaba un titular o, en la parte de abajo, una cita de la novela; pero por lo general las frases habían sido recortadas. Las imágenes estaban todas pegadas, unas a otras, sin espacios intermedios.

Estaban Ugo y Parisina (¿quiénes eran?), la muerte de Orlando (suponía), Colombo en la cárcel y cosas de ese tipo.

Un trineo se deslizaba por la nieve perseguido por lobos; un hombre vestido con pieles azuzaba a los perros, otro se volvía para lanzar algo a los lobos; pero éstos corrían y se acercaban cada vez más.

Fantaseaba durante horas sobre el título de una viñeta en la que un señor con peluquín miraba por un catalejo mientras por detrás de él una dama, dándose aire con un abanico, le pasaba disimuladamente a otro caballero disfrazado una notita que ponía: «Quien más mira menos ve».

Sigo a mi buen guía. Las dos estancias en penumbra que atravesamos me parecen ahora mucho más pequeñas que entonces.

Están limpias, ordenadas, ¿quizá las habitaciones de las hermanas? La primera había sido la salita, y la otra el comedor.

Cuando «recibían», no era en la salita, sino «más allá». Mamá se reía de estos detalles luego, cuando ya éramos mayores; pero para mí aquéllas fueron las últimas manifestaciones de la grandeza pasada.

Puedo recordar sólo un par de recepciones. Una fue «de día», por lo tanto poco importante. Mi madre ofrecía helado de fresa. Nosotras, pequeñas, asistimos a su preparación: las fresas trituradas, mezcladas, el cubo de madera, el artilugio de hierro con un mango, el hielo cubierto de sal gorda. Quizá vinieron también niños y estuvimos jugando en el pasillo y en el balcón.

Por lo demás, yo era ya bastante «escéptica», no creía en la utilidad de las recepciones de ese tipo.

La otra, anterior, la recuerdo mejor, aunque no puedo decir que la presenciara con mis ojos. La sufrí, porque mi madre me mandó a la cama. ¡Y yo sabía que iba a estar incluso la esposa del General! Creo que sufrí sobre todo porque no alcanzaba a imaginar qué era una recepción. Me

imaginaba que quizá era algo así como una escena de teatro, puesto que ocurría por la noche. Ya el hecho de que las luces estuvieran encendidas para mí era excitante, no quería irme a la cama de ninguna manera.

Por qué, me preguntaba, no me dejaban asistir, aunque fuera un rato. Que los niños no debían estar levantados a esas horas no me parecía un motivo de peso.

De repente, me decidí. Necesitaba saber. No sentí miedo de la oscuridad y corrí, descalza, hasta detrás de la puerta del salón. Me puse de puntillas y miré por la cerradura. Sólo se veía la lámpara, que era una cascada de cristalitos blancos entre los que algunos de color rojo formaban un dibujo curioso, una especie de flor. Aquella lámpara me pareció siempre un objeto de lujo. Escuché el murmullo de las conversaciones, risas, el ruido de sillas moviéndose, el entrechocar de los vasos. Era maravilloso y a la vez desesperante.

Luego vi acercarse a la lámpara el rostro sonriente de papá, que estaba de pie y se inclinaba sobre la mesa. Servía bebidas; escuché claramente que decía: «¿Una gota o una nubecilla?». Fue una enorme desilusión. Papá hacía esa broma también cuando le ofrecía de beber a mamá o a Madrina. Aquel comentario, inesperadamente doméstico, me arrebató de golpe todo el interés por la recepción prohibida.

El comedor era la estancia más alegre de toda la casa. Quizá porque estaba llena de luz.

Mamá dejaba las persianas siempre levantadas. Entraba el sol de la mañana por el balcón que daba a levante, hacia el valle, y el sol de la tarde por el ventanal que daba a poniente. Aunque lloviese o nevase, había luz: luz blanca sin sombras. Realmente a mí me avergonzaba un poco, como si se tratase de cierta negligencia, la excesiva sencillez de mi madre y de la casa. Las otras casas eran oscuras, empezando por la del *cavaliere* Mattei hasta las tenebrosas casonas de los nobles. Era un indicativo de distinción.

Entraba en las demás casas siempre con una sensación de temor, pese a que siempre me recibían con amabilidad. Me daba la impresión de que allí todo se desarrollaba de manera muy distinta a como ocurría en la nuestra.

Dentro de las otras casas no se sospechaba ni de lejos que fuera estaban las montañas: se intuía únicamente, a través de las persianas, el reflejo de las tapias o la sombra del jardín. Los ruidos exteriores no llegaban, o lo hacían amortiguados. No se escuchaban, como en la nuestra, canciones, perros ladrando, discusiones en la plaza. Los muebles también eran oscuros, y se respiraba olor a cerrado. Las habitaciones parecían, como las personas, llenas de secretos.

Secretos que mi madre, estaba segura, ni sabía ni sospechaba; porque cuando otros contaban o revelaban los suyos, ella decía que no eran ciertos. Mi madre no quería saber nada de misterios.

La moda entre las señoras era hablar con juegos de palabras, pausas y suspiros. Lo cual era muy distinto al modo de hablar resuelto y conciso de mi madre. Las niñas, jugando a «las señoras», imitaban perfectamente aquel comportamiento afectado y circunspecto.

Daba la impresión de que las señoras quisieran ocultar algo; algo que parecía escondido tras el sofá esquinero, en las regias cortinas.

Mamá contaba que una señora, mientras ella estaba de visita, había cogido repentinamente la bandeja de galletas y la había metido bajo el sofá exclamando: «¡Llega mi marido!».

Y que otra se escondió una carta que le estaba leyendo a mi madre dentro del zapato.

Pero ¿quiénes eran aquellas señoras? Mi madre nunca decía los nombres. Ni siquiera de mayores hemos conseguido que lo hiciera. Ella las llamaba «las señoras», incluso «las *madames*» (como si ella misma no fuese una).

Sólo había un sitio en nuestro comedor donde esconderse: bajo la mesa. La mesa tenía muchas patas, torneadas como columnas. Se podía pasar entre ellas a gatas, o sentarse en cuclillas. Si descubrías en la madera una mancha oscura rascabas con la uña para ver cómo salía una especie de harina muy fina. Se lo enseñé incluso a la hermanita; pero si lo hacía solían reñirme. Que jugásemos de pequeñas «bajo la mesa» era a menudo motivo de crítica por parte de nuestro tío maestro.

Antes de que llegara la hermanita me pasaba largas horas hojeando álbumes, libros ilustrados, catálogos. Adoraba los dibujos. En el álbum de postales, junto al «Foro Romano», había muchos otros lugares que me gustaba considerar «míos». En un parque de Londres aparecía una niña con su aro y una señora a su lado con el sombrerito de paja que éramos mamá y yo. No era una invención. Me parecía incluso recordar el cielo rojo de aquel momento entre los árboles inmensos.

Los paisajes de Suiza (Interlaken) y de Baviera los había enviado el tío Andrea que vivió allí en su época de estudiante; para mí ilustraban sitios de nuestras montañas.

También los catálogos eran muy «nuestros». Los de Frette¹², que contenían las mantelerías (relacionaba Frette con «Fiandra»¹³) decoradas con golondrinas o tréboles, eran «de mamá». Y los otros, ingleses, de caza y pesca, «de papá», eran mis preferidos. Había muestras interminables de anzuelos, cimbeles de colores maravillosos y la serie de los cartuchos en amarillo o rojo, o azul.

Cuando papá preparaba los cartuchos me dejaba mirar. Pesaba en una balanza la pólvora y los perdigones, y cerraba los cartuchos con una máquina que los comprimía y les redondeaba el borde. Los colores eran los mismos, nítidos e intensos, que en el catálogo.

Por las tardes, mi madre me leía cuentos. A ella le gustaban los más divertidos, como «Las tres gallinas que fueron a Roma» o «La casita de chocolate».

A mí, en cambio, me gustaban los tristes. Los cuentos de los Grimm me enseñaron la experiencia del dolor por escrito.

Uno de los más tristes era «Los siete cuervos». El momento en el que la niña, en la fuente, no encontraba a su lado a su hermanito y veía alzarse en el cielo una bandada de cuervos que «eran ellos» hacía que me invadiese, cada vez que lo leía, una sensación de soledad sin esperanza. Oía el susurro de aquellas alas funestas y a la vez familiares. Era el miedo, el horror de la metamorfosis, y, sobre todo, la angustia de una partida sin retorno.

Había aprendido la palabra «metamorfosis» de otro cuento. Jorindel, en el bosque donde se habían extraviado, pierde de vista a su mujer Jorinde y entonces descubre entre los árboles las torres del castillo embrujado: Jorinde era el pequeño pajarito que cantaba en las ramas de un árbol. Jorinde –contaba el libro– «conocía la metamorfosis». Yo buscaba siempre ese momento y releía aquella palabra para comprenderla. Pero era como una puerta cerrada, llena de misterio.

En la habitación de los invitados había colgado un tapiz pintado por la tía Carlotta. En la parte inferior corría un riachuelo y una mujer agachada en la orilla lavaba; en lo alto, sobre las frondas intrincadas, se veía un castillo. Al no conocer la historia ilustrada el temor era más vago. Pero la mujer que lavaba no parecía muy tranquilizadora. Podía ser alguien del castillo, o no saber nada de hechizos. En el fondo era la presencia de la mujer lo que me daba más miedo.

Hojeaba junto a mi madre sus famosos *Giornalini*¹⁴. Se llamaban *Il Giovedì* y *L'innocenza*. No eran a color como el *Corriere dei Piccoli*; estaban ilustrados con dibujos, como los de la letrina de casa de los Calvi. Las niñas vestían falditas almidonadas, de las que asomaban, por debajo, encajes blancos. Sus piernecitas estaban torneadas, con las pantorrillas redondas y los tobillos finos como los de las bailarinas.

En *L'innocenza* aparecía un niño guapo y malo que atormentaba a su hermana. Se llamaba Tirannetto, y su hermana era dulce y tierna como la mía. Yo reconocía, consternada, la afinidad entre el personaje y yo.

En aquellos tebeos descubrí la poesía. Las rimas del *Corrierino* eran muy divertidas; pero nunca las entendí como poesías. Se llamaban anacreónticas (Anacreonte, viejo, gordo y calvo, se miraba en el espejo y las muchachas engalanadas se reían de él). Tenían una melodía, y era eso lo que me encantaba. Pedía que me leyesen infinitas veces la que más me gustaba de todas. Hablaba de la muerte de un pajarito, y sólo recuerdo uno de los versos: «de laurel, de mirto...».

Nuestro comedor era alegre incluso por la noche. Papá y mamá, los codos encima de la mesa cubierta de papeles, proyectaban la villa que se iba a construir en la parte alta de la finca.

Consultaban un libro: *La villa moderna*. Las villas que aparecían eran modernistas, decoradas con estuco. Mamá había elegido un chalet suizo, severo y geométrico; yo temía que papá lo aprobase. También yo había hecho mi elección. Mi propuesta tenía una torre circular, rematada por una azotea con una barandilla trenzada. Encima del tejado tenía un pararrayos. Para mí ese punto era esencial. Una de mis preocupaciones habituales era que nuestra casa no tuviese pararrayos, y que a mis padres no les importase lo más mínimo.

De hecho, ya las explicaciones científicas (en la escuela) me resultaban turbadoras; y luego estaba la historia que nos contó la señorita Fichner. La vieja señorita Fichner veraneaba en Europa y solía visitar a mi madre. Una niña de Baviera, que estaba tumbada en el sofá al lado de una ventana, se quedó dormida, se desencadenó una tormenta y un rayo entró por la ventana y la mató. A mí me daban escalofríos por la espalda mirando fascinada a la señorita Fichner. Algo intensificaba el miedo: el color de sus pendientes, que oscilaban cuando movía la cabeza. Eran piedras color violeta que tenían un nombre misterioso: amatistas.

Había una crueldad en la naturaleza, una insidia, de la cual me parecía que la gente no era consciente.

Había una viñeta del *Corrierino* con la que rozaba el pánico. La buscaba y contemplaba con horror: la impresión siempre se repetía. Era en dos tiempos: en la primera imagen un profesor mostraba a sus alumnos un cocodrilo, y señalaba con un paraguas las fauces abiertas; en la segunda, medio cuerpo del profesor desaparecía engullido por aquellas fauces.

Era, sobre todo, lo fulminante lo que me aterraba. Igual que en la historia, que mamá me cantaba alegremente, de «Il était un petit navire». Cuando llegaba a la estrofa que decía *On tira z'a la courte paille*¹⁵ y al pequeño grumete le tocaba ser comido, yo me desesperaba. Aquella maldad inmediata y fatal no era humana.

También en los cuentos sucedían cosas crueles; pero los cuentos empezaban con su «Érase una vez...», y eso les otorgaba una distancia que rozaba lo improbable.

Papá tocaba la flauta. Yo sentía que el sonido de la flauta se parecía a su nombre: era un sonido solitario que yo relacionaba con la noche.

Tocando, papá se transformaba. Entornaba los ojos, se inclinaba hacia adelante o hacia atrás, como si imitase una lucha o una danza. Ponía una expresión pensativa, casi sufriente, al mismo tiempo que feliz.

De vez en cuando, del instrumento salía un soplo o un silbido. Papá se paraba y decía: «Está seco». Y vertía vino dentro de la flauta. Mamá se reía sacudiendo la cabeza, pero yo no estaba segura de que aquello fuese una broma.

Papá tenía dos flautas: una negra con las llaves plateadas; la otra, de madera roja; tenía también un pífano y una ocarina, pero eran para las tardes de verano, cuando se iba hasta San Marco con la tía Carlotta. Papá tocaba imitando pasos de baile.

Supe por mamá que cuando yo era un bebé papá tocaba al lado de la cuna. Así le gustará la música, decía. Aquello no se repitió con la hermanita. Y yo era perfectamente consciente del orgullo y la relevancia de mi privilegio.

Papá y mamá solían clasificar a las personas en función de si «les gustaba o no la música».

Teníamos un fonógrafo último modelo: lo llamaban gramófono y tenía un enorme embudo brillante de latón. (En casa nos «sonreíamos» de las trompetas que tenían los demás.)

En las audiciones de discos se juzgaba a los invitados. Mis padres preferían una sonata para violín que llamaban «de Kubelik». Si durante la audición algún invitado se mostraba distraído o aburrido, intercambiaban una mirada de complicidad.

Mi madre canturreaba por las mañanas, con voz ligera y un poco áspera. Había algo indómito en ella; los suyos parecían, quién sabe por qué, cantos de libertad.

Cantaba a menudo una canción francesa: *Nous irons à Vincennes dîner au bord de l'eau*.

Mamá se defendía riendo cuando papá (con ternura) bromeaba y la imitaba cuando desentonaba o desafinaba en alguna nota.

Papá solía hacer con mucha gracia una broma; sacaba del portafolio una hoja de evaluaciones, era auténtica, del colegio de Turín; anotaba, en columna, las notas de mi madre en las diferentes materias. Al final, papá había añadido: canto: un once. Mamá se reía; pero también le hacía, enseguida, sus muecas de burla.

Papá cantaba con voz de barítono las romanzas de Tosti. Mamá primero lo escuchaba seria, mejor dicho, absorta; después se burlaba de él por su entonación demasiado romántica.

De entre aquellas romanzas mi preferida era «Torna caro ideal»; aunque algunos pasajes no muy claros me dejaban perpleja. Me gustaban las palabras «la estancia solitaria» y «una nueva aurora». También a la tía Carlotta le encantaba aquella romanza. Mandó a papá una postal con un bosque oscuro de abetos y el cielo rosa; había escrito en una esquina, con su bella caligrafía inclinada: «¡Una bella aurora!».

En otra romanza volvía a aparecer la aurora «de blanco vestida». Evocaba el verano, pero un verano mucho más espléndido y por tanto inmortal.

Mis padres amaban a Puccini, opinaban que el gusto del doctor Morini por Verdi era anticuado; sólo hacían una excepción con *La traviata*.

Papá cantaba «... qué gélida manita». Cuando llegaba a: «De sueños y quimeras... ¡y castillos en el aire! Mi alma es millonaria», yo me imaginaba de nuevo la «estancia solitaria» y pensaba

que era él quien en verdad tenía el alma millonaria. Sentía una exaltación, un instante de felicidad. Después percibía en el fondo una duda: el habitual temor de que papá se conformase con ser millonario de aquel modo.

X

El cojo levantó las persianas y nos asomamos juntos al balconcito.

En el valle siempre ha soplado un viento característico, y también aquella tarde sofocante sentí correr el aire como si pasara por debajo de la casa, la levantara y transportase. Había cierta correspondencia entre el viento y el rumor del Cant, entre ambos se producía un fluir interminable.

Las señoras habían venido de visita. Estaba incluso la mujer del General, a quien yo llamaba «la generala», y como hacían cada vez, habían salido al balcón para «admirar el panorama». Pero despreciaban el paisaje de montaña, les parecía monótono, estático. El mar, en cambio... Yo estaba agachada en una esquina: veía desde abajo las caras de las señoras, sus cuellos apretados por el encaje, y sus corsés de ballena. La generala miraba a mi madre con sus impertinentes, la boca pequeña apretada. Mamá respondió despacio pero convencida: «La montaña no está inmóvil. Están las estaciones....».

No me pareció una respuesta adecuada; sin embargo, agradecí a mamá su defensa de las montañas. Desde entonces busqué, dentro de mí, argumentos para sostener su afirmación, e intenté hacer una lista de los aspectos dinámicos de la montaña; los ríos, los arroyos y las acequias de riego a lo largo de las laderas, la hierba alta y los campos de avena y de cereal mecidos por el viento, el propio viento, que venía de lejos y volaba lejos. Me prometí hacer saber a mi madre mis reflexiones, para que pudiera derrotar, aún más triunfante, a las señoras; me imaginaba esa especie de apoteosis y al mismo tiempo me preocupaba que mi madre no quisiera saber nada.

El antiguo murete a lo largo de la calle, bajo la casa, está cubierto ahora de cemento, pero entonces estaba terminado con baldosas.

Por aquellas baldosas cuarteadas aquí y allá caminaba orgullosa de pequeña de la mano de papá; después me aventuré yo sola, emocionada por mi desafío al vértigo.

Fue en aquella calle —en aquel tiempo polvorienta o fangosa o helada— donde di mis primeros pasos.

La niña, sola en la calle mojada, mira con asombro el suelo y tiene en la frente —¿sería verdad?— la que nuestro médico llamaba «la arruga del pensamiento». Aquella niña que sobrevive en la fotografía que hizo papá (¿dónde si no?).

Después la recorría jugando con el aro. Dócil, ligero, el aro corría con mis golpes como si estuviese vivo. Los niños pobres —las niñas de los pobres no jugaban, cosían— usaban el aro

grande de una rueda de carro y lo hacían correr dándole golpes con un gancho de alambre. Corrían en círculos, concentrados, y se oía el restallar del metal. Era un juego muy diferente en sus manos, incluso algo violento.

Cuando me paraba a recuperar el aliento –sentía dolor en el bazo–, me abrazaba al palo del telégrafo y pegaba la oreja. Se escuchaba una extraña música oscilante que atravesaba el poste, y éste vibraba como un instrumento. (Tenía, sin embargo, una explicación «científica» y, por tanto, peligrosa.)

En medio del puente que cruzaba el río había –uno aquí y otro allá– dos agujeros. Uno estaba medio tapado con piedras; el otro dejaba ver, si te inclinabas, la corriente vertiginosa del agua. Por aquel agujero soplaba el viento y hacía un ruido sordo, un estruendo. Era terrorífico, pero el agujero tapado, en comparación, parecía estúpido, muerto.

A ambos lados de la calle polvorienta abundaba la correhuela, crecían las espigas de centeno, silvestres. Cuando alguien me decía que me metiera una espiga en la manga con la arista al revés, sabía lo que me aguardaba; pero siempre volvía a intentarlo con la esperanza de que aquella vez no ocurriese nada. Tenía una fe firme en la razón; que en la espiga hubiera algo mágico me parecía absolutamente carente de sentido común. El tramo de camino desde el Cant hasta casa era lo bastante largo para que la espiga «subiese». Cuando la tocaba, la encontraba siempre a la altura de la axila.

Bajo la casa, donde el camino se alarga en curva hacia la plaza, aparcaba, como una horquilla enorme, el viejo trineo. En invierno, oscilando pesadamente, a trompicones, se usaba para amontonar la nieve a los lados del camino; arrastrado por caballos cuyas grupas humeaban al sol.

Después, el trineo se quedaba allí, los soldados se sentaban en su nostálgico estribo, desde donde miraban el valle que desciende hacia los prados. O competían levantando el trineo con los brazos. Lo cogían por los remates de hierro y se ponían colorados por el esfuerzo.

En las estaciones cálidas, al caer la tarde, papá aparecía por aquella curva, miraba hacia la casa y silbaba su llamada: dos notas repetidas (sonaban interrogativas), como si dijese: ¿vienes? Llamaba a mi madre para ir juntos al huerto, en el terreno que desciende formando terrazas hasta Borgo Sottano. (Todo lo que queda ahora de aquel huerto está abandonado, selvático.)

Seguramente aquello era un juego, jugaban a trabajar en el huerto. En la esparraguera papá observaba el despuntar de los verdes y enhiestos frutos; yo, lo que quería, era verlos crecer, y los miraba fijamente durante largo rato.

En mi opinión, lo mejor de ir al huerto era precisamente coger los terrones tiernos de tierra húmeda, que eran hogar de gusanos, y deshacerlos con los dedos. Me encantaba también mirar de

cerca algunas flores, las que parecían tener rostro. Los pensamientos, por ejemplo, «sonreían», y las nomeolvides tenían dos ojitos atónitos.

También admiraba las flores de las hortalizas; las de la patata, de un blanco cremoso, y las de color celeste, espléndidas, de las borrajas de hoja pilosa. Tampoco despreciaba las flores de las hierbas silvestres, de las ortigas; me hacía el propósito, para el futuro, de conseguir un gran jardín lleno sólo de flores humildes, silvestres. Me emocionaba esa idea, que era casi una reivindicación.

El sendero que llevaba a los huertos (lo veo ahora exactamente igual) descendía empinado y tortuoso entre altos muros, compactos, con el remate superior lleno de trozos de vidrio, negros o verdes. De repente, te invadía, como una oleada pestilente, un tufo ácido, nauseabundo. (El sendero solía ser utilizado, por la intimidad que ofrecía, como *aliviadero*: pese a su autoridad, mi padre no conseguía evitar aquella porquería.) Aquel hedor iba alternándose con el aroma fresco de los huertos; a lo largo del sendero discurría, en su acequia de cemento, un riachuelo.

Experimentaba además una sensación de misterio a lo largo de aquel trayecto; me la producían no tanto los muros de los huertos como sus puertas remachadas. Me imaginaba maravillosos vergeles al otro lado; si conseguía hacerlo sin que se dieran cuenta mis padres, pegaba el ojo a las cerraduras de los portones, pero nunca llegaba a ver nada particularmente especial.

Por encima de nuestra huerta estaba la de los Selve, donde labraba la «señora madre» (Maman). Saludaba a mi madre con un gesto de la mano y una leve inclinación. De vuelta a casa, antes de que oscureciese, solían intercambiar otro saludo a la entrada del pueblo.

Los Selve eran de Turín. Venían a Ponte a principios de verano. El día siguiente a su llegada mamá me «arreglaba», y se ponía también ella un vestido elegante de seda, sombrero y guantes: todo esto en silencio. Después me cogía de la mano y cruzábamos la placita. Aquello se convertía en un acto solemne, casi como un viaje. Para llamar se utilizaba un pomo de bronce. Bajo el pomo estaba encastrada en el muro una especie de boca de mármol: el buzón. (Toda la casa de los Selve era de lujo.)

Allí nos recibían con exclamaciones de sorpresa, éramos abrazadas y besadas. La casa estaba en penumbra, limpia, levemente perfumada. Como si hubiese un enfermo grave, se hablaba en voz baja. Mamá y la señora Selve disfrutaban recordando Turín. Mamá contaba que los domingos los tíos la llevaban al Regio.

¿Iba mamá por gusto a ver a la señora Selve? Fue la única visita que continuó haciendo cuando dejó de lado las demás.

La señora mostraba hacia mamá un aire protector, maternal. Sonriendo, la ponía en guardia respecto a las otras señoras. Ella se encogía de hombros, insegura; sus ojos reían, pero en el

fondo mostraban cierta decepción.

A mí me dejaban a cargo de la señorita Stefania, que me cogía de la mano. Nos asomábamos al balcón; se veían huertos y tejados, medio ocultos por las ramas de la paulonia.

La señorita Stefania fue una de mis predilecciones. Era alta y casi traslúcida; cuando se ruborizaba parecía enturbiarse. Tenía el pelo rubio ceniza, las manos enjutas, blancas y frías. Su hablar era lento, lánguido, con la erre francesa. Usaba vestidos vaporosos, largos. Parecía estar siempre maravillada.

El desacuerdo se producía precisamente por eso, su aire etéreo provocaba en mí una sensación desagradable, un malestar. De ahí que la barrera de la timidez no se superase nunca.

Estaban también los hijos de los Selve, ya adultos, que no se quedaban todo el verano en Ponte. Eran «aristócratas», amigos de la alcaldesa y de los nobles.

Recuerdo una breve escena, de la cual he olvidado las palabras. Uno de los Selve, Massimo, estaba en la entrada y papá y mamá lo invitaban a pasar. Era alto y delgado, con el pelo rizado, corto y con bigote. Recuerdo su cara rígida en el taconazo de la reverencia, su mandíbula tensa.

Había venido para invitarnos a una merendola en el campo (se decía así). Mamá nos lo contó cuando fuimos mayores, burlándose un poco de papá. Se burlaba y al mismo tiempo era obvio que lo admiraba mucho.

Papá estuvo listo lamentando, muy serio, que acababa de recibir un «encargo urgente» y que debía partir a la ciudad. Y lo más gracioso fue que sacó la carroza y partieron. No alcanzamos a ver si a mi madre le disgustó la actuación o no: aun así parecía sólo divertida.

No siempre era comprendido el humor de papá, como en el caso de la invención del encargo; alguna vez la pasión lo arrastraba hasta la cólera: contra cualquier inocente (o casi). Nos lo contó la tía Carlotta, que estuvo presente, y mamá lo confirmó, aunque no en todos los puntos:

—No os creáis todo lo que cuenta la tía Carlotta. ¡Tiene mucha imaginación!

Un joven oficial había mirado —quizá con insistencia— a mi madre (se cruzaron en los soportales) y de pronto papá se puso delante de él y lo interrogó con furia.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntábamos a mamá.

—Yo hubiera querido hablar, profundizar... —respondía.

En casa —según el relato de la tía Carlotta— papá perdió los nervios, pero mi madre estaba decidida. Quería irse.

—Me pidió que te vistiera (sólo estabas tú, entonces) y yo te había ya puesto el abrigo y la capucha. Entonces él sacó la escopeta, y dijo que quería matarse.

(«¡No os lo creáis todo!»).

Pero el relato debió de ser verdad: parece que mamá se detuvo al ver aquella reacción; no porque le pareciese trágica, sino más bien cómica. Hubo una fiesta (¡vino y música!) y papá estaba feliz: había sido perdonado. Ella se mostraba aún enfadada, pero a punto de echarse a reír.

No conseguimos averiguar si ella se sintió más halagada por la admiración de los otros o por los celos de papá. Quizá porque en general no se sentía «halagada»: eran sólo personas que admiraba, sobre todo el doctor Vinaj y un poco también los Selve, y de cuya amistad ella se complacía. En cuanto a los celos de papá, tuvo que sufrirlos, pero ella intuyó las razones profundas; y lo que hubiera podido parecer una ofensa supo tomárselo a broma.

En la esquina opuesta de la plaza se levantaba, orgullosa, la villa de los Selve: elevada sobre Borgo Sottano, pero algo más baja que la nuestra. Desde el balcón se veía la amplia azotea de azulejos en blanco y añil. Cuando leía descripciones de fiestas, en los libros, las imaginaba siempre en aquella terraza.

No he encontrado, sin embargo, los *quadrilobos* de cerámica amarilla y verde encastradas alrededor, ni los estucos florales sobre las ventanas.

—Se caían —me cuenta el cojo—; de manera que, cuando se reformó la casa, no los volvieron a colocar.

Los Selve eran perfectos. Tenían incluso un pararrayos en su tejado.

—¿Sabe usted cómo acabó la señora Selve? Murió aquí, en el hospital. (El hospital en Ponte también se refiere al asilo.)

Y el cojo me contó que la nuera (la última) —aquella que la señora no había aprobado porque no era de «buena familia»— no había querido atenderla.

—Es cierto, estábamos en guerra. Pero ¡al asilo!

Battistino es piadoso, se le nota. Pero yo pienso en los ojos desorbitados que hubiera puesto mi madre.

—Lo peor era que la gente se reía de ella. Estaba un poco despistada. Ponía tres alubias en la mesa y decía que eran las Tres Personas de la Santísima Trinidad.

De nuestra antigua cocina las hermanas han hecho su sala de estar: silloncitos cerca de las ventanas, labores de punto sobre la mesa. ¿Dónde estarán? ¿Habrán salido?

Había algunas fotografías, colocadas en sus marcos; en una reconocí al notario. Aparece retratado como lo recordaba desde siempre. Hablaba con voz nasal, a saltos. Me miraba desde la fotografía como si esperase con impaciencia que me fuera.

En lo que fue la habitación de Ciota han puesto la cocina. Sentadas en la cama leíamos la historia de Genoveva de Brabante. El libro, que era de Ciota, estaba desgastado, roto. En la cubierta a color aparecía Genoveva vestida únicamente —pero por completo— por su largo cabello. También leíamos *La bella Magelone* o *Los reyes de Francia* (Fioravante montó en un palafrén...).

Mis «cuentos» no le gustaban a Ciota. Sólo uno satisfacía su humor bromista: *La fea y las hadas*.

Una mujer tenía una hija muy fea, pero se había corrido la voz de que era de una belleza muy peculiar y estaba oculta porque el sol podía estropearla. Cuando llegábamos al momento en el que la mujer dejaba mirar al príncipe pretendiente, por el hueco de la cerradura, el dedo meñique de su hija, suave y perfumado con ungüentos, a Ciota le parecía algo irresistible y se reía hasta las lágrimas. También cuando el príncipe, al levantar el velo de la novia, la veía tan fea que la arrojaba por la ventana. O cuando las tres hadas, una coja, otra jorobada y otra bizca, tropezaban al amanecer con el cuerpo tendido de la fea muchacha.

Volvimos por el pasillo, iluminado por una pequeña lámpara. Noté que el pavimento estaba liso, pulido:

—¡Qué bien cuidada tienen la casa las hermanas!

—¡Oh!, para eso tenemos a una criada —(¿Y el encanto de la pobreza?) El cojo se alejó para levantar las persianas. Cerré los ojos un instante. Intentaba, inútilmente, evocar el «olor».

Los tíos y las primas, nada más llegar, lo primero que decían era:

—¡El olor de vuestra casa!

Lo comentaron entre ellos durante años:

—¿Te acuerdas de aquel olor?

—¿De qué olor? —respondía yo.

—Un olor especial, fresco, bueno. Sólo lo tenía vuestra casa.

Yo recordaba olores concretos. En la habitación de mamá había un frasquito de porcelana con un cuello largo rematado con una corona de reina (se la trajo papá de Niza) que contenía el perfume de violetas «verdadero». Pero, comparado con el aroma de un ramito de violetas cogidas a lo largo del margen del camino, éstas tenían un perfume diferente: tierno, levemente amargo; mientras que el del frasco era más dulce, pero frío.

Otro olor grato era el de la caja de dulces, donde mamá guardaba cintas. En el interior de la tapa estaba dibujado en relieve un perfil de mujer orlado por una sinuosa cabellera serpenteante. El perfume era de almendras y vainilla, pero mucho mejor: quizá porque ahora se trata del recuerdo de aquel olor.

También recuerdo malos olores. El olor de Murò, fuerte pero agradable, se volvía acre cuando llegaba mojado por la lluvia. También papá tenía un olor un poco áspero cuando volvía de cazar o de hacer sus mediciones. Pero el peor olor era el de la habitación de Madrina: el olor del bálsamo Opodeldoc.

¿Abriría también aquella puerta...? La abre. La estancia aparece grande y en penumbra –la única que permanecía así– porque la única ventana, protegida por una gruesa reja, da al patio.

–Nosotros la llamamos la «alcoba gris» –explica. Semivacía, se ve que sirve de almacén de provisiones. En las esquinas hay sacos y cestos–. Era la habitación de su abuela –dice. (¡Lo sabe todo!)

En cualquier caso es verdad, como decía la tía Carlotta, le habíamos dado la «habitación más fea».

–Yo la llamaba Madrina. Era mi madrina. Papá y mamá la llamaban Maman.

–Era una señora imponente. Vivió aquí muchos años, con su padre, antes de casarse. Y se quedó viuda muy joven.

Yo esperaba ansiosa, por un instante, a que dijese algo que pudiese ayudarme a desvelar el misterio de Madrina.

–Era alta, esbelta –El cojo intentó enderezar la espalda–. La llamábamos *Madama Real*.

–¿Era soberbia?

–Bah, ya sabe cómo son los sobrenombres –y se echó a reír sacudiendo la cabeza, indulgente.

Me parece ver a Madrina invitando a mamá a probar un licor en un vasito. Papá aprieta a mamá por los hombros de repente y, del susto, ella empieza a hipar secamente.

Según la tía Carlotta, Madrina se divertía asustando a mi madre. Cuando papá tardaba en regresar de sus expediciones de caza o de sus inspecciones a los «proscritos», Madrina se ponía delante de ella y le decía:

–No quisiera...

–¿Qué?

–No quisiera que se hubiera encontrado con alguna antigua conocida...

Mamá era demasiado orgullosa para mostrarse celosa, pero seguro que se sentía ofendida por la intrusión, por la sospecha.

Siempre tuve dudas de que Madrina fuese una mujer buena; pero mi madre no lo dijo nunca, y yo consideraba que ser malo (en los adultos, porque yo me consideraba muy mala con la hermanita) era como una especie de enfermedad secreta de la que no se hablaba.

–Mamá, ¿cómo era Madrina? –le preguntaba.

–A ti te quería mucho –respondía a su manera evasiva, que se saltaba los pasajes.

–¿Y a ti?

–Lo pasado, pasado –contestaba; y hacía un gesto que significaba el vuelo rápido del tiempo.

Mamá no quería hablar con nosotros de Madrina, pero admitió que papá había hecho con justicia el reparto de las competencias.

–Ahora la casa le toca a ella –había decidido cuando Madrina fue expresamente a verle a las oficinas para quejarse.

—¡Después de nacer tú, Madrina cambió mucho!

Todo esto ocurrió sólo en los primeros tiempos. Madrina era solemne, pero su rostro era muy duro. Tenía arrugas a los lados de la boca y los labios finos. Que fuese la madre de mi padre era algo incomprensible; de hecho, de pequeña nunca lo pensé. Era Madrina y basta. Y tampoco pensé nunca que hubiera sido joven alguna vez. Aunque tuviera pelos en la barbilla no me parecía tampoco una vieja.

Fulvia me enseñó tiempo después una fotografía de Madrina de joven. Vestía un miriñaque, era esbelta y grácil. No parecía altiva, pero tampoco dulce; quizá indiferente. Tenía la frente alta, el rostro largo y aristocrático, aunque era hija de un comerciante. En su pequeña ciudad la llamaban *La Bella Italia*, porque había ido a una fiesta disfrazada de Italia (en el año 1870) con la *corona turríta*¹⁶ en la cabeza.

Yo, en cambio, sentía una vaga y misteriosa compasión por Madrina. Creo que intuía que su dureza la condenaba a la soledad.

Dábamos un determinado paseo, siempre el mismo, Madrina y yo. Hacíamos un largo recorrido por el pueblo, desde la parte del Ponte Cross, bajo el bosque de los Conti, detrás de la Caserna. Recogíamos algunas flores de aquellos lugares silvestres. Flores preciosas y aún no apreciadas: el gordolobo de flor amarillo pálido y hojas ásperas, la achicoria azul. Las cortaba Madrina porque tenían el tallo muy duro.

Madrina no era de esas abuelas que cuentan cuentos. Pero se sabía uno, y lo contaba de una forma extraordinaria. Recuerdo un momento de aquella historia. Engañaban al esposo enviando a la boda, en vez de a la princesa, a su criada vestida con las ropas de ella. La carroza cruzaba un puente. La falsa princesa no sabía contenerse y exclamaba:

—¡Oh! Qué maravillosas aguas —Madrina remarcaba el sonido de «maravillosas aguas»—, ¡qué bien nos vendrían para aclarar la colada!

Y de esta forma se descubría el engaño. Mandaban entonces a la cocinera. A la vista del torrente, ésta exclamaba:

—¡Oh! Qué maravillosas aguas —Madrina repetía el efecto—, ¡qué bien nos irían para lavar los platos!

He olvidado qué era lo que decía la verdadera princesa.

Iba a despedirme ya, pero el cojo salió conmigo, y sin dejar de hablar cerró la puerta y, como si supiera mi deseo de verlo todo, me indicó la escalera al ático.

Hasta el desván solía seguir a Ciota y la miraba serrar la leña. Había un olor muy rico a madera de haya y las cosas, cubiertas de serrín, tenían todas un color parecido, arenoso, incluso las telas

de araña. Ciota me hacía sostener el trozo de grasa con el que untaba la hoja dentada: a ella le parecía que olía muy bien.

Los techos eran bajos, con vigas, y había una penumbra difusa. Aquella atmósfera me impresionaba un poco. Todavía hoy sueño con aquel desván. En los sueños se convierte en un laberinto de pasadizos vacíos y polvorientos, mucho más largos, que conducen a lugares imprecisos y jamás alcanzados.

Siempre me intrigó el curso del pasillo estrecho bajo el tejado, que tenía una esquina; Ciota no me dejó nunca recorrerlo, diciendo que más allá había cosas raras. Pero con aspecto de no querer decir –o no poder decir– que había algo que no se «debía» ver. ¿Ciota quería asustarme? No lo creo, al menos en este caso. Para ella el mundo estaba lleno de trampas y misterios. En los primeros escalones de madera del ático, largos como bancos y desgastados hasta parecer hundidos, aparecía sentada, algunas veces, una vieja. Nunca llegué a saber quién era ni de dónde venía. Las personas desconocidas no me daban miedo; sólo aquello que «no» se veía podía asustarme. La observaba porque era vieja y las personas ancianas me suscitaban curiosidad, como si fuesen una especie aparte. A menudo había un olor extraño, mezclado; como un hedor procedente de bajo tierra.

La vieja cosía; cuando se le acababa la hebra no conseguía volver a enhebrar el hilo. Yo lo intentaba y lo conseguía enseguida porque el ojo de la aguja era muy grande. Las bendiciones de aquella anciana me daban la impresión de pertenecer a una fábula.

XI

En el balcón que daba al patio, en aquel tiempo, había alineadas a lo largo de la barandilla macetas con saxífragas, las flores de Madrina. Eran de color rosa metálico, y tenían algo de crueles, supongo que por el nombre. Por Pascua, Madrina las cortaba y hacía un ramo para mamá. (Lo cual me alegraba en secreto.)

Un lado del patio estaba cerrado por el cobertizo y por el pajar (ahora ambos vacíos), y el balcón se alargaba sólo por tres lados. Por encima del tejado bajo del cobertizo se ve, enorme, cercana, una montaña. Es la montaña más grande de Ponte Stura, el Monselvaj.

Bajo aquel largo balcón pasábamos papá, Murò y yo para ir al Monselvaj, a medir o a cazar.

Salíamos al alba, y escuchábamos a los gallos responderse entre ellos, con su canto medio afónico. Caminábamos cautos, pero las botas de clavos chirriaban sobre las piedras y se escuchaba el derrape de las uñas de Murò, que no podía frenar y daba carreras y saltos, pero sin aullar.

Salíamos siempre por aquella parte, hacia la montaña. Por un atajo alcanzábamos enseguida el arroyo y desde allí el sendero.

En las vegas el sol calentaba ya la hierba húmeda de los bordes del barranco. En la Barcia se podían beber las primeras aguas heladas, que caían a un tronco hueco, cenagoso y negro. Un perro tumbado fingía dormir, después se abalanzaba y ladraba con odio contra Murò, el noble. Murò miraba al dueño, perplejo, e incluso yo me aferraba a la mano de papá.

Después, la vaguada se hacía estrecha y pedregosa, y el viento la azotaba; desde la sombra, el cielo se veía blanco.

En aquella montaña no sólo había prados perfumados de miel; también estaban las minas. Eran agujeros negros atrancados con tablones: ¡era una mina de oro! Papá me explicó que la habían abandonado porque extraer el oro costaba demasiado; pero no consiguió convencerme. Me prometí a mí misma intentarlo de mayor.

Al borde de la barandilla retorcida y gastada, medio arrancada en algunas partes, bebía, sorbiéndola, el agua de lluvia que tenía aquel curioso sabor a hierro.

En aquella otra barandilla, la del balcón de casa, solía apoyarme y mirar hacia abajo.

El patio ha sido siempre profundo, pero ahora se veía más amplio. Los mozos y los ayudantes cepillaban los caballos, los peinaban con la manopla en la mano. El pelo brillante relucía, y las

crines largas y ásperas caían sobre las grupas. Se notaba el fuerte olor de los caballos del establo, el perfume del heno y de las algarrobas. Resonaban gritos, risas, maldiciones.

La que sí soltaba carcajadas como truenos era la posadera. Morena, huesuda, no se parecía en nada a sus bonitas hijas de aire lánguido. Tenía la voz ronca de hombre de los que «beben». Y se reía con voz cavernosa con ellos, tratándolos de igual a igual.

Cuando Ciota y yo nos sentábamos en el murete, y ella me enseñaba a hacer ganchillo, a veces venía Agnesina, la hija del maestro Musso. Agnesina era rubia y tenía muchas pecas pálidas; sonreía enseñando sus pequeños dientes y entornaba sus ojos miopes. Parecía triste incluso cuando reía; reía sin hacer ruido, como si sollozara. Ciota y ella hablaban entre sí un lenguaje secreto, que tenía muchas efes; lo hablaban muy rápido y se reían.

A ambos extremos del balcón estaban los retretes. El de un lado, del maestro Musso, estaba siempre limpio, como si no se hubiese usado, y tenía un olor seco; el del otro lado, el del hotel, estaba mojado y tenía una fetidez penetrante que escocía en los ojos y hacía llorar. Ciota decía con mucha convicción que era porque lo usaban los hombres (los militares).

Ciota tenía en consideración a todos los hombres, militares o no. Su deferencia tenía para mí un significado oscuro que me hacía sentir violenta.

Ciota criticaba sólo a las mujeres. Cuando anunciaba la visita de una señora, por detrás hacía burlas e imitaba sus gestos.

De los hombres se limitaba a cambiarles el nombre, si le venía la inspiración incluso les hacía una rima. No le importaba si eran personas muy serias. Al contrario. Incluso con el nombre del venerado Doctor osaba bromear: *Dôtôr Vinaj, mangia la süpa senssa l'aj*¹⁷.

Al lado opuesto del balcón está la puerta del maestro Musso.

–No hace tantos años que murió –comenta el cojo. (¡Si hubiera venido antes!)

Era muy mayor; pero era esbelto, enjuto; utilizaba el bastón sólo como compañía, solía llevarlo colgado del brazo.

–Ya entonces lo llevaba así.

–No había cambiado apenas; sólo la barba se le había vuelto blanca.

El maestro Musso pertenecía a la especie de los sabios. Era dulce, paciente, silencioso. Su persona me inspiraba protección.

Cuando todavía no iba a la escuela, me cogía de la mano y salíamos juntos. Íbamos al cementerio.

El camino era largo y polvoriento a través de los campos hasta los pies del Podio. El maestro se quedaba inmóvil, erguido, delante de la tumba de su primera hija, Alfonsina, que murió a los dieciocho años.

La conocía por el medallón de la lápida. Un pequeño rostro un tanto disgustado, como ofendido, bajo un sombrero de fieltro oscuro de ala ancha levantada.

Soltaba la mano del maestro y cogía flores. Eran clavelinas silvestres de tallo largo y fino; las escogía entre las cruces antiguas y las altas hierbas del camposanto.

En casa, Ciota me gritaba:

–¡No hay que tocarlas, son las flores de los muertos! –Pero no conseguía impresionarme, porque yo no conseguía relacionar las flores con los muertos.

La mujer del maestro era –o parecía– malvada. Tenía la boca fina, amarga, y entrecerraba los ojos que se estaban quedando, poco a poco, ciegos. Se desplazaba a tientas. Yo me deslizaba a su lado, cuando iba allí a ver al maestro. Él me dejaba hojear libros ilustrados. Aquellos libros tenían unos colores muy vistosos porque eran alemanes o suizos.

El maestro se acaloraba cuando hablaba con papá de los países muy civilizados. O de poesía o de música. Solía sentarse ante el piano y cantar.

En el pueblo se decía que el maestro era un *barbett*.

–Era socialista –precisó el cojo, y me pareció que lo decía con respeto.

Indicó las ventanas del primer piso.

–Allí se hacían las reuniones...

–Lo sé: los protestantes.

El lisiado se volvió para mirarme con los ojos admirados:

–¿Usted aún lo recuerda?

–En la sala había una mesa larga cubierta con un paño verde, y muchos hombres alrededor. Uno, de pie, leía en voz alta un libro. Con Ciota y Agnesina los mirábamos; nos quedábamos calladas y atentas. Escuchábamos las voces pero no entendíamos las palabras.

–Leían la Biblia. La gente sabe Dios lo que creía –después añadió con cierta gravedad–, yo también participé alguna vez. –Ahora me tocaba a mí mirarlo a él con admiración.

–En la puerta de acceso a la otra escalera había una insignia; estaba escrita en blanco sobre azul: SALAEVANGÉLICA.

–Aquella placa ya no está.

La sala de reuniones ahora es una estancia vacía, deslucida; apenas la distingo a través de los cristales sucios y las espesas telarañas.

Allí se había celebrado una gran comida, cuando yo aún no había nacido. En aquella ocasión papá fue muy galante con las señoras. Lo supe ya de mayor, por la tía Carlotta. Mamá sonreía con aire desdeñoso; creo que no *admiró* mucho a papá en esa ocasión.

Aquella gran comida, que pertenecía a los espléndidos «tiempos pasados», la he imaginado tantas veces que casi la recuerdo como si la hubiera vivido, papá de pie sirviendo el vino a las señoras, la Calvi, la Borgo –¿quizá también a la generala?–, que sonreían levantando la cabeza

para mirarlo, sujetando la copa. Los señores miraban a mi madre y ella, en el fondo, se disgustaba. No le interesaban nada los actos de sociedad.

¿Qué era exactamente lo que no le gustaba? ¿Los discursos que se daban? O, en este caso, ¿que papá adulase a las señoras? La verdad es que era algo fastidioso que papá «se prestase a ese juego».

La tía Carlotta nos contó que cuando mamá era una «jovencita» (así se decía entonces), el abuelo, tras mucha insistencia de unos amigos, la había acompañado a un baile. Pero a mitad de la fiesta ella abandonó la sala, se fue a buscar al abuelo —que estaba jugando al billar en otro salón— y le dijo que quería volver a casa. No fue fácil, después, hacerla cambiar de opinión; confesó entonces que no había podido soportar las miradas de envidia de sus amigas. Se dio cuenta de que sufrían porque ella, vestida de un modo más sencillo, era mucho más cortejada. No quiso irse por favorecerlas, sino por incomodidad, porque detestaba entrar en ese tipo de competiciones.

Su aversión al «mundo» era profunda. Comprendo ahora su orgullo, que fue el insólito camino hacia su extraordinaria humildad.

De otra comilona en la misma sala del Europa había tenido noticia por comentarios de mi madre. Me preguntaba después si no sería una fantasía, no el suceso, pero sí ciertas anécdotas en particular. El caso es que mi madre no se inventaba nada; de hecho, ella recortaba, deshojaba, no «contaba»: solamente aludía. Para entender lo que pensaba de algo hacía falta ver su expresión; aunque también ésta era muy discreta, oculta tras la ironía. Estaban sus diferentes tipos de exclamaciones, sus gritos: de júbilo, de miedo y de disgusto. Pero eran repentinas, imprevisibles, y demasiado rápidas.

De la comida creo que habló precisamente por lo que tuvo de fantástico. Después no me he atrevido a volver a preguntarle (¿por temor a que no fuese verdad?).

Papá fue invitado —el único hombre— a una comida de señoras; es decir, a La Comida de las Mujeres. ¿Quién podía faltar? Ninguna señora, por supuesto. Imaginaba que habían ido aquellas señoras ancianas que en las procesiones vestían una camisa amarillo azafrán, almidonada, sobre la cual se ponían un «habitillo» azul. Se llamaban «las Humilladas» (Ciota las llamaba las «mulas locas»¹⁸).

Mamá me contó que también ella sintió curiosidad por ver aquello.

—Fuimos, Catlina y yo, a espiar. —¿Tenía diecinueve años! Esto ocurrió en el primer año de matrimonio; y Catlina era la sirvienta de entonces.

—¿Y qué fue lo que visteis?

—Papá se había puesto sobre los hombros un mantel, se había subido a una mesa y daba un discurso.

—¿Y las mujeres?

—Aplaudían.

Mamá se reía contándolo. Pero lo contó también de otra forma; o, mejor dicho, con otro sentido. Sin reír, como tratando de evitar cierta amargura.

Justo el día de la famosa comida había venido desde la ciudad un amigo abogado de papá. El amigo se entristeció, indignado; y montó, cuando papá volvió a casa, una escena. En este punto la historia se vuelve otra vez alegre; de hecho, resultaba muy divertido imaginar la supuesta «escenita»: el amigo era Giuseppe Barra, llamado Pagiada porque hablaba muy despacio y se comía las palabras como si las pronunciara en sueños.

No por su ambigüedad las versiones eran distintas. Mamá mostraba a veces una y otra cara de las situaciones, sin explicar: en realidad, ella confundía las pistas, porque no le importaba que la entendieran. Pero, sobre todo, no quería que se juzgase a los demás a causa de sus comentarios.

El cojo bajó la escalera conmigo. Me parecía tener al lado, en los altos escalones, un enorme pájaro, un palmípedo obligado a renquear. Hablaba y se paraba cada poco. Yo ya no seguí escuchándolo.

XII

Nos despedimos delante de la casa; pero poco después, al cruzar la Piazza Vecchia, allí estaba de nuevo; apostado bajo el último arco de los pórticos, en una columna.

Me incomodó; me preguntaba si no estaría un poco loco: porque era obvio que me esperaba a mí. Pero me saludó con su sonrisa de monstruo bondadoso y ya no sentí ningún temor.

Quería enseñarme, dijo, el antiguo Parco dei Conti (Parque de los Condes).

Una oferta así, de pequeña, me hubiera llenado de alegría. Pero ahora aquel parque se ha convertido en los Jardines públicos. Donde estaba la torre con el reloj de sol han construido una escalera con dos rampas que lleva al jardín. El paseo de olmos enanos, desbrozado, podado, ya no oculta ni el sendero ni las estatuas, en aquel tiempo invisibles.

El lisiado no imagina, no intuye que no, «no» quiero visitar ese jardín que ya no es secreto.

Los nobles eran, para mí, seres de una especie más elegante, más extraña. Su vida apartada, sus mansiones enormes y oscuras los hacían «diferentes». Pero más que al mundo exterior, pertenecían a mi fantasía. Soñaba con ellos como se sueña con criaturas imaginarias, privadas de existencia real (o casi). Cuando el tío doctor declamaba: *A sta 'l barôn d'Onea / Per là 'n t'un castel frust / So pare ven da Enea / Sua mare ven da August*¹⁹, yo me reía; para nada sufría por mis ídolos.

Sus personas, en realidad, no me impresionaban mucho. El conde Bolleris era feo; papá lo comparaba con un oso. Por lo demás, había sido el aniversario político del Dottore, el gran amigo de papá; aunque también era, en cierta manera, un enemigo. (Sólo el conde vivía en Ponte Stura; los demás venían en verano, como los turistas.)

En verano veía pasar en su carroza a la marquesa cuando se dirigía al Castello. Si estaba el marqués, caminaba a su lado, y la altura de él era tal que sus cabezas quedaban al mismo nivel. (La madre del conde era marquesa porque había vuelto a casarse: ¿no era extraño?) El marqués en la iglesia, los domingos, se quedaba siempre de pie, recto, severo. Tenía ante sí, en el banco, varios libros de misa apilados, en vez de uno. (Los demás hombres no sólo no tenían misales, sino que ni siquiera iban a misa. Ni siquiera papá, por entonces.)

Decían que la marquesa dominaba al marqués, le daba órdenes como a un criado. En una reunión del Comité le había ordenado delante de todos que sacara al perro a pasear. Yo escuchaba con avidez siempre que oía hablar de ellos. No es que aprobase las cosas que contaban, de hecho pensaba que la gente del pueblo no estaba en disposición de juzgarlos.

Se decía también que la marquesa era muy avara, que «contaba hasta los huevos» ¿Qué significaba aquello? Alguien añadió: «Como la madre de Leopardi». (Cuando supe que justo aquel marqués había escrito «en defensa de la madre de Leopardi», pensé que su intención había sido la de defender también a la marquesa.) A menudo, eran huéspedes de la marquesa dos nobles de España, que eran conocidas como «Las Españolas». Eran pequeñas y menudas, pero tenían la cabeza gorda y la cara varonil, morena y peluda: como si sobre sus pequeños cuerpos hubieran colocado unas cabezas equivocadas. Vestían de blanco y eso las hacía parecer aún más morenas. Yo me asombraba de su aspecto, porque pensaba que se refería a ellas la canción: *E la spagnola sa amar così*.

—¿Sabe cómo acabó el conde? —me pregunta el cojo. Sí, lo sabía, más o menos—. Bebía ya desde joven. Era lo que decían.

En los últimos días estaba dejado. Salía a pasear sin lavarse. Y no hablaba con nadie.

Puesto que no me apetecía visitar el parque, me propuso otra opción, me preguntó si quería hacer el camino del Paschè.

También por aquella calle se rodeaba un jardín de nobles, los condes Blanc. Me mostró cómo, tras el muro de cinta, el jardín se veía casi sin árboles. El viejo cedro del Líbano ahora decadente despuntaba con una única rama, como un pajarraco apaleado al que sólo le quedase un ala.

Los dos pequeños condes iban vestidos a la marinera como los demás niños, pero sólo ellos llevaban las medias sujetas con jarreteras. Aquello me daba la impresión de ser algo ortopédico y al mismo tiempo especialmente masculino. Me sentía turbada cuando me topaba ante los ojos con aquellos elásticos negros y sus hebillas.

Mamá había visitado a la condesa cuando yo era muy pequeña. Sólo recuerdo que me aburría en un balconcito. ¿Acaso no era consciente, en aquel entonces, de estar en la casa de unos nobles? O quizá mi pasión fue posterior.

Poco después hubo un gesto de familiaridad. La condesa había pedido a papá que la llevásemos con nosotros en la peregrinación al Santuario de Sant'Anna di Vinadio. La carroza nos acercaba hasta una pequeña aldea y después había que seguir a pie durante muchas horas y se dormía allí arriba.

La condesa se mantenía un poco distante, o así me lo pareció. Comía sentada aparte, pero aceptaba lo que se le ofrecía: yo hacía de recadera. La condesa había llevado una caja de *fondants*.

Descubrí que era realmente distinta, cuando mostró gran emoción y miedo en un tramo en el que el camino estaba desmoronado. Sufría vértigo. Pasó apoyándose en papá y dando la mano a mamá, y ¡con los ojos cerrados! A mí me parecía muy bella en aquel momento, y me pareció incluso que la amaba un poco.

Vi sus jardines, pero no la vez de la visita. Pasaba por allí a menudo y la verja estaba abierta.

El jardinero me invitó a entrar. Lo cual era ya de por sí extraño: entré con timidez. Fue como si hubiera sido invitada a un jardín imaginario, que se revelase sólo para mí. El olor de las flores, sus colores, el zumbido de las abejas e incluso la calidez del sol tenían una intensidad superior a lo habitual. Y después tuve la sensación de que todo había durado un instante.

El jardinero, sin decir nada, cortaba flores y las ponía una tras otra en mis brazos. Yo las recibía casi sin respirar, no osaba ni apretarlas. El jardinero completó el ramo con un sarmiento largo de grosella. Lujó supremo: ¡un fruto como si fuera una flor!

—¿Quiénes eran más importantes, los Blanc o los Bolleris?

Battistino se quedó perplejo. Concluyó que los Bolleris habían sido los antiguos feudatarios de Ponte Stura, pero que los Blanc eran de una familia noble más antigua. Yo pensé que su intento de responder era un gesto de amabilidad, y que se lo había inventado todo en ese mismo momento.

A lo largo del muro del parque que terminaba a orillas del arroyo, un sendero llevaba hasta una casa civil, cerrada. Con un cartel que decía: SE VENDE. La habían construido cuando yo era pequeña; ya entonces me llamaba la atención su simetría, como la casa de Rubino en el *Corriere dei Piccoli*.

—¿Ve ahí, sobre la puerta, los dos nombres?

Había una losa de cemento con los dos nombres en relieve: ANNA Y GIACOMO. Son los nombres de los esposos: los únicos del pueblo que se hicieron protestantes. (Entonces ¿hubo quien se convirtió en el pueblo?)

—Era un comerciante de maderas; hizo construir la casa para su mujer y para él. Se amaban mucho. Por eso hizo grabar los dos nombres.

(Los protestantes debían de haber sido para él algo así como los nobles para mí.)

En ese momento hubiera podido despedirme; pero dudé. Continué el camino del Cross con mi guía, avanzando con prudencia entre los enormes socavones. Era como si me hubieran obligado a beber.

Muchos años antes, cuando nos fuimos de Ponte, me sentía igualmente perdida. Se me había ofuscado por un momento aquella certeza que tenía de nacimiento, incluso temí que hubiera sido ilusoria. Pero «no pensaba en ello». Ahora sé que eran celos, pudor de un periodo de la vida.

Mientras caminaba con Battistino Viola recordé el aturdimiento de entonces, y en parte lo reviví. En el lento atenuarse de la memoria el dolor aún predominaba; se volvía subterráneo.

Con Battistino recorrí un tramo de los pórticos. No nos cruzamos con nadie. Tuve la impresión de ser invisible.

Atravesamos juntos las dos plazas, la Vieja y la Nueva, en silencio. ¿Qué pensaba el cojo? Es cierto que sabía que su misión había terminado. Se despidió delante del hotel.

Nos saludamos como viejos compañeros de travesía.

Entré en el hotel apartando con la mano la efervescente cortina de cuentas hiladas.

Un pasillo conducía hasta una estancia que se había mantenido tal y como fue: como taberna. Las mesas negras, escenas de caza en las paredes. Además de una enorme radio inservible y un montón de manteles en una mesa; lugar de paso y de descanso. Con un olor triste y familiar –por antiguo– de moho, vino y grasa acumulada. Aquella sala me reconfortó: era algo que pertenecía a Ponte.

En la habitación persistía el olor a humo de tabaco reciente; los restos de una presencia que se había marchado hacía muy poco. Ordené la ropa en un cajón y saqué una cajita de aspirinas.

Me puse a trastear con la lamparita, una pantalla de vidrio sujeta con unos tornillos. La luz no se encendía. Me habían explicado que bastaba con darle un golpecito enérgico. Lo intenté; a cada golpe oscilaba un relumbrón falso que enseguida se apagaba. Lo dejé. Intenté cazar las moscas, pero no conseguí alcanzar ninguna.

Me senté en la única silla.

SEGUNDA PARTE

Me detuve en el antiguo murete. Donde una vez estuvo aparcado el trineo. Frente a mí está la casa, alta y cerrada; otra vez inaccesible, remota (devuelta a su orden natural: no quería que estuviera viva).

Fuera de la casa yo debía continuar el inventario: ¿de un fracaso?

Un pesar doloroso me invadió, en un tiempo que podía considerarse «robado al tiempo». ¿Era por el contacto con el mundo?

La casa estaba rodeada por el mundo, en el que tenía que aventurarme sola. Recuerdo que en el momento de volver a ella experimentaba el vago temor de que ya no estuvieran ni mis padres ni las cosas de siempre. Aquella sensación desaparecía nada más pisar la entrada.

Pero algunas veces la propia casa se convertía en un impedimento. Yo misma la veía como un obstáculo de dimensiones alarmantes, mientras que a cualquier otro –incluso a los niños– aquello le hubiera parecido una insignificancia, de risa.

Al volver de la escuela pasaba por los soportales, corriendo; pero al llegar a la plaza frenaba, con incertidumbre, insegura; paralizada de golpe en cuanto avistaba a los dos perros.

Allí estaban, agachados en mitad de la calle; esperando al *cavaliere* Mattei, que solía regresar del trabajo a esa hora. El ama de llaves los había llevado a la casa. Eran madre e hijo. Ella era gorda, lenta. Él, minúsculo, inquieto, saltaba sobre sus patitas delgadas como ramas; tenía algo eléctrico, como si lo moviera un mecanismo. Ladraba furioso, con un escándalo que lo sacudía todo.

Alzaba la vista hacia las ventanas de la casa. Mamá y Ciota asomadas juntas, y extrañamente familiares, incluso cómplices, me hacían un gesto para que me acercase, para que no tuviera miedo; pero se reían, y aquello me hacía desesperar de cualquier ayuda posible.

Decidía tentar a la suerte. Cambiaba el recorrido, cruzaba la esquina de la tahona. El rodeo, más largo, me daba una tregua.

Desde las ventanas a ras de tierra del horno, Blin, el panadero, me llamaba y me alargaba a través de la reja un colín recién hecho. Mordisqueando el pan cruzaba despacio la calle adoquinada.

Después de la tahona continuaba un muro ciego; al otro lado había una casa blanca con una escalera de dos tramos. Siempre la observaba al pasar con la esperanza de ver algo desde la entrada, abierta al interior oscuro. Allí vivía, inmóvil en su cuna, la hija de nuestro carpintero.

Mamá me acompañó alguna vez a visitarla. Era una niña muy bella, pero resultaba penoso estar a su lado; desprendía un calor húmedo, un olor dulzón. Su rostro delgado, oval, era de una palidez opaca; sus ojos, negros, brillantes, y su mirada, demasiado seria, me incomodaban como un reproche. La enfermedad era el privilegio de aquella niña: mamá le hablaba con respeto, y ella podía juzgarme.

Al llegar al cuartel –el centinela estaba en su garita– doblaba la esquina. Hasta la puerta de casa, que estaba hacia la mitad de la calle, ya no había nada más que tapias: por un lado, la del patio, y por otro, la alta tapia del cuartel, que llegaba hasta el arranque de la roca del monte, tras el Belvedere. Pero al final, delante de la *trattoria*, había otro perro, Blesilla. (¿Quién le habría puesto ese nombre a aquella perra ocre, escandalosa e irritable?)

Mi objetivo era alcanzar mi puerta sin que Blesilla me descubriese. Parecía dormir; pero cuando ya me consideraba casi a salvo, se levantaba, ladraba y, lo peor, venía corriendo hacia mí. Prefería a los otros dos perros; que al menos saltaban sin moverse del sitio. Volvía rauda sobre mis pasos.

El *cavaliere* Mattei tardaba, los perros todavía estaban allí. Mamá ya no estaba en la ventana. Desesperada, ya cansada, hacía otro intento por aquella parte.

No logro recordar el momento en el que conseguía llegar a una u otra entrada, con el corazón en la boca. Y tampoco cómo era acogida en casa: quizá con risas y bromas. Las burlas no mitigaban lo más mínimo mi miedo a los perros en general, aunque éstos fuesen diminutos.

El «miedo a los perros» tenía a simple vista un motivo plausible, «externo». En realidad, la cólera de los perros desencadenaba en mí un terror secreto. El miedo no era precisamente a ser atacada o mordida, sino a incurrir en una equivocación inconsciente, como si fuera a violar una prohibición, o a caer en la trampa de una fuerza maligna.

De hecho, el perro que en principio me resultaba una presencia demoniaca, si venía acompañado de su dueño y se me acercaba de buen humor, volvía a ser lo único que en realidad era, un pobre perro.

Sin embargo, esto no ocurrió nunca con los perrillos del *cavaliere* Mattei, ni con Blesilla: nunca los vi mansos. En mis sueños eran «el demonio»; en especial el más pequeño, negro, casi incorpóreo. Lo veía corretear por la casa, yo sabía «quién» era, y me despertaba temblando.

Mi gran amigo, cuando era pequeña, fue mi perro Murò. Era un setter laverack, dorado, como decía papá con satisfacción. Era hijo de Maura, la perra del veterinario.

Murò era dulce, discreto, paciente en los juegos como lo era también papá. Su frente pensativa expresaba el esfuerzo constante por entender, por prever.

En muchas fotografías Murò aparece como mi custodio. En una está a mi lado, en el huerto, sentado sobre sus patas traseras, con la cabeza en alto; fiero y ajeno a su propia dignidad. Había cierto parecido entre el perro y la niña.

Ambos tienen en la frente –rígida y oscura la de él, blanca y convexa la de ella– un leve mohín, una sombra de melancolía. Pero la mirada de Murò está fija, es intrépida e ingenua como la de un recluta, mientras que la de la pequeña parece concentrada en reflexionar sobre algo lejano y preocupante.

También Murò fue, como todos, joven y travieso. Una vez se comió todos los *tomini*²⁰ que un mercader de Boves había traído. Después, los cazadores siempre decían de él: «¡Éste es el perro al que le gusta el queso de Boves!».

Lo decían de broma, todos sabían lo magnífico que era Murò para la caza, y lo tenían en gran consideración: se referían a él con esa seriedad afectuosa que utilizan los cazadores cuando hablan de sus perros.

A menudo, mamá y yo acompañábamos a papá y a Murò a cazar, sobre todo pájaros, por el curso del Cant.

Para ese tipo de caza menor el perro era el gancho y yo tenía que retenerlo. En esas circunstancias no era para nada dulce, pero sí mucho más majestuoso. Daba tirones, erguía la cabeza con furia, atraído por un reclamo que parecía ponerlo fuera de sí. Yo lo abrazaba por el cuello con mis brazos de niña, me aferraba a su collar. Cuántas veces Murò me arrastró por el suelo entre raíces y piedras, a peso: él gimiendo de puro afán y yo de impotencia. Después, mientras él jadeaba sin aliento, yo lo abrazaba con ternura y le quitaba una a una las ramitas y las hojas del pelo.

Se hizo viejo, y en sus últimos días estaba sordo y casi ciego. Se golpeaba con las patas de los muebles, y caminaba con la cabeza baja, encerrado en sí mismo, abatido. Papá dijo que lo había enviado por un tiempo a un cuidador que lo curaría.

¿Me distrajeran otras cosas? ¿Habría podido superar aquella pérdida? En cualquier caso no recuerdo el momento en el que comprendí que no volvería a ver a Murò; peor aún, que alguien había puesto fin a su vida. (Es posible que olvidara este episodio porque me dolía demasiado; como queriendo huir de ese pensamiento.)

Murò sufrió otras humillaciones en su vejez. Papá se hizo con dos perros más jóvenes, de orejas largas, que «lo ignoraban»: estaban siempre moviéndose, con aire juguetón y despreocupado, y devoraban la comida en un santiamén. (Ya Ciota, con este asunto, lo enfadaba a menudo: la comida de la mañana debía servir también para la tarde, y ella se la quitaba de delante antes de que hubiera llegado a comerse la mitad.)

Por entonces ya estaba la hermanita. En una fotografía aparece en un camino, en el campo, en medio de los perros; llora desesperadamente, y es incluso cómica. Murò, mortificado, se mantiene

aparte. No se sentía en absoluto el guardián de la hermanita.

Antes que mío, Murò fue el custodio de mamá. Papá incluso la dejó algunas veces sola a condición de que ella, como luego nos contó, dejara dormir a Murò a los pies de la cama.

–Incluso lo dejaba subir a la cama –contaba con ese aire algo arrogante que adquiría algunas veces–: cuando tenía miedo, él me daba seguridad.

¿Mamá había tenido miedo alguna vez? ¿Miedo de qué? Muchas veces vi a mamá, temblorosa, abrazarse a papá; pero me parecía un capricho, una broma. La tía Carlotta nos contó que mamá de pequeña era muy miedosa, y que sus hermanos se burlaban. De pequeña, claro; pero ¿ahora?

También la señora Borgo confesó que cuando su marido, el veterinario, tenía que salir a atender una urgencia de noche, tenía miedo. Él se llevaba a Maura consigo, y ella, por no quedarse sola (aún no había nacido Bellina), lo seguía algunas veces.

–Salía en zapatillas de casa, para no perder tiempo; pero después, si había que cruzar prados, al volver a casa las babuchas estaban «pingando». (Quería decir empapadas; utilizaba palabras extrañas porque era toscana.) ¿No era acaso mucho más aterrador atravesar los prados en plena madrugada? No entendía los miedos de las madres.

Quizá las ausencias más largas de papá fueron las de las batidas de ciervos. Regresaba al cabo de varios días, a veces ya tarde, casi de noche, con la compañía al completo (la Brigada Móvil, la llamaba él) y solía invitar a todos. Iban embarrados, manchados de sangre; amontonaban las escopetas, las cartucheras y las alforjas en el pasillo de la entrada.

En aquel tiempo todavía no estaba Ciota, sino la vieja Catlina, la antigua gobernanta de papá. Catlina nunca perdía la calma, tenía experiencia en cuanto a invasiones.

A mamá el ciervo le parecía una presa noble e importante; pero se horrorizaba, sufría mucho cuando veía la hermosa cabeza inerte, los ojos velados.

Cuando nos contaba, ya de mayores, las grandes hazañas de mi padre, nos decía que le parecían divertidas, sobre todo, las mentiras a las que él recurría, como un escolar, para ocultar las expediciones de caza a los ojos de cualquier autoridad o biempensante de guardia.

–Tengo que inspeccionar un coto –dejaba caer con un gesto indiferente.

Papá, capaz de inventar disparates para tomarse un rato libre, sin embargo, en estos casos, resultaba inverosímil; pero era muy suyo lo de bromear con cualquier tipo arisco con el que se topara, incapaz de entender, ni sospechar siquiera, la pasión que suponía para él un día de caza en alta montaña.

La jornada de caza no siempre terminaba con aquella invasión en casa. Se reunían también en el Tre Colombe, donde Lino. Lino era uno de los cazadores, además era el dueño, así que invitaba incluso a mamá. Ella fue alguna vez, le gustaba la mujer de Lino, pálida y suave, que se deshacía

en sonrisas y no perdía su blancura ni siquiera ante el horno crepitante. Lino, en cambio, era hirsuto y torpe como el perro de un pastor. Cuando su mujer murió, volvió a casarse con una campesina taciturna que dejó fracasar el hotel. (Así lo contaba papá, con pesar.)

Veía a Lino delante del Tre Colombe, con un pie a cada lado de un reguero sucio, una acequia de drenaje entre piedras. Se quitaba el sombrero para rascarse el cráneo gris, luego se lo volvía a poner, escupía en el canalillo y suspiraba: «¡Una vida de bestias!».

Se ruborizaba delante de mamá. Se confundía, le tomaba la mano con las suyas, recordaba que una vez en la montaña ella se había dignado beber de su cantimplora de calabaza; luego hablaba de una medallita que de pequeña yo llevaba en la muñeca con un cordoncito de oro, y cogía con sus manazas los cuatro huesecillos de la mía.

Lorenzo era un cazador alto que mamá conoció por Lino. Vivía en la montaña y solía abandonar la compañía antes que los demás. De vez en cuando decía:

–Me espera Gertrude.

Los demás loaban, serios, la paciencia de la tal Gertrude. Un día mamá preguntó:

–¿Es su hermana?

–No. La mula.

Se dibujaba una especie de melancolía, en el rostro de mamá, cuando nos contaba aquellas pequeñas anécdotas de los cazadores; pertenecían a aquel «tiempo pasado», que para mí fue una época dorada, y que quizá para ella fue el tiempo más difícil.

Todos los cazadores me parecían personajes de novela. Uno más que el resto; elegante y frío en sus modales, tenía los ojos verdes, dulces. Se llamaba Cometto.

Era ya mayorcita, en cuarto curso, cuando papá me llevó con él a una batida de caza. Salimos de casa aún de noche y, a lo largo del camino, blanqueado por la luz de la luna, los cazadores parecían bandoleros. Subimos los montes de Festiona, frondosos, hasta una ermita; allí aguardábamos el alba.

Ya no había luna, estábamos en la oscuridad del bosque. Lino blasfemaba, y luego se disculpaba ante mí: ¡como si yo fuese su madre!

El de los ojos verdes, invitado por los demás, nos contó de un cazador (¿uno de la Brigada? No dijo el nombre) que se había pegado un tiro.

–¿Y cómo es ella? –le preguntaron.

–Parece una virgen –y añadió que había venido de Francia y que llevaba el pelo cortito. Después, con su voz profunda, casi murmurando, explicó–: Apoyó el cañón así... –Se pegó los cañones de la escopeta en el mentón e hizo el gesto de apretar el gatillo.

Las ramas de los árboles susurraban al despuntar el alba. A mí se me cerraban los ojos de sueño y de frío, y el corazón me latía preso de una incomprensible emoción.

En el murete que bordea la subida al Belvedere se tumbaba Murò cuando mis padres iban a la ciudad y permanecían fuera algunos días. Se negaba a comer y a entrar en casa. Cada rato se levantaba, escrutaba la calle, después volvía a su puesto. Todos lo vieron alguna vez. Lo comentaban siempre y fue recordado durante mucho tiempo.

Esto ocurría cuando yo aún no había nacido. Después sí se quedaba en casa porque entonces ya estaba yo y él debía cuidar de mí.

Mis padres casi siempre me llevaban con ellos a sus viajes. Y cuando me dejaban en casa siempre temía que no fueran a volver.

Ciota trataba de mantenerme contenta. Una vez sacó sobre la mesa de la cocina todo el servicio de café, y los vasos, para hacer «una fiesta», dijo. Pero me pareció todo tan extraño que me asusté aún más. También Madrina se había ido. Sólo Murò me daba consuelo.

En un sueño me vi agachada contra el muro de la puerta de casa. Papá y mamá habían muerto. El barco se había hundido en el océano, y yo veía ese lugar. El océano era la planimetría del Stura, que había visto en la oficina de papá y que me gustaba porque las enormes curvas del río estaban pintadas de azul. En el sueño, y después al pensar en él, la sensación de ser una huérfana se materializaba en una tristeza profunda y compacta, pero como si fuese por una desgracia ya lejana, sucedida hace mucho, mucho tiempo.

II

Cuando todavía no había nacido la hermanita se viajaba aún en carruaje. En Ponte Stura, para ir a la ciudad, se cogía el «postal» (la diligencia); pero papá solía alquilar una calesa. El cochero siempre farfullaba porque solía ir un poco bebido, sobre todo a la vuelta. Tenía los ojos turbios y enrojecidos, el cabello despeinado, y su aliento olía a vino ácido. Mamá pasaba mucho miedo en las cuestas y le gritaba: «¡Dele a la *martinicca*!». La *martinicca* era una manivela horizontal como la de los molinillos de café. Era el sistema de freno del vehículo. Y hacía un ruido seco, mecánico, tac, tac, tac...

Aquellos viajes también pertenecen al «tiempo pasado», quizá el más feliz (y a la vez el de los grandes miedos); le siguió un tiempo de incertidumbre, de conflictos, de placeres no tan puros. La hermanita fue precisamente uno de los motivos de aquellos conflictos.

La consideraba molesta, sobrante, por una única razón: me parecía que su llegada había roto la intimidad de nosotros tres.

En cada viaje de aquéllos esperaba reencontrar, altos, sobre la cima de un monte, recortados contra el cielo, los Tres Árboles. Eran tres abetos o fresnos en fila –uno era un poco más bajo– que se «cogían de la mano».

–Son el padre, la madre y la niña –decía papá. Aquella correspondencia me producía una felicidad inexplicable.

Era habitual viajar más en primavera. En un cierto punto del camino se veía, sobre una cresta, el Prado de las Amapolas. Un trozo de terreno sin cultivar, pedregoso, y encendido de amapolas a la luz de la mañana. Papá paraba la calesa. Trepaba un poco hacia lo alto y recogía un ramo de amapolas para mí.

Las amapolas fueron siempre una de mis pasiones. Cuando era muy pequeña (eso me han contado) las llamaba *ciucci*. (Supongo que *ciucci* era la palabra con la que, de muy pequeña, me refería a las *fiori rossi*, «flores rojas».) Al verlas, sentía una peculiar exaltación. Papá siempre se mostró muy respetuoso con ese tipo de pasiones; nunca se burló de mí.

Una noche no accedí a irme a dormir porque había visto amapolas en el camino de San Marco y estaba empeñada en ir a recogerlas. Recuerdo mi llanto convulso, la oscuridad de la habitación, y que «no podía esperar». Mamá perdió la paciencia y se acostó; yo tendría que haber estado en la cama desde hacía rato. Papá no perdió la paciencia. Intentó convencerme, pero luego tuvo que ceder. Salimos, yo de la mano de papá, al camino, que apenas se distinguía bajo las estrellas,

hasta el campo. Era un terreno triangular, delimitado por arbustos de espino albar. El trigo se veía más claro y las amapolas parecían casi negras. Yo me limpiaba las lágrimas, mientras papá recogía las flores al borde del terreno. Todavía sollozaba durante el camino de vuelta. En casa, mamá ya dormía.

¿Eran más divertidos y hermosos los viajes de ida o los largos y lentísimos de vuelta?

Regresábamos casi siempre de noche. Los deleites de aquellos desplazamientos eran muchos. Se me permitía acurrucarme a sus espaldas. Iba escuchando el trote y los cascabeles, el ritmo lento o más fatigoso según si el camino tenía pendiente o era llano. Ellos hablaban en voz baja, yo sólo percibía un murmullo lejano.

Miraba las estrellas, las observaba de una en una. Tenían color azul, o verde o dorado. Mezclaba su luz abriendo mucho los ojos y entrecerrándolos después. Deseaba que el viaje no terminara nunca. Al llegar a casa estaba vencida por el sueño; pero me esforzaba por mantenerme despierta porque no quería parecer pequeña.

Sólo un viaje fue distinto a los demás: el viaje a Montecarlo. Yo nunca había visto un tren. Tenía asientos de terciopelo rojo, con cubiertas de encaje crudo. Todo se movía y temblaba, pero no sentí miedo. Comíamos sentados ante la ventanilla, en una pequeña mesa abatible, cubierta con un mantel blanco. Me sentía como raptada por una vida distinta, extrañamente fácil y magnífica. Todas las sensaciones eran muy intensas y, al mismo tiempo, irreales.

Al otro lado de la ventanilla se veía el mar y papá fotografiaba el reflejo del sol sobre las aguas. Por la noche, el vagón se convirtió en un saloncito iluminado. Se produjo un pequeño drama. Una señora viajaba en los asientos de enfrente, recostada de lado, y apretaba contra su rostro un pañuelito; como si estuviera llorando. Parecía una escena de teatro, sobre todo porque la señora vestía de un modo rico y fantástico (como en las postales *Salons de Paris*). El pañuelo de la señora cayó al suelo. Consistía en un pequeño retal de tela ribeteado por una ancha tira de encaje. Yo me quedé mirándolo fascinada: nunca había visto nada parecido. Mamá me susurró: «Recógelo y entrégaselo a la señora». Se produjo una pausa eterna. La señora me sonreía, y tenía los ojos húmedos. Esperaba, mientras mi madre me empujaba ligeramente apoyando las manos sobre mis hombros. Pero yo no me movía: la admiración me paralizaba. Sentí que atravesaba el vacío para alcanzar el pañuelito. Sé que finalmente lo recogí y se lo devolví a la señora, pero no consigo recordar ese momento.

Cuando llegamos a Montecarlo todavía había luz en el cielo, pero ya estaban encendidas las farolas. El coche de caballos subía y bajaba por amplias calles entre palmeras y palacios blancos llenos de volutas, torres, balcones; todo ya iluminado. Las luces eran claras, brillantes (en Ponte Stura la iluminación era antigua y triste). Se respiraba el aroma de las mimosas. La casa de los

tíos estaba en un alto, sobre una colina. Todo era tan nuevo, maravilloso, que apenas me sorprendieron los detalles extraños. Que la tía se estuviera peinando –¡por la noche!– los largos cabellos y que éstos fueran ya grises, aunque sus hijos fueran muy pequeños; ni que la tía llorase (¿de alegría por nuestra llegada?). Podía estar sucediendo cualquier cosa.

En los tiempos de la hermanita ya había tranvía. El tranvía fue todavía algo «nuestro», porque papá era amigo del jefe; ¡incluso tenía abono gratuito!

El jefe de los tranvías era un señor elegante, parecía de una especie diferente a la del resto de señores de Ponte Stura. Emanaba de su persona un calor perfumado, sus ojos marrones tenían las pestañas largas como las de un niño. Se declaraba «enamorado» de la hermanita. Igual que el tío Nicola, bromeaba con ella, le decía que quería quedarse con sus zapatos. La hermanita era muy celosa de sus cosas y le encantaban sus nuevos zapatos, los vestidos bonitos; así que siempre tenía miedo de aquel señor tan amable. Yo me mantenía ajena a aquellas bromas, que me parecían muy tontas; pero en el fondo me sentía ligeramente disgustada por no recibir también yo aquella atención. Según me hacía mayor me inspiraba cierta melancolía la austeridad con la que, en general, se me trató de pequeña.

El tranvía era de lujo, los asientos parecían butacas y estaban tapizados de terciopelo rojo como los del tren de Montecarlo, pero sin encaje. Se respiraba el olor del carbón. En invierno se me congelaban los pies, pero los colocaba sobre un calentador de hierro en forma de tubo. Los interventores llevaban una chaqueta con forro de astracán, y tocaban un silbato de latón para anunciar la salida. Uno de ellos me recordaba al cochero, porque tenía los ojos enrojecidos, bebía en todas las paradas, pero no suponía ningún peligro porque él no era el conductor.

El tranvía anunciaba su paso silbando con estridencia mientras cruzaba el valle silencioso.

El valle me parecía distinto visto desde la ventanilla. Me di cuenta también de que pasaba muy cerca de la ciudad, lugar de maravillas; por tanto, aquello me ponía triste (¿era como un presentimiento?). En ese tranvía partimos aquel mes de octubre en el que abandonamos Ponte; me pareció que nos separábamos para siempre.

Con los años, la espléndida línea de tranvía envejeció; murió decrepita con la última guerra. Me dijeron que los interventores seguían siendo los mismos y aún vestían sus uniformes forrados de astracán.

Al volver al valle en coche, me he encontrado con los nombres y los lugares, con su eco. Nombres curiosos: Beguda, Gaiola y Moiola (¿hermanas?), San Membotto (¿había existido algún santo con ese nombre?). Entonces me sonaban prometedores: eran las etapas de un viaje. Pero ahora, los pueblos desaparecen apenas los divisas, ofensivamente los atravesamos sin reparar en

ellos. No existen las etapas, ni las estaciones; sólo un paisaje veloz, que puede ser el de un valle cualquiera.

III

En mitad de la rampa que asciende al Belvedere están las caballerizas (ahora cerradas). Una vez llegaron al pueblo los carromatos de los cómicos. Instalaron las carpas a un lado del patio, en el garaje: grandes telones cubrían las carrozas, las balas de paja.

La espera se hacía eterna, emocionante. Observaba el telón de terciopelo rojo, lleno de misterio, ondulante, casi vivo. La iluminación era blanca, palpitante, luces de acetileno.

Toda la felicidad terminó con aquella espera. El espectáculo, una farsa, me horrorizó.

Giandua gritaba: «¡Un jorobado!», y al pobre empezaban a lloverle bastonazos en la chepa. Cada vez que entraba el jorobado los niños reían, aplaudían; subidos a los escalones, casi al borde del escenario, chillaban entusiasmados. En ese momento me invadió el terror y papá me sacó de allí.

Permaneció en mí mucho tiempo el recuerdo de aquella emoción demasiado intensa que no pude soportar. Quizá para mí todo aquello era real y por eso me pareció terrorífico. Quizá también me asustaron los aplausos y los gritos de mofa ante una escena que a mí me resultaba cruel.

La segunda representación la recuerdo con bastante más agrado. La vi sólo a medias, aquella vez me sacó fuera la autoridad. Sólo me permitieron echar un vistazo.

Había oído contar a Ciota y a las chicas del Europa que se iba a representar una función; tendría lugar en casa, pero no en el patio. Ya no era tan pequeña, conocía bien mis gustos. Me intrigaba que mi madre, quien se había reído mucho con los cómicos vagabundos, no mostrara ningún interés por este nuevo espectáculo. No me decía ni que sí ni que no.

Mi impaciencia estaba al límite: había llegado el día y todavía no sabía si por la noche me mandarían a la cama con la excusa de que el teatro, como las veladas con invitados, empezaba demasiado tarde. No decían nada que sonase a desaprobación, pero yo la intuía.

Cuando llegó la hora, Ciota me acompañó. Se entraba por las escaleras de casa, por una puerta que había en el primer rellano. La estancia estaba llena de militares inmersos en una densa niebla de humo. El escenario era una tarima de tablones, y reproducía –lo entendí enseguida, con gran satisfacción– la celda en una cárcel. En la paja yacía, con gestos de desesperación, Albina, una de las chicas del Europa. Iba vestida con unas enaguas de seda negra con flecos. Leía una carta y sollozaba.

Ciota debió recibir la orden de sacarme de inmediato de allí. Pero yo había captado con tanta intensidad la escena que me di por satisfecha, como si hubiera visto la representación entera.

¿No era extraño que Ciota no quisiera ver un poco más? Pero ella era absolutamente respetuosa con las órdenes. Le pregunté, sin esperanza, qué le había ocurrido a Albina, y me respondió: «La han traicionado». Lo dijo con tanta gravedad que comprendí que también para ella el teatro era algo muy «real».

También por Ciota y las chicas supe que se había organizado un baile en el salón comunal del Ayuntamiento. Yo me lo imaginaba como un espectáculo y quise ir. Me pareció que mamá y papá se rieron entre ellos; pero también aquella vez papá decidió consentirme.

Salimos Ciota y yo justo después de la cena y llegamos las primeras. La entrada y el amplio recibidor estaban medio vacíos. Alrededor de la sala se encontraban los bancos donde cada día se sentaban los del pueblo a esperar ser recibidos en las oficinas. También el salón estaba aún medio vacío, y poco iluminado. Fueron momentos de tensión para mí, que sabía el límite del tiempo que me habían concedido.

Nos sentamos en uno de aquellos bancos. Esperamos. Fue una decepción. Algunos empezaron a bailar, pero eran sólo chicas y no iban disfrazadas; y mucho menos vestidas de baile. Eran chicas del pueblo. Ciota las miró con desprecio y dijo: «Son unas frescas».

Tenía frío y sueño, y cuando llegó la hora de volver a casa la fiesta aún no había empezado.

Teatro eran también las funciones de marionetas; y éstas no me desilusionaron nunca. Se hacían en casa de los Calvi, arriba de la escalera de la terraza.

Una de las marionetas era una vieja con el pelo blanco (¿de algodón?) un poco amarillento; hablaba con voz chillona y se agitaba, parecía viva y furiosa.

Era la Madre del Diablo. Pero no era él quien daba miedo; el caso es que me recordaba a Tavia, del Belvedere, también siempre ella tan nerviosa y con la voz chillona. El parecido era terrorífico, como si Tavia estuviera realmente allí, con aquel tamaño y con aquella rabia. Cuando volvía a ver la al principio siempre sentía disgusto porque me recordaba a la marioneta.

Pero lo que más me impresionó de todo fue uno de los decorados, de cartón, de colores. Era doble; por un lado había un paseo arbolado, umbrío, que descendía y se curvaba dulcemente; por el otro, un camino pedregoso, ruinoso, entre rocas, sin una brizna de hierba. Yo los llamaba «el camino del Vicio y el camino de la Virtud». Sabía por qué me incomodaban y me entristecían. El camino sombrío por el contraste entre su apariencia y su verdadero significado de traición, de perfidia; el otro, espeluznante por sí mismo, porque resultaba inevitable recorrerlo. También éste tenía su belleza, que consistía precisamente en esa sordidez; pero la impresión era todavía más desesperada: un camino sin posibilidad de éxito, obviamente, y ésta era la perspectiva de la virtud.

La fascinación del teatro era en esencia, para mí, lo «nocturno». En Ponte veía las luces de la noche sólo en invierno durante sus crepúsculos precoces (me mandaban a la cama temprano). La

noche me hacía sentir una emoción intensa, turbadora. Los soportales en penumbra parecían más altos; en diferentes lugares se veían encendidas luces mortecinas, rojizas. Las que escapaban de las ventanas, de los portales, y hacían aún más misteriosas las casas, y las calles desiertas. Tenían un aura de silencio, de ensueño.

Por contraste, los interiores iluminados daban la sensación de una vida ficticia, espléndida.

El más notable de todos los edificios era el Círculo. (Mi madre nos dijo tiempo después que el famoso Círculo estaba en un lugar muy feo, una ratonera...) De los actos en el Círculo siempre estuve excluida. Sabía que se daban recitales; pero sólo me permitían asistir a los ensayos, de vez en cuando, porque se hacían de día.

Pero por lo general me sentía decepcionada, siempre tenía que hacer el esfuerzo de recordar que los actores fingían.

Nunca vi actuar a papá. Decían que era buenísimo, pero que siempre armaba un lío porque empezaba a improvisar su papel, inventándose, y los demás no eran capaces de seguir el hilo. En cuanto a mi madre, se mantenía al margen y no quería saber nada de actuaciones. Los señores insistían inútilmente.

Asistí al ensayo de una obra en la que actuaba el doctor Morini, marido de mi profesora de tercero. Hacía de un huésped que siempre decía que ya había cenado y luego, por la noche, bajaba a oscuras a la cocina a hacerse un bocadillo. Pero en el ensayo la escena no estaba oscura, y el bocadillo era un ovillo de lana. El doctor Morini era muy mandón; todo un señor alto y gordo con barba en punta y ojos saltones; hablaba con fatiga, en voz baja; era grosero. Y muy poco creíble en su papel de mentiroso y de ladrón de bocadillos; sin embargo, lo vi una vez después del ensayo esconderse en la chaqueta el ovillo de lana mirando alrededor con recelo, y en vez de reírme me dio miedo. (Años más tarde, lejos ya de Ponte, el doctor Morini enfermó de la mente; y yo recordé aquel acto absurdo suyo.)

Un momento extraordinario del Círculo fue el día que vimos a la generala con vestido de cola. Ella, ya de por sí como los nobles, diferente, estaba maravillosa con aquel vestido, casi como la señora del tren de Montecarlo. El vestido era gris, con una larga cola blanca, quizá de encaje bordado. Se lo había mandado hacer para la inauguración en Florencia del monumento a su padre, también él militar.

Su marido, el General, era alto y severo, taciturno. Los generales me parecían seres privilegiados, creía que eran así por derecho de nacimiento, como los nobles. (Por el contrario, no consideraba noble al Rey; quizá porque lo imaginaba como militar: un rey soldado.)

La decepción final del teatro fue la función del colegio. Todo se desarrolló puerilmente y sin ningún misterio: ¡al aire libre y a pleno sol!

Era la guerra, y los niños hacían de soldados, imitaban maniobras con sus fusiles de madera, primero al hombro, luego apuntando, y cantaban cancioncillas de ritmo militar. Un único niño llevaba una medalla real de capitán, porque era hijo de un capitán. La hermanita hacía de la Dama de la Cruz Roja. El niño capitán resultaba herido, llevaba el brazo vendado en cabestrillo; la hermanita no tenía temor alguno y pronunciaba con gracia su papel: «¡Un poco de vinagre para este pobrecito!».

Sólo hubo un momento de aquella actuación que me desagradó tanto que logró conmoverme. En una escena, una niña (la hija de nuestro panadero Blin, Celina) hacía de vieja dama vestida con una crinolina de seda marrón y con una peluca blanca. Se puso tan seria y majestuosa que parecía una verdadera, sobre todo «antigua», señora. La niña *era* aquella que con los años hubiera sido, una vieja; pero también alguien que había vivido mucho tiempo atrás. Ese juego de tiempos que intuí vagamente me desagradó: me pareció una realidad inasible, o una verdad escondida, borrosa.

IV

Junto a la última columna de los soportales había una enorme piedra gris, cuadrada; en ella se sentaba Blin, el panadero, a descansar. Cuando no estaba en la ventana del horno, se le veía allí.

He podido contemplar, desde donde me encontraba, que la antigua «piedra de Blin» sigue ahí. Me he sentido agradecida, como si la piedra significase, no sé por qué, que había llegado a tiempo. Quizá porque la había olvidado.

Apareció por la plaza a pasos cortitos un hombre; con un brazo extendido con el que sujetaba frágilmente un bastón; su sombrero redondo parecía posado en una cabeza de madera. El hombre caminaba tranquilo en medio de la calle.

De repente, fui consciente del silencio.

En la fuente, allá, bajo la casa (la fuente está todavía, pero seca, derrotada, ya no tiene su pila), Ciota saludaba al pasar, llamaba por su nombre a alguien, mientras esperaba que el cubo se llenase. En el yunque, Cilin martilleaba, chirriaba, y de lejos, como un eco, le respondía Cinto. (Al fondo de la plaza, donde estaba el taller del herrero, había una tienda de aparatos eléctricos, sin rótulo, con un pequeño escaparate polvoriento.)

¿Y el Cant? Todo el tiempo que vivimos en la Piazza Valloria, en la casa, estuvo acompañado por su rumor distraído, triunfal. Me he parado a intentar escuchar: por si lo oía, pero nada; estaba seco, vacío. ¿Por qué?

El hombre —se veía que era viejo— pasó delante de mí. Su rostro era dulce y de expresión un poco boba. Me sonrió. Entonces lo reconocí: era Blin.

A Blin lo recordaba siempre enharinado, con su gorra de visera. El hecho de que hoy me haya sonreído no significa que me haya reconocido: también entonces sonreía siempre. Me cogía una mano entre las suyas, llenas de pegotes de masa. ¿Por qué era tan afectuoso? Lo más probable es que cuando nos fuimos de Ponte ni siquiera me despidiese de él.

Blin —ahora lo veía de espaldas— descendía con sus pasos cortos y mecánicos (como si tuviera una parálisis). Se detuvo; se volvió, girando todo el cuerpo de una vez, y con otro movimiento único se sentó en el murete, que en aquel punto era bajo. Allí se quedó, ausente, como un niño o como si ya estuviese muerto. La cabeza inclinada sobre el pecho —ahora se veía entero el sombrero redondo—, las manos sobre el bastón; se quedó adormecido. Aquel paseo, como la elección del lugar, debía de ser cotidiano, tal vez por eso lo dejaban que fuera solo.

Blin era todavía un poco «casa». En la parte de la Piazza Nuova el panadero se llamaba Parola.

–Vete a Parola a comprar el pan –le decía la señora Borgo a Bellina. Y eso bastaba para darme una idea sobre el «exterior».

El mundo de la Piazza Nuova era el más lejano respecto a mi conocida placita Valloria. Por lo demás, no toda la Piazza Valloria me era familiar de la misma manera: había partes más seguras, y otras menos. Los soportales, familiares hasta la escuela, se volvían inciertos un poco más allá.

Las tiendas, casi todas bajo los soportales, eran un primer acercamiento al mundo, pero fuertemente ligado a casa: sólo iba con mamá, con Ciota, y alguna vez sola por encargo de ellas.

Con mamá iba al comercio de Ninin. Ninin era una señora gruesa que no podía agacharse y que respiraba con dificultad. En aquel lugar yo me mostraba golosa, pero sólo de dos productos: la anguila marinada y el queso gruyère. Mientras mamá hablaba con Ninin, yo me quedaba bajo el mostrador y repetía en voz baja: «Gruyère, gruyère, gruyère...». Mamá me hacía un gesto para que me callara, pero yo continuaba hasta que Ninin me cortaba un pedacito de queso.

En la calle que lleva a la parroquia había una tienducha de comestibles que exponía en la entrada un perol de alubias cocidas. Cada vez que pasaba por allí –probablemente al ir a la iglesia– alargaba la mano hacia el perol y con la pericia de un ladrón cogía una alubia. Estaba fría e insípida, pero yo me la comía con especial deleite.

Los comercios, de pararme a pensarlo, no me hubieran parecido importantes; pero al entrar me encantaban. Cada uno tenía un color, un olor; era alegre, o solemne, o estremecedor.

Nunca hubiera entrado sola a la carnicería. Era muy estrecha y sin luz, las paredes pintadas de un color sangre de toro; los motivos que la decoraban eran flores de loto estilizadas que a mí me parecían como hachas. El carnicero, delgado y nervioso, sonreía, y bromeaba con su hacha, haciéndola voltear: para impresionarme, supongo. Yo me apretaba contra mamá o Ciota.

Aquel tramo de los soportales terminaba frente a una iglesia. Un enorme fresco cubría toda la fachada; yo lo miraba de reojo: un mártir desnudo y apuesto estaba arrodillado en escorzo de forma que ofrecía su cuello al hacha que blandía un hombretón despreciable. Era idéntica a la del carnicero. Si iba sola cruzaba a la parte de la carnicería. Era un miedo secreto, como otros muchos; sabía que se trababa de uno de esos peligros que los adultos no tendrían en consideración.

La tienda más importante era la «botica» de Nina Basteris. Estaba situada en el Palacio de los Condes, cerca del misterioso portón (algunas veces estaba entreabierto y se veía dentro un patio tenebroso). En aquella botica se respiraba un ambiente grave, casi solemne. Las ventanas eran muy altas, al fondo de una aspillera, como en las fortalezas. En las enormes estanterías había encasilladas cajas ovaladas, de madera oscura, que contenían productos de fuerte olor, como alcanfor o canela. Aquel olor y el azul del papel de azúcar²¹ eran todo uno con Nina.

Nina Basteris era muy influyente. Llevaba pendientes largos, y sus mejillas morenas, violáceas,

estaban enmarcadas por abundantes rizos. En las procesiones vestía la camisa amarilla de las Humilladas; por eso yo pensaba que ella fue una de las mujeres de aquella famosa comida a la que papá me prohibió asomarme.

En el mostrador había grandes tarros de cristal que contenían los bastoncitos retorcidos de azúcar de cebada; Nina Basteris me daba uno y yo lo chupaba despacio. También había, dentro de otros tarros, caramelos sin papel, con rayas de colores bellísimos; me parecían preciosos, como perlas de cristal de Venecia que se pudieran comer. No me atrevía siquiera a desearlos: ¡a saber a quién estaban destinados!

Al Café Bertone yo lo llamaba Café Basilio, porque ése era el nombre del dueño, un hombre alto y un poco misterioso, que iba siempre envuelto en una amplia capa negra. Entonces todo el mundo llevaba capa, incluso papá para ir al campo; pero la de Basilio era mucho más larga y, también por el sombrero ancho, tenía un aire de bandolero. No se ocupaba del café. Su mujer, delgadísima, observaba con sus ojos negros, brillantes sobre el blanco, porque los tenía algo saltones. A mí me daba un poco de miedo. Tenían un hijo, un señorito con gafas, a quien yo llamaba Emilio Basilio.

Las familias de tenderos me intrigaban. No era capaz de imaginarme sus casas, que no podían ser como las de los pobres, ni tampoco como las de los señores. Con los comerciantes siempre hubo una relación cordial pero nunca se intercambiaban visitas. Ellos mostraban hacia mí un impulso protector, incluso más familiar que el de algunos allegados, y en consecuencia me intimidaban. Pero sólo cuando se me acercaban; por lo demás no pensaba nunca en ellos.

El único momento en el que aparecían en mi pensamiento era cuando leía cuentos. En ellos, los oficios y los negocios solían nombrarse a menudo: para mí tenían los rostros de los comerciantes de los paisanos de Ponte Stura.

No siempre concordaban. Por ejemplo, «el mercader» era siempre astuto y rico; en Ponte Stura el mercader era Medeo, un hombrecillo con la cabeza grande y de rostro pálido y tranquilo. Su tienda, larga como un pasillo y casi sin luz, tenía el olor un poco ácido del percal. A Medeo resultaba imposible imaginarlo rico; pero sí que era un poco «de cuento». La mujer de Medeo era menuda, como las muñecas de madera de los pobres. Las tijeras que le colgaban del delantal, sujetas con una cinta negra, eran enormes, casi tan grandes como ella. Medeo y su mujer me hacían fiestas cuando entraba, sonreían enseguida y se mostraban divertidos. Seguro que a ellos yo les parecía muy pequeña.

El sastre, que en Ponte era «sastre y barbero», como se leía en el cartelito que veía cada día al ir a la escuela, era un hombre modesto, silencioso, pálido, con el bigote negro; lo identificaba enseguida con el «sastre» de los cuentos, quizá porque lo veía al pasar, inclinado sobre las telas que cosía, y era, más que otra cosa, como una estampa.

También el zapatero, que Ciota llamaba «el jorobado»; yo siempre lo relacionaba con el

Gesolmino de la canción: *Io sono quel gobbetto / chiamato Gesolmino / padrón della bottega / padrón del mio giardino*²².

Fregando los platos, Ciota cantaba también esta canción a voces: *Il farmacista vende / veleno per cremore / e tu da me pretendi / la vendita d'amore*²³.

La letra me resultaba impactante y rumiaba mucho sobre ella. Pero, quizá porque la estrofa contenía aquella misteriosa palabra, *cremore*, no me recordaba en absoluto al farmacéutico de Ponte Stura, el padre de Idina Calvi. Y por supuesto, tampoco pensaba en la farmacia de los Calvi como una tienda en la que «se vende». Los Calvi y la farmacia eran una institución demasiado seria, y también muy familiar.

La farmacia estaba (aún hoy) adosada al punto más alto de los soportales viejos; desde la calle se accedía por una escalerita de piedra, empinada, encajonada entre los arcos; otros escalones llegaban también hasta ella desde del rellano lateral del pórtico. Aquella posición «fortificada» imponía.

La puerta de cristal, al empujarla, hacía sonar una campanilla con un campanilleo colérico que te provocaba un sobresalto, un malestar. La farmacia era estrecha, forrada de antiguas estanterías. Desde lo profundo del angosto pasillo, que tenía al fondo, como un túnel, la luz blanca de una ventana baja, aparecía Santino Calvi. Guiñaba sus ojos celestes. Era poco más alto que yo – curiosamente todos ellos eran proporcionales a la farmacia– y se encogía de hombros inclinándose un poco, de forma que parecía estar torcido. Idina era pequeña comparada conmigo, y todas la veces, soplando entre los bigotes, su padre le decía: «¡Te están adelantando! ¡No creces!». «¿Y tú?», rebatía ella, «tampoco es que hayas crecido mucho».

Entonces él se reía, levantando los hombros despechados.

Aquella conversación sobre mi altura –cuestión en la que yo no tenía ningún mérito– me incomodaba.

La señora Valeria también preparaba y pesaba los polvos tras el mostrador de la farmacia. Para mí, se trataba casi del símbolo de las señoras; por su carácter extraño, huidizo, un poco morbosa: era por completo diferente a mi madre.

La señora Valeria tenía un aire noble y trágico, como una actriz. Mantenía la cabeza –grande respecto a su pequeña persona– hacia atrás, y los ojos le desaparecían bajo los párpados entornados. Aquello le daba un aspecto entre reina y sonámbula. Yo la observaba siempre con curiosidad. Era pálida, de una palidez untuosa como de cera vieja; tenía la nariz aristocrática, prominente, y los labios exangües sobre los grandes dientes. Sonreía con fatiga, como si sonreír le costase un esfuerzo y un sufrimiento. Hablaba despacio, con emoción, pausas y gorjeos (que yo trataba de imitar en secreto).

En su casa, sobre la mesa, aparecían alineados botellas y frascos, de los cuales servía unas gotas en los vasos. Cosa que jamás vi hacer en mi casa; lo juzgaba un signo de importancia.

Ser invitada a dibujar con Idina me parecía todo un honor. Se comía en una habitacioncita trasera, que comunicaba con la farmacia, en torno a una mesa redonda. Las comidas por lo general eran albóndigas o croquetas perfumadas con especias, y con un vago sabor a farmacia. Yo me las comía con veneración. La señora sonreía complacida al verme comer; mi madre después le decía: «¿Qué le pone usted tan especial, si en casa no come?».

A la señora Valeria le gustaba mucho agradar. Era ya una tradición que cuando hacía su famosa sopa de «chícharos» le mandara un plato a papá. Llegaba la criada con el plato cubierto. A mí me parecía algo muy familiar, pero en el fondo era una condescendencia, algo que me recordaba una misteriosa frase que había oído decir: «Cuando el rey manda el salario».

En la amistad entre los Calvi y mis padres yo intuía una sombra. Había comprendido que los Calvi eran del grupo de los nobles; por tanto, enemigos del Doctor; de hecho, el Doctor nunca era invitado a casa de ellos. Cuando después supe por mi madre que «algunos» señores de Ponte no estuvieron de acuerdo con el ascenso de papá, temí que hubieran sido los Calvi. No lo pregunté porque en el fondo «no quería saberlo»; además, mamá no me hubiera contestado.

Que fueran diferentes constituía para mí un motivo de incomodidad, intriga y respeto. Los Calvi no eran «modernos». Todas las nuevas invenciones que tanto interesaban a papá, el fonógrafo, la fotografía y el deporte, la caza, la pesca, les resultaban ajenas, tanto que sólo mencionar alguna de aquellas cosas les hacía reír.

No salían nunca a pasear; de hecho, no salían nunca. Alguna vez conseguí llevar a Idina a la montaña: cuando se sentaba junto a una fuente para comer, de su bolsa del almuerzo salía aquel olor estanco y venerable a farmacia.

Las primeras horas de la tarde, en verano, solía salirme al balconcito, me agachaba contra la barandilla y contemplaba la calle bajo el sol deslumbrante, hasta que aparecían, muy despacio, los tres: Idina, Felicino (primo suyo) y, entre ambos, *la Tota*²⁴.

Eran igual de altos porque la Tota era enana. Por encima del grupo sobresalía la sombrillita de encaje negro. Según lo acordado, los dos niños miraban hacia arriba. Siempre temía que no se girasen. No hacían ningún otro gesto, ni me llamaban. Seguían juntos caminando con pasos cortos.

Yo le pedía permiso a mi madre, siempre con ansiedad, porque a mi madre aquello no parecía gustarle. ¿Por qué? Ella prefería que la gente viniese a casa, no le gustaba que fuéramos con los demás. Sin embargo, a mí me encantaba que me invitaran, introducirme en el secreto de los otros hogares, de las otras vidas; en mi casa me encontraba muy a gusto sola, pero las visitas, la presencia de otros niños, trastornaban casi por completo mi mundo; así que como no sabía jugar con ellos, me aburría.

Al gesto de mi madre bajaba la escalera volando –cogida con un brazo al pasamanos–, y alcanzaba a los tres. A menudo los encontraba parados: la vieja sentada en el murete con los pies colgando, los niños al lado. La Tota descansaba un poco.

Cuando la Tota abría la boca larga y gris para hablar, se le veían los dientes, que formaban una hilera perpendicular a los labios. Yo la observaba, fascinada por aquella monstruosidad. Aquello en concreto, y no la chepa o la estatura de enana, me parecía extraordinario.

Eran largas las tardes en el jardín de la Tota. Se tardaba mucho en llegar, luego teníamos muchísimo rato para jugar. Y volvíamos cuando ya era casi de noche. Cada vez, la Tota me decía que hubiera querido enviar a mi madre algunas grosellas, pero que aún no estaban maduras. Yo se lo contaba luego a mamá, y ella no parecía indignarse ni sorprenderse por la mentira.

La puerta, sembrada de esparragueras, estaba situada al final de un larguísimo muro. Se abría con muchas vueltas de llave. La Tota tenía la cerradura a la altura de la cabeza. Giraba la enorme llave con su mano pequeña, blanda y nudosa, que parecía revolotear alrededor de la llave.

La puerta daba a un rellano de piedra del cual descendían unos escalones empinados. El jardín estaba, por lo tanto, muy bajo respecto a la calle. Lo recuerdo recóndito, perdiéndose entre las sombras de los nogales. Los parterres, divididos por matas de grosellero, estaban cultivados como jardín o como huerto. Había pocas flores, aquileas o alhelíes morados; flores oscuras y encrespadas que tenían un aspecto antiguo.

Podíamos jugar bajo el cenador, sin perder de vista el rellano de entrada; allí, la Tota se quedaba sentada bajo una sombrilla blanca. Nos vigilaba a los niños y al jardinero. No debíamos ni acercarnos a las grosellas. Aquel brillo rojizo a lo largo del macizo grosellero convertía el jardín en un lugar encantado.

Nosotros jugábamos a hacer tristes comiditas con hierbas y piedras pequeñas; pero también conspirábamos, fingíamos perseguirnos, para conseguir cruzar la barrera de los groselleros y hacernos con un racimillo. En la tensión del momento, más que el delicioso sabor ácido de la grosella, lo que quedaba en la boca era la aspereza de aquel sabor.

Para mi enorme sorpresa, el jardinero nos llamaba disimulando, y encontraba el modo de hacer que nos acercásemos al grosellero. A mí él también me inspiraba respeto y me sentía muy excitada por su complicidad. Aquel hombre era bruto y siniestro, y suponíamos que estaba enemistado con la Tota.

Había una casa en el jardín, cerca de la entrada: siempre cerrada y medio cubierta de plantas trepadoras, como el castillo de la Bella Durmiente. A principios de verano estaba toda florida de glicinas. Se abría sólo el último día, a finales de la estación. Aquel acto solía estar revestido de toda solemnidad: la Tota daba una fiesta.

Mi madre no se tomaba en serio aquella fiesta; no sé si alguna vez llegó a asistir con los señores Calvi. Quizá una única vez.

A mí, la fiesta me parecía magnífica. La casa, en la cual entraba el sol aquel único día, se desvelaba como un libro lleno de historias, desenterrado e indescifrable. Las estancias tenían un fuerte olor a moho, que por otra parte era el típico olor de los salones de Ponte. Por todas partes colgaban telarañas recias. También éstas me parecían un lujo.

La «recepción» consistía en invitar a patatas cocidas. (Quizá por eso mamá sonreía.) Las patatas cocidas estaban buenas, naturalmente, pero comerlas así, incómodos, reposando el plato en una butaca polvorienta, se convertía en algo totalmente nuevo, una delicadeza. Las preparaba Modesta, la vieja criada de la Tota, que hablaba con un hilo de voz, como si llorase continuamente.

Modesta estaba con la Tota, decían, sin sueldo. La Tota ¿era rica o pobre? Es cierto que los hijos de los Calvi le hacían compañía para congraciarse con ella. Que la Tota fuese avara no era extraño; y lo era de un modo algo especial. Escuchaba aquellos comentarios y me parecía que formaban parte de la importancia del jardín. Si trataba de preguntarle a mi madre, ella no respondía; tampoco me reprochaba los comentarios y se mostraba siempre atenta para que le contase más.

Con Idina y Felicino jugaba algunas veces, delante de la farmacia, a *la bella esculturita*. Me asombraba siempre constatar cuánto sabían ellos, mucho más que yo, acerca de los distintos oficios, quizá porque tenían más relación con la gente de la tienda. En cambio, a nosotros, nuestra casa «dominante» y los gustos de mi madre nos mantenían apartados del pueblo.

Jugábamos también en el patio atestado de cajas y de botellas vacías: era un sitio triste pero emocionante, pues estaba sucio, lleno de polvo, desordenado; era incluso trepidante: entre las pilas de cajas se abrían valles estrechos y sórdidos, grutas tintineantes de botellones y garrafas.

Otras veces jugábamos en casa de Idina. La sala, en penumbra, olía a raíz de ipecacuana. La casa era antigua y noble, silenciosa. En la sala, en su butacón, se sentaba el abuelo, decrepito, que nunca me reconocía. Me detenía un instante para mirarlo: me hubiera gustado «saber», por ejemplo, qué se sentía así, en aquel estado casi idéntico al de una «cosa». Idina le hablaba gritando, ella parecía saber cómo tratarlo. Pero enseguida se nos olvidaba que estaba allí.

La abuela había muerto y su casa estaba abierta, en el segundo piso. Subíamos a jugar, no pensábamos en la abuela. En un armario colgaban aún sus vestidos, que solían ser nuestros trajes de teatro.

Felicino había inventado el teatro-cinematógrafo. Sobre la pared opuesta al sofá había un enorme espejo, y al lado del sofá una puerta; en aquel vano recitaban los actores; los espectadores, sentados en el sofá, veían la escena reflejada en el espejo. Hacían de espectadores las hermanitas, la mía y la de Idina, las dos tontitas.

Hacíamos teatro también en Stura; ya de grandes (fue el último año en Ponte para mí) nos dejaban ir solas. En Stura se podía, de hecho, se debía, recitar en voz alta, para superar el eterno rumor del río. Eran brazos secundarios del Cant, que representaban, como en mi sueño, el océano. Felicino de pie, en el agua baja, declamaba un adiós: era un padre que emigraba a América. Nosotras, las hijas, lo despedíamos desde la orilla.

Nos habíamos quitado la ropa y el viento (o Felicino) la había tirado al canal. Nos daba vergüenza volver al pueblo en ropa interior. Felicino caminaba delante de nosotras, sujetando orgulloso su pequeño cubo con renacuajos. Decía que no iba a dejar que lo viesan con «mujeres desnudas». Agachadas ante el portón trasero, tuvimos que esperar a que él se decidiese a abrirnos.

Felicino era feo pero atractivo (solían decir las señoras). Su amplia boca tenía una especie de gesto irónico, y los ojos eran alegres bajo sus gruesas cejas. Tenía una manía particular de absorber la saliva por un lado de la boca: también aquello era una coquetería, una muestra de timidez. Era de andar desgarrado, casi galante; pero daba la impresión de no ser tomado en serio. Sabía entretener a las señoras; hablaba despacio, con gesticulaciones que parecían estudiadas, apoyándose ahora en un pie, ahora en el otro, y moviendo las manos. Mi madre paraba la máquina de coser para escucharlo. Lo encontraba muy simpático (como se encuentra simpático a un hombre y no a un niño).

A papá no le gustaba. Por lo general, Felicino no les gustaba a los hombres, y todavía menos a los chicos, con los que no jugaba jamás... Siempre estaba con nosotras, las niñas.

En el pueblo (y también Ciota) decían que era *despiasènt*, que quería decir antipático y al mismo tiempo irritante. Felicino paseaba bajo los pórticos con una gallina amarrada con una correa y una cuerda, la llevaba a picotear por todas partes para fastidiar a las señoras que andaban por los comercios.

También su madre, incluso quejándose, lo admiraba. Con Idina comentábamos sus travesuras, yo fuertemente sugestionada por ella.

¿Felicino visitaba a las ancianas para consolarlas o para atormentarlas? Bajo los soportales de su casa había un viejo café. Allí iba –también nosotras fuimos alguna que otra vez– a «visitar a Madama Baruc».

Madama Baruc, vieja y encorvada, llevaba un pañuelo anudado bajo el mentón como las campesinas. Se lamentaba porque nadie se acordaba nunca de ella. En el salón, donde ya no cabía un alfiler, los veladores lustrados reflejaban la luz blanca de las ventanas. En los espejos había enganchadas viejas postales que Madama había recibido de joven. Felicino se hizo con ellas, las ensobró y se las envió de nuevo por correo; cuando el cartero las dejó sobre el mostrador, la vieja las reconoció enseguida y se echó a llorar.

–¿Quería usted recibir respuesta? –se disculpó Felicino. ¿Era malicioso o piadoso? Quizá ambas cosas.

Esa hazaña no me parecía muy bien, pero la consideraba fuera de lo común, de esas que se leían en los cuentos; y por tal razón me gustaba.

Madama Bunduan era «viuda de un garibaldino». Su casa estaba completamente a oscuras, se tropezaba con las sillas. Ella era menuda, con su pequeño rostro lleno de pelos blancos y los ojos sin pestañas y con los párpados enrojecidos. Nos recibía sonriendo, sorprendida, después se sentaba ante el piano. Tocaba frenéticamente, acompañando con una especie de canto agudo, inarticulado. Algunas teclas no sonaban.

Nosotros nos reíamos, apretujados en el sofá. Yo esperaba con el estómago encogido lo que iba a ocurrir a continuación.

–¿Habéis oído? –Y la pobre loca suspendía de golpe su aporreo. Idina, que no sabía contenerse, ya se estaba riendo. Felicino, con su sonrisa singular, entre amable e insolente, le decía:

–¿Oír qué?

–¿No habéis oído los pasos?

–¿Dónde?

–Al final de la escalera...

–¿Quién será?

–¡Uno de mis pretendientes...!

Entonces se iba a espiar a la salida, y después regresaba y se ponía a tocar otra vez, y volvía a interrumpirse... Al final teníamos que salir de allí corriendo a trompicones por la empinada escalera. Muertos de risa. Fuera montábamos aún más escándalo repitiéndonos la escena, y esforzándonos por reír. De aquellas visitas yo no le contaba nada a mamá.

No sólo en esos casos tenía luego mala conciencia, también cada vez que iba a jugar con otros niños. Sentía como una inquietud: como si me hubiera duplicado, o como si hubiera salido fuera de mí, y tenía una lastimosa impresión de enfrentamiento conmigo misma.

En cambio, si eran los otros los que venían a casa, mi interés se esfumaba. Jugábamos a la tómbola con Madrina, o les enseñaba mis libros, que no podían parecerme más bonitos.

Papá veía que yo resultaba «diferente» a los ojos de los demás, de un modo que, según creo, no le gustaba; por lo que prefería que no anduviera muy lejos, fuera de casa.

Fuera de casa me arrebatava una especie de pasión, que una vez me llevó incluso a rebelarme.

Jugábamos, en una de las terrazas en casa de Felicino, a los viajes (con una carretilla). Los viajes eran más o menos largos en función del nombre de la ciudad a la que se viajaba. Ciota vino a buscarme y yo me negué a acompañarla. Los demás me daban la razón. Lo cual me animó más aún.

Ciota se marchó, ofendida. (En aquel momento, tampoco ella podía ni ver a Felicino.) Volvió después, dijo que papá estaba furioso: no quisimos creerla. Era Ciota, dije yo, la que no quería dejarme jugar más.

Los compañeritos se ofrecieron a venir conmigo a casa para protestar ante papá contra Ciota. Cruzamos el pueblo. Ciota iba delante, deprisa, cada vez más enfadada y ofendida; pero saboreando la victoria. Yo la seguía, y tras de mí venían los demás niños, incluso Cesco, que estaba ya en el instituto. Caminábamos por el medio de la plaza, fuera de los pórticos: un cortejo.

Estaba impresionada por la inesperada popularidad, pero sentía un cierto malestar, un nudo en el estómago. Subí las escaleras con gran apuro; cuando se abrió la puerta, aún se escuchaba el ruido de mis partidarios corriendo por las escaleras.

Papá tenía la expresión triste, distante. Me dio una bofetada sin decir una palabra. Aquello era gravísimo; yo sabía que papá estaba absolutamente en contra del uso de la fuerza. Me quedé muda: hacer sufrir a papá y ser despreciada por él me resultaba insoportable. No alcanzaba a comprender cómo había sido capaz. Ni siquiera lloré: estaba demasiado desesperada.

De pequeña, mirando en uno de sus ojos, temí que papá muriese; desde entonces no soportaba verlo sufrir. Mamá no sufría cuando me portaba mal con la hermanita; en el fondo, aquello la divertía un poco. Además, ella encontraba siempre ridículo dramatizar.

En la canción «Quando un dí sulle montagne», que solía cantar la tía Carlotta, la muchacha que había huido con su amante decía... *ed al vecchio padre mio / non baciai neppur la mano*²⁵, sentía una enorme compasión por el viejo padre. Más adelante, la canción decía que el aire de la montaña era «puro, no corrompido por el amor».

¿Qué quería decir? ¿Acaso el amor era algo malo? La palabra «corrompido» me impresionaba.

El señor De Vito tenía dos hijas muy guapas que «lo habían hecho enfermar». Había escuchado a papá compadecerlo. También a Ciota decir: «Una de las hijas de De Vito se ha vuelto a escapar».

El señor De Vito tenía un huerto muy famoso que yo solía visitar con papá. En medio del huerto, rebosante de flores, el señor De Vito, con su panamá en la cabeza, estaba pálido, casi gris: parecía una fotografía en vez de una persona viva. Saludaba a papá sin sonreír y decía (como el Rey Lear):

–¿También usted tiene hijas?

La rebelión contra Ciota estaba relacionada con una curiosa antipatía que los niños mostrábamos contra nuestras criadas cuando estábamos todos juntos, casi como si nos avergonzásemos de ellas.

De pequeños salíamos siempre acompañados por ellas, con sus delantales blancos, con el encaje almidonado. Eran Ciota; Anin, la de las mejillas rojas, que acompañaba a Bellina; raramente a Idina; Antonia, gorda y monacal, malhumorada; había que tener un respeto especial hacia ella «porque era viuda». Mamá contó que en Turín el servicio doméstico se había rebelado contra la librea y el delantal blanco.

–Porque son un símbolo de esclavitud –comentó. A mí la extraña noticia me pareció bien y me quedé aguardando una confirmación.

Es cierto que de aquellos paseos surgía una hostilidad entre los niños y las sirvientas, como si aquella costumbre perjudicara la relación habitual. Porque en casa estábamos siempre pegados a ellas, en la cocina, en sus habitaciones; pero fuera, los niños nos aliábamos, igual que hacían ellas.

Las sirvientas escuchaban nuestras conversaciones y se las tomaban a broma. Nosotros hablábamos de cosas que estaban de moda entre los adultos; de los «espíritus» y de mover la «tablita por la *ouija*».

–Estupideces –decía Anin–, os va a dar miedo y luego por la noche no querréis quedaros solos.

–Ciapinot vendrá a haceros cosquillas –decía Ciota. (Ciapinot era el diminutivo de Ciapin, el Diablo.)

Nosotros hablábamos de los espíritus precisamente para sentir ese miedo. El miedo era maravilloso durante el día. Pero se convertía en angustioso al llegar la noche.

A mí me pilló desprevenida el argumento sobre la tabla, porque mi familia nunca participaba en las sesiones. No sólo eso, mamá se reía de todo aquello con papá. Sabía quiénes habían estado presentes la primera sesión, pero su carácter escéptico no permitió que funcionase el experimento. Aun así, conocía algunas historias de espíritus.

Me lo había contado Fulvia con su aire serio: no por impresionarme, sino porque eran «hechos reales» que le habían sucedido a una señora de Turín. Puertas que se abrían solas, aire gélido en la nuca, susurros en el oído.

La incredulidad de mamá formaba parte de su rebelión contra las modas y la modernidad, pero sobre todo de la reivindicación de su gusto por las cosas reales y claras. Incluso a mí «los espíritus» me parecían un asunto frívolo y desagradable, pero fingía interés.

Otras conversaciones secretas no se producían cuando estábamos a cargo de la criada. Ya éramos «mayores». Idina me confiaba todo lo que iba descubriendo sobre «los niños». Se reía nerviosa: sus emociones o inquietudes siempre se manifestaban de aquel modo.

Los descubrimientos eran suposiciones, deducciones que Felicino había extraído por la vía lógica. Había notado que en los cuentos de Capuana se decía: la Reina «parió» un hijo. Aquella palabra –que a mí me sonaba repugnante– se utilizaba también para decir que una gata o una perra habían tenido cachorros. Por tanto, las mamás «hacían» niños.

Yo escuchaba sin mostrarme sorprendida, porque no quería dar a entender que no sabía nada del tema. Idina y Felicino tenían que hablar en secreto de esas cosas, y luego me llevaban aparte; yo tenía siempre la impresión de que me consideraban muy pequeña.

Ellos usaban entre sí una jerga un poco afectada, hecha sobre todo de malas pronunciaciones; había por parte de Felicino algo ambiguo y tierno hacia Idina. Ella se enfurruñaba, resoplaba, se enfadaba; pero se sentía halagada.

Me dijeron que mirase a un mendigo. Era un hombre de mejillas hundidas y colgantes, moradas; arrastraba una pierna y tenía un brazo rígido que le oscilaba hacia delante cuando se echaba a andar.

–Mira dónde tiene la mano –decía Idina sin poder contener la risa. El hombre era un poco repulsivo, y aquel gesto suyo fijo le daba una apariencia obscena. ¿Por qué? Era un hombre viejo, desgarrado y triste; su vergüenza me parecía una pena injusta.

Extrañamente, más que curiosidad, aquel tipo de cosas me producían, junto a cierta desazón, una suerte de tristeza. Sentía una desilusión anticipada, un cansancio respecto a la vida. No era miedo a un tipo de violencia, sino, mejor dicho, una sensación de decadencia inexorable, fatal.

Aunque fuesen cosas que los adultos ya debían saber, prefería pensar que mis padres las ignoraban. Ciota sabía; de hecho, ella rodeaba de misterio (de *aquel* misterio) incluso a mis padres. Casi la odiaba por eso. Cuando de pequeña me subía a la cama grande, a acurrucarme contra papá, a jugar con las almohadas, ella luego –cuando venía a vestirme– me gritaba: «¡No estás limpia!». Y yo no sabía por qué.

En la calle de la tahona de Blin, que llevaba hasta la Caserna, veía a veces a una muchacha pálida e indolente, como una virgen, con un niño pequeño. Ciota mostraba por ella una suerte de desprecio, y me decía que no la mirara. Supuse o deduje que sería por algo relacionado con el pecado y que éste debía de recaer en el niño, puesto que Ciota lo compadecía siempre.

El pequeño jugaba entre las piedras, y en una ocasión, en el momento en que se inclinó y se le levantó la ropita, vi aparecer algo. Pensé que se trataba de una pequeña monstruosidad, una enfermedad que quizá derivaba del pecado de la madre. Sentí vergüenza (en realidad sentía vergüenza por todas las enfermedades); pero me quedé muy turbada porque era una nueva prueba de la relación entre el nacimiento y el pecado.

Idina decía de su propia hermanita, que cumplía seis años: «Es todavía inocente. La inocencia – muy segura– se pierde a los siete años».

Me quedé asustada e impresionada (como cuando descubrí la condena de los ricos). Me pareció peligroso haber perdido la inocencia sin haberme dado cuenta; mucho peor, sin haber sabido siquiera qué era.

Santa Genoveva era «inocente»; ¿significaba eso que no sabía cómo nacían los niños? Mientras Ciota me leía su historia tuve esa impresión, por el tono de voz tan especial con el que Ciota pronunciaba *inocente*; aunque la razón me dijera que su significado debía de ser «no culpable».

Era terrible haber perdido la inocencia, porque una vez perdida no se podía recuperar jamás. Envidiaba a las menospreciadas hermanitas que todavía la poseían, ¡sentía verdadero rencor por los inmaculados lirios, que eran su símbolo!

Hubiera querido salir de mi estado de oscuridad, de estupor. Me daba vértigo pensar que debía de haberme aventurado a la vida con ignorancia. Pero ésas eran ideas de las cuales me olvidaba pronto.

VI

Mis compañeras de escuela, las del pueblo, las más espabiladas, ¿hablaban quizá de estas cosas cuando parecían retirarse a conspirar entre ellas? No lo sospeché nunca. En la escuela aquellas ideas ni siquiera se me ocurrían.

Dos veces al día la campana del Ayuntamiento tocaba su reclamo especial: tin-tinán... tin-tinán... que tenía un aire alegre y al mismo tiempo impaciente. Temía siempre llegar tarde y me apresuraba, pero sin correr. Sin embargo, a la salida sí corría, saltaba, saltos alternos, hasta casa, y la cartera me batía contra las piernas. Los tenderos le decían a mi madre: «¿Hace todo el camino saltando?». Y parecían decirlo con admiración.

Las escuelas estaban (todavía lo están) en el punto más alto de los pórticos; detrás, el pueblo descendía hacia el Cant.

He recorrido el breve pasillo sombrío, el corredor que recibe la luz del ventanal del fondo. Frío, todavía se percibe el olor de las letrinas; y también el de la pobreza, recuerda a las prisiones y a los hospitales. No lo recordaba así. Entonces estaba mezclado con otros olores, cálidos, mezcla de monotonía y aspereza: la tinta, la estufa, y los niños, que también ellos tenían un olor.

A un lado y otro del balcón, las dos salidas: de Primero y de Segundo. El cierre de madera minúsculo, en forma de cruz, que abría nerviosa cuando llegaba tarde a clase, y el aula con su rumor y la voz de la profesora, con su calor y olor intenso, me parecía de repente atestada, llena de una vida extraña que yo no me atrevía a afrontar.

La maestra de Primero se llamaba Magnetti. Era delgada y fea (y buena, por supuesto). Había oído hablar mal de ella; había captado ciertas reservas, reticencias que debían de significar algo, pero no era capaz de imaginarme qué. Me sentí angustiada. Pensaba que a la maestra Magnetti se le debía una especial consideración: ¡era Dama de la Cruz Roja²⁶! Los traviosos de Ponte Stura cantaban por la calle: *Il General Cadorna / ne ha fatta una grossa / ha messo tota Magnetti / nella Croce Rossa / bom bom bom / al rombo del cannon*²⁷.

La maestra de segundo curso, Paoletti, (*tota* Pinota, la llamábamos), reunía a las madres el primer día de clase, subida al estrado, porque así podía dominar la escena: era diminuta. Su cara se extendía circular partiendo de la nariz, y estaba orlada de rizos, concentrada en su afán por imponer autoridad.

Mantenia el ceño fruncido con todas las madres y exclamaba secamente: «¡Ya no estamos en primero!». Batiendo desde su posición la mano con los dedos juntos.

Aquel año mi madre y la señora Borgo visitaron la escuela: eran las Señoras Inspectoras. Yo estaba muy emocionada. Mamá me pareció mucho más guapa que de costumbre, pero también, de alguna forma, distante: aunque me hubiera sonreído. Yo comprendí que, en el fondo, estaba bromeando.

Las señoras tomaban con sus manos las labores o los cuadernos de las niñas, les hacían una caricia bajo el mentón y las niñas se ruborizaban, respondían intimidadas. De pronto, me di cuenta de cuán humildes eran aquellas niñas, mis compañeras.

En los duros inviernos de Ponte venían abrigadas sólo con un mantoncillo de lana, negro, que se liaban al cuello. Ese hecho yo lo aceptaba como cualquier otro; pero mi madre, que me miraba caminar hacia la escuela desde la ventana, solía ver cada día a los escolares que llegaban del campo, y lo comentaba con papá, con nosotras. Se compadecía especialmente de tres pequeños hermanos, que ella llamaba los Tres Fortunellini. Llegaban desde una alquería que quedaba detrás de San Marco. Ella se apiadaba de sus pobres ropas, el mantoncillo con el que se envolvían las manos hinchadas por los sabañones.

Todos los niños de Ponte calzaban zuecos en invierno. Los llevé incluso yo. Tenían la suela de madera y la horma de cuero con la punta claveteada.

La entrada del zapatero siempre estaba decorada con montones de pares de zuecos.

Los chicos, al salir de la escuela, hacían magníficos derrapes sobre el hielo; la pista era una franja parda en la nieve amontonada a los lados.

Aquel invierno de segundo curso una alumna dejó de asistir a clase y después supimos que había muerto. No recordaba su cara. Quedó su mantoncillo colgado en el perchero. (Todavía están los mismos colgadores, de madera sin desbastar, en sus macizos travesaños.) Cuando la maestra salía del aula, los niños jugaban con aquel mantón, lo hacían volar, o decían que era «una serpiente»: «¡El que lo toque está muerto!».

A su vuelta, la maestra nos ponía un castigo. Las niñas sabían bien adónde iba la maestra; a charlar con las otras maestras; a hablar, por ejemplo, del precio de los huevos. Las niñas se reían cuando la maestra reaparecía, tan bajita, tan derecha, con expresión irritada, todas enmudecíamos atemorizadas.

Trataba de forma ruda a todos, también a mí; pero no soy del todo justa porque a mí me tenía cierto respeto por ser hija de señores.

La primera cosa que hacíamos cada mañana era rezar, de pie ante los bancos. La maestra Paoletti nos hacía decirlas *todas*: el Ave María, el Credo, los Diez Mandamientos, los Siete Pecados Capitales, las Virtudes Cardenales y Teológicas, incluso los Preceptos de la Iglesia y las

Obras de Misericordia. Ella, mientras tanto, iba arriba y abajo por el aula y escrutaba una a una las caritas de las alumnas.

Inmediatamente después subía al entarimado y exclamaba: «¡Mocador y trabajo!».

Usaba términos en desuso que de primeras daban risa, pero después te contagiaban su autoridad e inspiraban temor. Las alumnas debían levantar las dos manos: en una el pañuelito, en la otra la regla. A menudo, a mí se me olvidaba alguno de los dos objetos en casa; también mamá era un poco olvidadiza a veces. Entonces, la maestra me enviaba de vuelta a por lo que había olvidado – ése era mi privilegio– y hacía que me escoltase una compañera.

De esas compañeras, hijas de leñadores, o pastores de las montañas, yo era la favorita. Quizá me admiraban del mismo modo que yo a los nobles, como a alguien más refinado, un poco misterioso. Eran, por lo general, mayores, y por eso me protegían. Llevaban el cabello largo, recogido en trenzas sujetas detrás, y tenían la frente y el cuello salpicado de rizos ligeros. Oían muy bien: a humo, a heno y también a establo.

En tercero las perdí de vista. A una la reconocí una vez colocando los aparejos a una mula, detrás de casa. Nos saludamos, ella ya parecía una mujer.

Las del pueblo, hijas de los comerciantes, eran distintas. También ellas eran amigas, pero por lo general se dedicaban a jactarse de algo, o a cuchichear secretos entre ellas. Me hacían tocar los agujeros que tenían en las orejas, para los pendientes. A mí me daba vergüenza no tenerlos.

Sólo en una ocasión mamá me permitió ir a coger flores con las niñas de la escuela. No con las tímidas montañesas, sino con las del pueblo. Tenían siempre ese aire de conspiración, se enfadaban, discutían; de repente la excursión parecía incluso peligrosa. Descubrí que sus aventuras eran mucho más emocionantes que las de los niños ricos.

La idea, para mí, era como una profanación: íbamos a por narcisos. Nos dispersamos por el prado, a la orilla del Cant, bajo el Castello. Me asombró descubrir que también allí había narcisos; con el tío Andrea íbamos más lejos, a lo largo del Stura. Las compañeras me pidieron que cogiera también algunos espárragos. Cuando cada una tuvo su ramo, volvimos al camino del Castello y nos sentamos en la cerca. Los ramos se soltaron todos juntos, y del montón, las niñas iban cogiendo las flores de una en una, rápidamente las rompían, chupaban el dulce del tallo, y las tiraban. Me quedé asombrada. También yo sabía que en el tallo de los narcisos había una gota dulce, también yo había partido alguna vez alguno para saborearla; pero aquel banquete me pareció el colmo de la profanación. Los espárragos los debían masticar entremedias para evitar las náuseas.

Dos de las niñas eran más humildes que las demás. Eran «protegidas» y asistían al colegio Inmaculada. Una era rubia y tenía los ojos grandes y saltones. De un azul celeste pálido casi

blanco, soplaba por la nariz y no olía muy bien; la otra era morena y tenía las mejillas sonrosadas. Me daban pena y trataba de hablar con ellas. Recompensaban mi simpatía trayéndome al colegio pequeños retales del hábito y de otras vestiduras sacras, bordadas (con gran esfuerzo) con hilo de oro y seda de colores preciosos. Yo se lo agradecía muchísimo. Durante todo un año me prometieron una rosa roja, pero nunca llegaron a traérmela.

La maestra Paoletti explicaba algo con su discurso martilleante y monótono, normalmente yo oía pero no escuchaba; entendí, sólo, la última pregunta: «¿Quién quiere ir?». Levanté la mano de inmediato y fui la elegida. Me pusieron de acompañante a una de aquellas niñas de la montaña que era casi el doble de mayor que yo. Recuerdo el rostro de esa muchacha, estrecho y afilado, pálido, enmarcado por sus rizos morenos; sus ojos eran muy dulces, y su sonrisa extraordinariamente amplia. Era una de mis devotas. Ella se hizo cargo de la misión, un paquete que tuvo que coger con las dos manos porque pesaba mucho. Era un pañolón grande anudado y contenía huevos.

Al salir de la escuela nos dirigimos, como nos habían dicho, en dirección al valle alto; cruzamos las dos plazas y tomamos el camino de Vinadio. Yo de vez en cuando preguntaba adónde íbamos. La compañera me respondía, con su aire distraído, que no lo sabía. ¡Yo tampoco! Y nos reíamos, cada una convencida de que la otra bromeaba. Nos turnábamos a ratos el peso, que para nosotras era mucho.

El camino blanco se iba quedando desierto, las montañas se oscurecían. Había una casa pequeña en lo alto de un monte.

—¿Vamos allí? —pregunté y me reí. Y la otra respondió perpleja que no lo sabía—. ¿De verdad que no lo sabes?

Entonces, comprendimos y nos asustamos mucho. Volvimos atrás. Estábamos ya cansadas pero caminábamos a paso ligero, en silencio.

Llegamos a Ponte cuando ya había anochecido. La escuela estaba cerrada, llevamos el paquete a casa de la maestra. No recuerdo si nos riñeron; en ese momento el recuerdo, antes intenso y preciso, cesa bruscamente.

He subido la escalera, que después del primer tramo se divide en otros menores, empinados y casi sin luz. A un lado, las ventanas dan a un callejón; la ventana junto al encerado quedaba de frente a mi pupitre. Tras aquella ventana yo veía caer la nieve, veía gotear desde las tejas el deshielo bajo el sol de marzo. Su luz me pareció remota, tranquila, sin tiempo: como la luz de una pintura.

Los pupitres son «los de entonces»; de madera gruesa, ennegrecidos como las mesas de un bar, llenos de muescas profundas y antiguas manchas de tinta.

La maestra de Tercero reunía en sí el encanto de las maestras y de las señoras. Era la mujer del médico particular y amiga de mi madre; se hablaban de tú. Yo sentía ante ella el respeto y el temor que para mí eran muestra de admiración, y que excluían la confianza. Me latía fuerte el corazón cuando desde el estrado la maestra me llamaba. Su voz era baja, un poco ronca. A mí me recordaba a la señorita Selve; aunque fuera de piel más morena; ambas eran piadosas y elegantes, y sus caricias me hacían sentir un rubor amoroso.

La maestra estaba haciendo ganchillo; me llamó y sin decir nada me ajustó la labor en torno al cuello, después me despidió sin darme más explicaciones. Por lo demás, era de modales secos y eficaces. La escena se repitió algún otro día.

El cuellecito era para la hija de la maestra; escuché a la profesora decirle a mamá: «He tomado la medida del cuello de su hija porque las demás tienen el cuello muy sucio». Yo había esperado que fuese por mí, y me había emocionado un poco con esa suposición, que era del todo absurda.

La señora Morini tenía una hermana que era la profesora de Cuarto. Era muy distinta a ella: me recordaba al párroco, de quien no era ni de lejos pariente. Ambos eran altos y delgados, pero parecían gordos porque tenían el vientre hinchado, síntoma de su enfermedad. Estaban enfermos, pero siempre alegres; sus risotadas hacían temblar sus enormes vientres.

El parecido me servía para clasificar a las personas, instituir una especie de norma: había descubierto que si existía un parecido, después había más. El párroco y la profesora de Cuarto me inspiraban simpatía como figuras patriarcales, autoritarias y bondadosas al mismo tiempo, pero privadas de cualquier misterio o encanto.

El inspector vestía abrigo aunque ya fuese casi verano y llevaba las manos en los bolsillos. Nosotras, las niñas, estábamos de pie ante el pupitre, con los brazos cruzados.

—¿Cuál es el alimento más importante para el cuerpo humano? —preguntó el Inspector. Era una pregunta aburrida, pero el hecho de que la hiciese aquel hombre, venido de fuera, nos ponía tensas, ansiosas.

—El cuerpo humano necesita sal —dijo el Inspector. Después explicó largamente las consecuencias funestas de la escasez de sal, lo cual me recordó a las también terribles consecuencias del pecado mortal, como había escuchado en el catecismo. Estaba impresionada, como siempre, por el argumento científico.

Lo conté en casa, pese a saber que mamá iba a sonreírse, quitándole así de golpe la importancia al asunto. Como solía hacer.

En Cuarto tuve una amiga. Se llamaba Rina Ramella; era hija de un guarda forestal, de los que acompañaban a papá a hacer sus inspecciones.

Rina Ramella era la primera de la clase. Mi madre le preguntó una vez a la maestra:

–¿En qué aspecto son mejores las redacciones de Ramella?

–Tiene algo –respondió ella– que es como el queso en la menestra.

Con Rina también iba a la montaña. El guarda Ramella, un hombre ya anciano, con barba gris, llevaba a su hija; papá no sólo lo permitía, sino que se lo había pedido. Mientras ellos controlaban a los supuestos bandidos, nosotras jugábamos; siempre al mismo juego. Rascábamos un poco la tierra y hacíamos minúsculos cementerios: alineábamos los pequeños túmulos, los decorábamos con flores y piedrecitas. El juego lo propuso Rina.

Sólo una vez nos vimos obligadas a seguir a papá en la larga ruta por la montaña a causa de que en una cuenca estaban trabajando los carboneros: «¿Por qué?» insistía yo.

Papá le dijo, serio, al guardia:

–No me fio. Son *lingere*.

¿Qué quería decir? (aquella era una palabra de Ciota). El guarda asintió gravemente, y también Rina, así me lo pareció, mostró con una mirada que había comprendido.

Nunca se me pasó por la cabeza preguntarle a Rina por los «niños». No lo consideré, supongo, un tema lo suficientemente «intelectual», como los que le correspondían a Rina.

Rina me prestó un libro. Estaba encuadernado en pergamino y tenía hojas gruesas y amarillas; la letra era aguda, con las eses igual que las efes; olía a tabaco y a moho. Ciota lo llamó «el misal». Pospuse la lectura. Como había sido un regalo de Rina, me pareció que sería difícil. Me gustaba acariciarlo y soñar leyendo el título: *Las mil y una noches*.

Rina era alta, pálida y tenía un extraño tic. Se pellizcaba la piel del cuello largo y delgado, y con un rápido movimiento de los dedos hacía y deshacía pliegues en su piel delicadísima. Tenía una mancha oscura en aquel punto. Yo suponía que la manía debía de estar relacionada con su inteligencia superior.

A Ciota no le gustaba Rina. Encontraba muy desagradable su tic y aseguraba que yo era mucho más inteligente que ella.

A mí me bastaba con que fuese mi amiga. Me parecía perfecto que Rina aspirase a ser profesora. Sabía que sus tíos eran profesores también y que, como decía Rina, «los profesores mandaban a los maestros»; por aquel entonces consideraba ser maestra como la ambición más alta posible.

En Cuarto también descubrí el patriotismo: cantando en el coro con mis compañeras «Le ragazze di Trieste».

En casa, papá tenía fe en la victoria; mamá estaba siempre preocupada por sus hermanos (también el tío había ido al frente), y por todos los soldados. Intercedía a través de papá para que

obtuviese la «exención» como padres de familia (ellos lo llamaban la «sención»).

El patriotismo era una cosa de los señores. En el pueblo cantaban *Se vuoi veder Trieste / la guardi in cartolina*²⁸ y yo sufría un poco. Pero Ciota iba mucho más allá. Cantaba con aire grave y vindicativo: «Y aquellos señores, que han gritado viva la guerra o que tienen un hijo bajo tierra, ya no gritan más viva la guerra».

Comprendí que no se podía comparar aquella canción a «Le ragazze di Trieste».

A Catequesis se iba después de la escuela (pero en cuarto curso ya no). Las niñas se sentaban delante, en la parte derecha de la nave de la iglesia, los niños a la izquierda. Los chicos entraban siempre después de nosotras todos juntos; se formaba un gran alboroto, un rumor de cascada: los zuecos retumbando sobre el suelo de madera.

Las maestras de catecismo eran las hermanas del Hospicio. La maestra Liscia era la de los chicos. En los bancos, con los compañeros, había más promiscuidad que en la escuela. Los niños olían bastante mal. Contaban cosas espantosas: «Si alguien hace la Comunión con un pecado sin confesar, la lengua se le pone negra, y luego se le cae al suelo».

Cuando las hermanas tardaban en llegar, se desencadenaba una especie de torbellino entre los niños. Los más valientes se sentaban dentro del confesionario; otros, rojos por la risa convulsa, se arrodillaban en el reclinatorio y decían palabras feas, o quizá a ellos se lo parecían. A mí, después, me daba mucha vergüenza y trataba de olvidar aquellos momentos.

El cura llegaba a hacer la inspección. Era joven, alto, inquieto; se le veía a menudo jugando al balón delante de la iglesia. Tenía la cara expresiva y cómica, un poco como Ciota. En vez de hacer preguntas sobre el catecismo, nos hacía otras en broma. Las hermanas ponían la cara más severa que de costumbre, pero los niños se agitaban, se reían.

—¿Cuál es el mes en el que las mujeres hablan menos?

Las hermanas no se reían, se colocaban con disgusto su toca.

Los domingos, durante la Misa Grande, con Idina y Felicino, observábamos al cura; nos parecían muy cómicas sus genuflexiones rápidas y sus gestos nerviosos. Era él quien cantaba el «Ite missa est», con florituras en la «i» que a nosotras nos sonaban rarísimas; estábamos convencidas de que se las inventaba para hacernos reír.

Un año fue madrina de Confirmación la madre de Idina. Papá la fotografió junto al padrino, el doctor Morini, al lado del obispo. La señora Valeria tenía aire de actriz, sujetaba con una mano la falda acampanada; y bajaba la mirada, aunque sonreía al obispo, casi con malicia. El obispo tenía la cabeza inclinada sobre un hombro y aspecto de víctima. Su nombre increíble: se llamaba Fiore²⁹. El doctor Morini vestía traje de ceremonia, chaqueta con faldones.

En otra fotografía papá retrató a las «perpetuas», siervas y hermanas de los reverendos; en una esquina de la fotografía aparece el tonto del pueblo con la cara toda peluda, riéndose sentado en el suelo.

Otro año, la madrina de Confirmación fue mi madre. Yo me quedé en casa con Ciota, Madrina estaba invitada también a la comida en la parroquia. Y luego vino alguien a decir que estaba invitada también yo. Ciota me vistió, me sentó en la mesa de la cocina para calzarme los zapatos de piel blanca: cosa que no hubiera hecho en presencia de mamá.

La comida fue en un salón sombrío, alrededor de una larguísima mesa; lo que más me impresionó fue la menestra. Unas bolitas ligeras flotaban en el caldo y tenían un sabor un poco dulce: se llamaba «pasta real». Aquella comida me pareció particularmente eclesiástica.

La plazoleta delante de la parroquia está como entonces, desierta; falta ahora el hombre de la barba blanca que, sentado en el suelo contra la fachada, arreglaba paraguas.

A un lado de la iglesia una calle sube hacia el oratorio de los condes Bolleris, en la parte alta de su jardín. El Jueves Santo³⁰ yo subía con Ciota. El jardín permanecía secreto; sólo estaba permitido el acceso a la pequeña ermita húmeda y misteriosa, verdaderamente sepulcral.

Todas las iglesias eran un teatro en esos días; por eso Ciota quería hacerme reír. Se burlaba de las mujeres imitándolas en verso, y me tiraba de la manga para que mirase a la Muda gesticulando, o la Falena, una mendiga loca que abrazaba y besaba el crucifijo de manera inadecuada. Yo reía pero intentaba no mirar; me parecía que era pecado.

¿Por qué mamá me mandaba con Ciota? Quizá por el único motivo de que no le gustaba ir a ningún sitio cuando iba todo el mundo.

He intentado encontrar el banco de los condes, donde el marqués asistía en pie a misa, con su pila de gruesos libros delante; nuestro banco con los reposabrazos y el respaldo alto, que papá había encargado al carpintero de nuestra calle, y que ahora tenía otro propietario.

Mamá llevaba a misa un grueso libro con tapas de piel roja fina como la seda, que tenía por título un extraño nombre de mujer: Filotea. En casa, mamá dejaba que lo cogiéramos para jugar: estaba lleno de recortes-recuerdo de su colegio.

Para mi Primera Comunión me regalaron un pequeño libro blanco encuadernado en tapas duras que se cerraba con un candado «de oro»; pero luego tuve otro, un verdadero libro de cubiertas marrones, que leía durante la misa. No contenía propiamente oraciones: sino una especie de reflexiones sobre la muerte (física).

«Cuando mis labios ya rígid...» Lo seguía un análisis del tormento de la sed y de la dificultad de respirar y hablar.

«Cuando mis ojos, próximos ya a apagarse...» Cada capítulo era la celebración (yo lo veía todo en una tinta azulada o violácea) de la decadencia absoluta de todas las partes del cuerpo y de los sentidos; terminaba con una invocación, pero yo me la saltaba. Prepararme para morir lo consideraba necesario, y el libro me ayudó a familiarizarme con los espasmos de la agonía. Me lo sabía de memoria. No pensaba nunca en ello, a excepción del momento de la lectura.

La parroquia, inmensa y marmórea, siempre me daba sensación de frío.

No sentí nunca, en aquella iglesia, la felicidad de las procesiones y de mis meditaciones sobre la presencia de Dios en «todas partes»; puesto que precisamente allí era incapaz de sentirla.

VII

¿Era sólo a causa de la gran autoridad del Doctor por lo que yo de pequeña cruzaba la Piazza Nuova con una vaga sensación de inquietud?

En el *mundo* de la Piazza Nuova se respiraba un ambiente más refinado que en el nuestro, pero menos seguro, es decir, no tan tranquilo: a causa de la «ausencia de Dios».

No creer en Dios para mí era una locura. Como no creer en la ley de la gravedad; aunque en cierto sentido ambas creencias eran opuestas. La ley de la gravedad me daba miedo, me parecía como una máquina que pudiera estropearse y destruirlo todo. En cambio, en Dios resultaba imposible no creer, cuando él mismo había dicho: «Yo soy tu Dios y tu Señor». Era como acusarlo de ser un mentiroso. (Tal argumento me parecía irrefutable.) Dios me reconfortaba: daba un poco de miedo sólo bajo el aspecto de «ojo en el triángulo», como lo veíamos en el altar mayor de la iglesia.

Una señora (turista) le preguntó al veterinario si creía en Dios. Yo lo miré expectante. Él acentuó el gesto amargo que tenía habitualmente y se encogió de hombros. La señora sentenció: «Los hombres superiores no creen en Dios».

Sentí un tremendo desconcierto, casi un susto. Porque yo sabía que tampoco el Doctor creía en Dios: y el Doctor era ciertamente un hombre «superior». Entonces era verdad, ¿una fatalidad? Puesto que yo ya estaba en el lado de los hombres superiores, aquélla era una nueva condena, como la de ser rico o la de haber perdido la inocencia.

El veterinario me pareció aún más vulnerable –un hombre extraño, taciturno– y al mismo tiempo peligroso. El caso del Doctor era diferente: estaba la confianza de papá y la admiración de mamá por su figura.

El mundo de la Piazza Nuova era complejo. Allí vivía el Doctor, a quien no veía casi nunca, pero a quien consideraba, de lejos, el que tenía más autoridad. Allí vivían los Borgo.

Pero lo que más impresionaba era la arboleda. Los árboles de la vieja alameda están ahora decrepitos e incluso caídos. El terreno del paseo, descuidado, agrietado.

Bajo la densa sombra de los castaños de Indias, ahora altos y gruesos, cogía, de pequeña, flores caídas al suelo desde las ramas. Las más bonitas eran las de color rosa encendido, tiernas como si fueran de cera roja. Me asombraba que tanta belleza estuviese de ese modo, tirada por el suelo.

Quizá si hubiera venido en mayo... Quizá todavía florecen, aunque ya algo vencidos, los

árboles; y pese a que el terreno esté ahora descuidado, sucio, y la umbría sea pobre.

Bajo la arboleda paseaba Fulvia entre sus admiradores. En una de las terrazas del Giglio, Giòrsin, el hijo de Madama, tocaba la guitarra. De la fragua del herrero de abajo llegaban los golpes, los chirridos, del hierro candente sobre el yunque.

Bajo la arboleda jugábamos todos: Bellina, que era de casa, Idina y Felicino, Tití, la hija menor de la generala y otros, veraneantes. Jugábamos a «las cuatro esquinas» o a otros juegos tranquilos. Mientras, para nuestra envidia, los niños del pueblo vertían carburo en el agua de la acequia que discurría a lo largo del paseo, gritando: «¡Se quema el agua, se quema el agua!»³¹.

También nosotros, en otro tiempo, habíamos jugado de un modo más libre, apasionante: en la caserna. ¿Cuándo debió de ser aquello? La caserna, a la que llamábamos «el cuartel», era un edificio alto y largo, con pórticos, y una amplia explanada delante. Estaba abierta, vacía, abandonada como tras una fuga.

Había salones inmensos cubiertos con bóvedas de arco, blancas y sucias; las escaleras estaban cubiertas de paja y se percibía un intenso olor a caballo, como a hospital o letrina. Corriendo y gritando hacíamos retumbar el eco en los arcos, en los pasillos. He visto, en el mismo lugar, las casernas de la última guerra: almacenes tétricos con cristaleras teñidas de añil, hechas trizas.

Entre Idina y Bellina se percibía una especie de tensión, de celos, por mis atenciones.

—¡Mañana viene conmigo!

—¡Conmigo viene a comer!

Yo sabía que era el enfrentamiento de dos mundos, y no tomaba parte.

Pero sufría: temía siempre que si el resultado era mi opción preferida, me resultaría injusto. Yo quería ser como mis padres, amiga de todos de la misma manera. Los padres de Bellina eran *modernos*, como los míos. La señora Emma era amiga de mi madre: por aquel entonces se podía decir que tenía una amiga. Sus encuentros no eran las típicas «visitas» como ocurría con las demás señoras.

Las dos mamás amigas se habían hecho un delantal idéntico, con listas en malva, y papá las fotografió juntas en la alameda. También Bellina y yo tuvimos, de pequeñas, unos mandiles idénticos. Los nuestros tenían ambos un gran bolsillo delante en el que había bordadas figuritas de colores; en el mío aparecía un soldado que perseguía con la bayoneta a un turco con una chilaba y un fez rojo; en el de Bellina el soldado le daba una patada en el culo al turco. (Estaba muy contenta de que no me hubiera tocado el suyo: su escena me parecía brutal.)

Bellina era más pequeña que yo; en Castello debía llevarla de la mano porque se escurría por la hierba seca. En primer curso fuimos compañeras durante un tiempo, después a ella la sacaron de la escuela.

Siempre íbamos juntas a hacer pis. Había en el suelo dos agujeros tapados por una rejilla; alrededor todo estaba mojado y pestilente. Una vez nos resbalamos y caímos las dos sobre aquel fango frío. La maestra nos ayudó a cambiarnos el vestido. Yo sentí una profunda humillación durante algún tiempo.

Bellina siempre repetía: «¡No me atrevo... no me atrevo!». Y su madre le decía: «¡Boba!».

La señora Emma era morena como mamá, pero muy distinta: era más corpulenta y más llamativa. Tenía la boca grande y roja, el labio ligeramente sombreado. Su dentadura, que mostraba a menudo al sonreír, recibía muchos halagos porque parecía perfecta. A ella le encantaba la compañía, las reuniones alegres. Decía: «¡Mi padre me ha criado a la americana!». Y yo me preguntaba qué significaba aquello.

Una vez comentó con mi madre que se habían casado demasiado pronto, «cuando todavía no sabíamos nada». Reía y suspiraba. Mamá asentía, dudosa. Yo pensé que estaban bromeando, pero me quedé perpleja: si de verdad las mamás «no sabían», la vida era, entonces sí, algo muy peligroso.

Algunas tardes, la señora Emma venía a casa a escuchar los discos que le gustaban. Prefería siempre las canciones: ... *che ti dice mormorando il mar...*³²

Mamá ponía el disco desobedeciendo la prohibición de papá; mi madre no era muy hábil con las máquinas: una vez no levantó a tiempo la palanca que movía la aguja del gramófono y el disco se rayó. Temí que aquello fuera algo terrible; sin embargo, el disco no era importante y papá no dijo absolutamente nada.

Mamá y la señora Borgo se intercambiaban novelas. Una de sus preferidas era *Mi primo Guido*. (De mayores nos reímos de sus libros de entonces e incluso ella admitía: «¡Qué tontitas éramos!».)

El señor Borgo tenía un rictus de desprecio en un lado de la boca. Había escuchado contar que se enamoró de la señora Emma cuando ella era sólo una niña y corría por la arboleda con las trenzas a la espalda (cosa que no conseguía imaginar y me parecía increíble). Después se casaron, y enseguida llegó el descontento, se aburría. Tenía un setter magnífico (Maura), pero era demasiado perezoso para ir de caza; así, papá le decía: «Borgo, la pipa, los naipes». Y agitaba la cabeza como si se lamentara.

Yo le notaba siempre un aire triste y burlón: como si se riese de sí mismo y los demás no pudiésemos entender por qué estaba triste. Era dulce cuando se agachaba para abrazar a Bellina; pero con la señora era seco, incluso displicente. En algunos momentos parecía que la miraba con rencor. Lo cual era muy diferente a las miradas, por entonces burlonas pero siempre afectuosas, que intercambiábamos en mi familia; en otras casas, por ejemplo en la de Idina, no se veían miradas de ningún tipo.

Pese a todo, yo sentía cierta compasión por él.

Los Borgo eran amigos del Doctor, sobre todo en el sentido del «partido del Doctor»; eran familia de la Tota.

En casa de los Calvi, cuando se decía «la Tota», se referían a la *tota* del «jardín»; en casa de los Borgo, la *tota* era la hermana del Doctor, Tota Jefina. No ocurría jamás, en ninguna de las dos casas, que se mencionase a la otra *tota*.

La señora Borgo encontraba «tristona» a su *tota*. Hablaban de Madrina, con mamá, y la señora Emma decía:

—¡Yo también tengo a la *suegra*! Para ella no hay nada bien hecho, siempre se burla de algo.

Y contó que *su tota* la regañaba si no se recogía inmediatamente la ropa tendida una vez que se había puesto el sol: yo no entendía lo que decían, siempre pensaba que había algún sentido oculto.

Escuchaba decir que la Tota Jefina estaba «celosa» de la señora. ¿Era posible? Es cierto que el preferido de la Tota era él: incluso le hablaba de tú, y lo trataba con cierto aire (algo brusco) de protección. Eran amigos desde hacía mucho tiempo, desde antes de que él se casase.

También la Tota Jefina tenía un jardín, mejor dicho, un huerto. No íbamos a jugar; pero podíamos seguirla, interrumpiendo los juegos en la arboleda. Ella misma llamaba, con su voz fuerte y un poco nasal, como de hombre: «¡Masnà!».

Bellina corría a abrazarla. Incluso a mí me besaba, y la sensación de aquellos besos no era desagradable, pero sí curiosa. La barbilla de la Tota pinchaba, porque estaba llena de pelos rasurados, duros como espinas.

La Tota era particularmente limpia, pese a ser tan vieja. Tenía el cabello blanco, luminoso. A mí me gustaba mirarla, ver cómo debajo del pelo se traslucía una luz rosada; mientras que en las cabezas de otras ancianas se podían ver, entre los mechoncitos de pelo postizo, costras o manchas oscuras, como de líquenes.

En las tardes, la cabeza blanca de la Tota se veía en el salón frente a la ventana, inclinada ante una mesita. Con ella solían estar el señor Borgo y la señora, u otros, nunca el Doctor. Jugaban a las cartas. Tenían un artilugio para marcar los puntos. A mí me extrañaba, porque en casa no se jugaba nunca a las cartas. O al menos no en serio; alguna vez, después de la cena, los niños jugábamos con Madrina a «Don Bruschett».

La casa del Doctor, en la arboleda, ahora está cerrada, decadente: sin embargo, sigue teniendo el aire distinguido de siempre, una cierta elegancia. Las ventanas altas, la escalera empinada a un lado, que desaparece bajo un arco (llevaba a la cocina), y delante la breve escalinata, que me parecía tan solemne, de bajos escalones semicirculares. En el remate de los techos todavía hay

una moldura de madera tallada, que daba un toque de ligereza, como una coquetería, frente a la severidad del resto de la casa.

No he encontrado la «estela romana» que estaba situada en una esquina de su casa. Era de mármol blanco, biselada; se veía sobre la inscripción un pequeño motivo de palmeras.

Dentro, la casa del Doctor era como todas las casas que yo admiraba y temía al mismo tiempo, limpia y oscura. En la cocina, la severidad se atenuaba por la presencia de la sirvienta, gorda, sonriente y calva, como se veía cada vez que el pañuelo se le escurría de la cabeza. También se llamaba Ciota, lo cual era un poco inquietante, como un familiar inesperado.

Después de la casa hay una plazoleta enlosada. Contra la pared de enfrente, dentro de un pequeño recinto, está la estatua de un benefactor: un señor de mármol blanco, delgado, con un traje como una túnica. Mira de lado, inclinando la cabeza, absorto y un poco distraído, como un noble correcto en todas las circunstancias, pero siempre con el pensamiento ausente.

También el Doctor parecía siempre ausente en su pensamiento: pero de forma distinta. No dulce ni cansado como el noble de mármol; sino altivo y concentrado en un gesto de desdén.

El Doctor amaba y detestaba Ponte. Estos sentimientos excepcionales eran todo uno con él. Del mismo modo que era muy querido por unos pocos amigos y por los pobres, a quienes atendía sin cobrarles; y detestado: por los nobles y por casi todo el resto del pueblo. Los primeros por sus ideas, y los otros por su oficio aristocrático.

Lo cierto es que era una persona soberbia. Tras su derrota política atravesó todo el pueblo a las riendas de su calesa con la cabeza bien alta, con aire desafiante, como un ganador. (Escuché varias veces a mis padres contarle.)

El personaje de la estatua había sido el fundador del hospital de Ponte; era un antepasado del conde Bolleris. En las luchas políticas, el Doctor fue derrotado precisamente por el joven conde, que tenía el apoyo del marqués, su padrastro.

El Doctor dirigió un tiempo el hospital, después lo echaron porque había gastado mucho dinero en reformarlo y renovarlo. Fue consejero provincial. (Mi madre y la señora Borgo incluso viajaron a la ciudad a «ver su escaño»; no fue reelegido porque no quería que se impusieran tasas a los campesinos. Papá decía que tenía razón, que él y el Doctor veían cada día de cerca cómo vivían los campesinos del valle.)

Conocí, en Ponte, las manifestaciones políticas. Pero fue ya en otro tiempo. Los adversarios no eran gente de Ponte, y se enfrentaban con métodos diferentes, más escandalosos.

Supuse que papá era partidario de Cassin, un señor judío de la ciudad, que se declaraba continuador de la política del Doctor; pero papá decía que ahora todo era diferente.

También esta vez el adversario era un conde. En el pueblo se cantaba (al estilo de Ciota): «Viva Cassin, de Roasenda, ya es su fin».

Papá detestaba las formas de aquella lucha, la vulgaridad, la violencia. En los días de las elecciones íbamos a la montaña a por setas. Desde lo más umbrío del bosque veíamos, a lo lejos, el pueblo iluminado por el sol y una pequeña masa de gente agitarse en la plaza; a ratos nos llegaban incluso las voces, los gritos.

Papá y mamá consideraban al Doctor un gran incomprendido. Creo que lo admiraban precisamente porque era diferente a los demás, detestaba la mezquindad.

La veneración de los míos por el Doctor era algo difícil pero no inquietante. Partía de una certeza de fondo: mi certeza era que ellos no podían estar equivocados.

Admiraban también la belleza de aquel gran señor. El Doctor era alto, esbelto, con el cabello blanco y espeso como el de la Tota; con la barba blanca, que había sido rojiza, acabada en dos puntas. Su rostro estaba cubierto por infinidad de venillas rojas. Su mirada era inquisitiva desde lo alto, pero también podía hacerse irónica y afectuosa. Uno de los ojos tenía la ceja ligeramente elevada, lo cual le daba un aire de altivez.

Papá fotografió al Doctor muchas veces, sobre todo en su trineo de invierno. En una fotografía aparece medio cubierto por la nieve con su capa y su sombrero de piel abrochado bajo el mentón. El caballo, Fido, vestía una manta escocesa; con la nieve sobre su grupa y sobre la cabeza parecía un monumento. Tras él se ve la pared del Belvedere y la nieve acumulada sobre los relieves de la roca. Por encima de todo estaba el aire absorto y suspendido del invierno. Para mí, el Doctor pertenecía, sobre todo, al «tiempo pasado»: antes de que yo naciera. Pero su leyenda perduraba en el modo en que papá y mamá hablaban de él, perduraba en su persona. Lo veía alguna vez delante de su casa, sentado en una silla; leía el periódico, erguido, con gesto ceñudo. Cuando venía a nuestra casa era diferente. Siempre imponente pero como aligerado, liberado de su propio gesto.

Incluso en sus últimos días, a mi madre se le iluminaba el rostro recordando su antigua amistad con el Doctor.

—Sólo a nuestra casa venía con agrado y se demoraba charlando, discurriendo —dijo, y añadía con un soplo de orgullo—: le encantaba nuestra casa.

El Doctor era amigo de papá desde antes de casarse, después se convirtió en el médico de nuestra familia. Mi madre solía repetir a menudo una de sus sentencias, incluso muchos años después de habernos marchado de Ponte: «La medicina debe limitarse a diagnosticar la enfermedad y dejar hacer a la naturaleza». Esa afirmación coincidía perfectamente con la opinión de mi madre.

Al entrar en la habitación del Doctor, mamá lo miró todo con admiración (así me lo pareció), casi con anhelo. Habíamos subido con la Tota y otras señoras, para asistir desde el balcón al Desfile de clausura de las Grandes Maniobras. Se fijó durante un momento en el famoso retrato de Kant colgado sobre el cabezal de la cama (en vez de una imagen sacra): un viejo delgado con peluquín, que tenía el mismo nombre que nuestro río (sólo que se escribía con k). Había infinidad de libros en las estanterías de la pared, revistas amontonadas sobre la silla. Sabía que no eran sólo de medicina, sino también de literatura.

Antes de salir al balcón donde ya estaban las demás señoras, mamá se volvió hacia el Doctor y se disculpó:

–¡Hemos invadido su habitación!

El Doctor sonrió:

–¡Mi habitación no había tenido nunca antes tan bello ornamento!

Mamá recordó durante muchos años esa frase; a pesar de que a ella no le gustaban los cumplidos. Pero es cierto que el hecho de que se lo hubiese dicho el Doctor la hacía sentir importante, y el modo en que se lo había dicho: con aquella solemnidad un poco rígida que mostraba, y una leve ironía.

Para mamá, el Doctor era una especie de santo. ¿Cómo era posible, pensaba yo, si él no creía en Dios? En cualquier caso, la certeza de mi madre me reconfortaba.

El Doctor se retiró de joven a Ponte Stura porque estaba enfermo. Combatió su enfermedad con el aire de la montaña y con una vida austera. Mamá le dijo una vez:

–Si todos los sacrificios que hace los hiciera por Dios, sería usted un santo.

(¿Qué respondería a aquello el Doctor...?)

Para ella, era incluso un poeta. Había escrito, en el periódico de la provincia, un madrigal dedicado a mi madre, una bienvenida con motivo de su llegada a Ponte Stura. «La corona de narcisos dorados que recogimos para usted...»

Años después, por la inauguración del tranvía, el Doctor escribió: «Por el puente del Ella, mirando por la ventanilla hacia el horror, una joven se estremece, intimidada...». Esa imagen de mi madre era tan real que no dejaba espacio para la poesía.

El Doctor fue un consuelo para mi madre. Al pasar de una habitación a otra, acarició su mejilla y yo comprendí que la reconfortaba. Pero ¿de qué? ¿De la Madrina? ¿De las señoras?

Cuando nos encontraba a mamá y a mí de la mano por el sendero, el Doctor se bajaba del caballo y, llevándolo de las riendas, nos acompañaba hasta casa. Las señoras *murmuraban*...

Mamá apretaba los labios con desdén, o sonreía con resignación.

La derrota del Doctor fue para siempre. Nada –y seguramente nadie– lo recuerda en Ponte Stura.

Caminaba al azar por el camposanto. Había sepulcros adosados al muro. Me dirigí a uno bajo, plano como una tabla. Sólo tenía un nombre, grabado con grandes letras: Giuseppe Antonio Vinaj. Nada más. ¡Qué desolación, ahora, aquella fe en el nombre! Perduraba, todavía, el desafío, la soledad por la cual mamá lo había admirado tanto.

El Doctor deseaba ser incinerado. Mamá, cuando lo supo, dijo que de todos modos rezaría por él.

Un poco más allá encuentro la lápida de Tommasina Musso. En el medallón, un rostro pequeño con ojos tristes, absorto como entonces. No sabía que hubiese una inscripción: TOMMASINA MUSSO, FLOR GENTIL ARRANCADA DEL PEQUEÑO HUERTO PATERNO, TRASPLANTADA AL JARDÍN DEL CIELO.

La firma era GAV: ¡Las iniciales del Doctor! El estilo, «el de los narcisos»; pero el «pequeño huerto» era verdad, típico de Ponte. ¿Y los «jardines del Cielo»? Ni el Doctor ni el maestro Musso eran creyentes.

Nunca supe que fueran amigos: aunque era lo más natural. Y su amistad me reconfortó: me convirtió al Doctor en alguien mucho más familiar.

VIII

No había vuelto al camposanto desde que iba con el maestro Musso. Ahora resultaba pequeño y agreste, plantado de cruces de madera o de hierro, inclinadas, torcidas. Tenía un aspecto alocado, de danza macabra. Pero las flores silvestres lo dulcificaban como un jardín abandonado.

Ahora ya no está así, salvaje; ha sido ampliado y reordenado. Me parece recordar que incluso papá hizo alguno de los planos. O quizá sí volví una vez, cuando estaba ya en la escuela elemental, para un funeral (en Ponte se dice «un entierro»). Incluso canté aquella preciosa canción por los niños muertos: «Beati immaculati in via».

Fue, por tanto, el funeral de un niño. ¿Quién sería? Sólo recuerdo el trayecto y la canción.

Me habían dado una llave enorme (he tenido que pedir permiso en el Ayuntamiento para visitar el camposanto), y temía no saber utilizarla. Pero la llave giró sin obstáculo en la cerradura, como si fuera una casa.

Me puse a buscar los retratos. Creo que ningún nombre me resultaría desconocido; al menos me sonaría, pero las fotografías sobre esmalte, en su marco oval, contenían las caras: y estaba segura de poder reconocerlas todas.

Allí se encontraba la maestra Paoletti, con los rizos en torno a su pequeño rostro redondo. He reconocido sus labios gruesos. Los había olvidado; pero eran ellos, precisamente, los que me daban miedo.

También he recordado –de repente– que la maestra de Segundo me mostraba un aprecio que no notaba en otras profesoras, más amigables o afectuosas. Por eso se indignaba cuando se dirigían a mí con un mote: «¡No hay que llamar a las personas con nombres de perro!».

Ella me llamaba con mi verdadero nombre (que me sonaba pomposo y extraño). Y quizá era por respeto a mi persona y no a mi estatus social por lo que hacía que me acompañaran.

En Ponte me han hablado de ella. Se hizo muy mayor pero siempre se mantuvo despierta. No quiso nunca ir al cine (hay una sala en un almacén); pero le encantaba que le contaran la trama de las películas. Fingía indiferencia por aquellas historias pero, al cabo de unos días, de improviso, preguntaba: «¿Se casaron aquellos dos?».

La maestra Paoletti tuvo un admirador. Fue el señor Termignon, el hojalatero literato. Una vez exclamó delante de ella, levantando los brazos: «¡Usted siempre tan espléndida!».

Esta frase (como el famoso «es muy observadora...») solía recordarse como ejemplo de su

estilo. Se citaba a modo de divertimento, pero contenía también cierto entusiasmo por la fantasía del señor Termignon. Yo dudaba si lo de «espléndida» quería decir «bellísima» o si aludía a la hospitalidad de la maestra, puesto que, según entendí, ella le había ofrecido de beber.

He encontrado también la lápida del señor Termignon; no era extravagante, no fue diseñada por él.

En la losa de los Calvi había una sola imagen: la de la madre de Felicino, a quien había olvidado. Tenía los mismos ojos que él, burlones. Pero mi madre aseguraba que era la persona más buena de Ponte. Sólo recuerdo que para merendar untaba sobre el pan una mermelada especial, muy intensa y dulcísima.

He lamentado que no estuviera la fotografía del doctor Calvi (que se parecía a Chéjov). El padre de Felicino venía a menudo por las tardes a escuchar discos. Era un señor muy atractivo, amable, con un extraño aire «antiguo» (según mamá). Seguía el ritmo con los pies, calzados con botines. Cuando reía, los quevedos se le caían de la nariz. Papá lo llamaba por su nombre, un nombre que le encantaba: Celeste.

En la tumba de los Borgo no había fotografía. Era la más elegante, pero también la más abandonada. Junto al nombre del veterinario estaba el de Bellina. Bellina se llamaba Flora. Murió a los veintiséis años (de cáncer). Volví a verla moribunda, estaba amarillenta y encerrada en sí misma, acartonada como una hoja en otoño.

Alguien me dijo, después, que la señora Emma aún vivía, lejos, y que estaba enferma; de hecho, «paralítica» (increíble noticia para mí, absurda).

Luego me ha llamado la atención otro retrato. He reconocido en él a Celina, la hija de Blin, que fue compañera de colegio de la hermanita. Tenía siempre aquel aire ligeramente severo y majestuoso. Sus ojos, que yo recuerdo azules, miraban conscientemente a lo lejos, con una gravedad inocente. Su lápida decía: DESPOJADA DE LA VIDA JOVENCÍSIMA POR UNA INEXORABLE ENFERMEDAD.

Junto a la entrada del Ayuntamiento de Ponte se abre un pórtico doble con arcadas, cerrado al fondo por una pesada cancela; al otro lado, un pequeño patio, donde la hierba crece entre los adoquines. Todos los niños de Ponte Stura jugaban a meter la cabeza entre los gruesos barrotes de la cancela (quizá todavía lo hacen). Algunos están combados, separados como si un forzudo se hubiese abierto paso a través de ellos.

El Ayuntamiento aparece en mis sueños como un castillo enorme, complicado, amurallado: una especie de Kremlin. Se accede por una calle que sube en una amplia curva (¿la escalera?).

¿Significa que «no me atrevo» a entrar? Ya entonces era para mí el lugar más imponente del pueblo, incluso más que el palacio de los Conti, porque era más real. ¿Quizá porque mi padre

ejercía allí la autoridad?

Del atrio, espacioso y oscuro, la escalinata subía en curva, con escalones bajos de piedra, y una barandilla enorme con pasamanos de madera.

La oficina de papá no era muy grande, pero aun así impresionaba. Severa y triste. Los muebles eran negros, olía a cerrado, a cuero viejo y a tinta. Papá se sentaba pegado a una ventana baja por la que entraba la misma luz fría y mortecina que por las ventanas de la escuela. Delante de su escribanía había un mueble alto de cajones, que oscurecía el resto de la estancia.

Entrando en la oficina siempre sentía un instante de felicidad.

Fui muchas veces, con mamá y la hermanita, a recoger a papá los domingos por la mañana a la vuelta de misa. Los domingos, en el Ayuntamiento, había mucho jaleo; era el único día, con el del mercado, que los de la montaña bajaban al pueblo. Al cruzarnos percibíamos su olor acre y al mismo tiempo aromático.

Cuando entrábamos, papá levantaba la cabeza y miraba a mamá. En aquel momento se notaba que en la oficina mamá se sentía espléndida, y al mismo tiempo incómoda, por su belleza.

Papá me regalaba mis plumillas favoritas, que tenían forma de corazón y un anillo en el extremo. Yo creía que aquellas plumillas pertenecían de algún modo a mi padre; por eso eran mis preferidas, y las otras, sin adorno, en forma de cánula, grises –las mías tenían un precioso color cobre–, me resultaban insignificantes, ajenas.

Desde el Ayuntamiento, papá podía enviar a casa a un mensajero, a traer o a llevar alguna cosa, cartas. También recuerdo a aquel mensajero. Un hombre viejo, alto y severo, con un enorme bigote gris; una particular gorra con visera era el símbolo de su autoridad. Mamá le ofrecía un vasito de licor; el mensajero lo bebía despacio, de pie, y yo lo miraba con miedo.

Papá podía también mandar a los camineros. Cuando tenía sólo cinco años, fuimos a la montaña. A la vuelta estaba cansada y me quejaba:

–¡Hay demasiadas piedras!

Y papá aseveró, serio:

–Mañana pediré a Ricô el caminero que venga a quitarlas.

He subido la escalinata del Ayuntamiento (cuando iba a informarme para la visita al cementerio). Ya no he percibido el olor antiguo. Me he dirigido a un ujier. El hombre me miró perplejo, después me acompañó a una oficina. Era la oficina de papá.

La he reconocido por la posición de la ventana, por la luz melancólica. Me ha parecido extrañamente grande: quizá porque estaba ocupada por archivadores bajos. Ya no se encontraban allí los viejos muebles oscuros.

Me atravesó, de golpe, el espíritu de aquella oficina. Como si comprendiese, por primera vez, la humildad del trabajo de papá, de su vida, que a mí, de pequeña, me había parecido tan magnífica.

Ahora, su vida me parece bella de nuevo, pero con un significado que en aquel tiempo no hubiera podido entender. Y la certeza de ahora no es en absoluto un consuelo por la incompreensión de entonces.

Por lo demás, el único remordimiento que sufría papá era no haber podido estudiar «letras». Tenía también otros sueños, como el del viaje a Grecia, o a Palestina; o como el de «estudiar flauta»: proyectos que aplazaba para la vejez.

Pero yo me quedé aturdida cuando lo escuché decir que había realizado sus estudios técnicos por la desgracia familiar (una herencia dilapidada y otros misterios); si no, hubiera elegido ser profesor. Para mí, la oficina de papá y su trabajo eran todo uno. Me parecía disparatado imaginar a papá de otro modo. ¿Y las montañas? ¿Y Ponte Stura? Sentí una pena retrospectiva, como si yo misma hubiera perdido aquella posibilidad.

En un sueño vi la finca tal como estaba antes de que papá la comprase (la compró por poco dinero al Ayuntamiento). Era una pequeña colina a las afueras del pueblo, pedregosa, silvestre. Aterradora incluso, porque en los viejos tiempos, sobre la cima, había estado instalada la horca. En el sueño la veía desnuda y salvaje, azotada por el viento. Había cielo de tormenta, relampagueaba, y no se oía sonido alguno. Me latía fuerte el corazón, porque siempre había lamentado no haber podido conocer la finca tal como era antes, y por fin la tenía ante mí.

De repente, sentí la presencia de «alguien». Me topé con Murò, escondido en una de las grutas, dormido. Mudas ráfagas de aire mecían su pelo largo, su vientre subía y bajaba en el sueño. Su presencia me transmitió una sensación de seguridad.

Más allá del hotel, en la curva del camino, está la colina de la finca. Papá la vendió poco después de abandonar Ponte.

Ahora estaba sufriendo enormes cambios, se estaban excavando los cimientos de una casa; pero no sobre la cima, como proyectó papá, sino junto al camino. En la cima todavía se alza el *pinnacolo*.

En una pequeña explanada, papá hizo construir —como símbolo de la casa futura— cuatro delgadas columnas de base circular que regían una terraza con una balaustrada.

Aquella construcción tan etérea y a la vez resistente al tiempo daba una idea del optimismo de papá. Las primas de Turín se burlaban un poco de aquella finca que ellas llamaban, no sé por qué, *Mongioie*.

Al pie de las columnas papá plantó rosales trepadores. Y yo pude anunciar a mis compañeras de clase que uno de los rosales daba flores color violeta (lo cual rozaba lo increíble).

El primer trabajo grande que se hizo en la finca fue el de vallar el terreno: la construcción de un alto muro de cinta a todo alrededor. Por encima, las columnitas asomaban en medio de una red metálica; estaban rematadas con una especie de capitel geométrico que, bien mirado, tenía un aire enigmático. Dentro del imponente muro, la colina estaba aún virgen.

El siguiente trabajo que se realizó fue el de trazar el paseo de acceso que subía con una amplia curva hasta el *pinnacolo*. Debía servir para el automóvil. Lo bordearon a ambos lados con claveles blancos; cuando se iba al bosque a por setas por la parte opuesta del valle, si se miraba hacia abajo, se distinguía el hilo blanquísimo y serpenteante.

La parte frente a la carretera era la más empinada; había algunas grutas (donde en el sueño había visto a Murò). Por la parte de atrás, papá pudo plantar campos de cereal y de patatas, con más piedras que tierra. Pero la verdadera pasión de mi padre eran las plantas. Los árboles frutales, ralos y fatigados, no habían conseguido siquiera cambiar la fisonomía de la colina. El predilecto de papá era una especie de fresno que daba unos racimos de bayas de un rojo vivo: se llamaba «álamo pajarero», porque a los pájaros les encantaba picotear aquellas bayas.

Todavía estaban las exuberantes matas de lavanda delimitando los senderos desolados.

El hombre que trabajaba en la finca se llamaba Pietro. Como la tierra de cultivo era tan pobre, papá decidió que Pietro se quedase todo el producto y que le entregase sólo una pequeña cantidad. Raramente lo hacía. Pietro era menudo, lento: llamaba a papá «Siñó Patrún». Tenía una hija que mamá y Ciota llamaban siempre así: la hija de Pietro.

Cada año, la hija de Pietro tenía en sus brazos un nuevo lactante; el del año anterior se le aferraba a la falda, que era más corta por delante a causa del abultado vientre. Mamá se compadecía, o mejor dicho, compadecía a Pietro, por todos esos hijos de su hija que no tenían padre. Ciota decía que no, que tenían muchos padres, casi todos soldados. Lo decía con ánimo feroz, y yo entendía que había detrás algo secreto, vergonzoso, lamentable.

La hija de Pietro era tierna con sus hijos; acariciaba con la gruesa y corta mano las cabecitas con sus cofias blancas. (Pastoreaba una cabra, por los médanos de la finca.) Su rostro rústico expresaba dulzura en aquel momento.

Tenía la nariz achatada, por lo que los orificios parecían más grandes que los ojos, y los labios gruesos eran más prominentes que la propia nariz. No tenía el carácter humilde de su padre. Despotricaba –hablando con Ciota– contra las otras chicas del pueblo porque, decía, llevaban pieles. Ciota confirmaba que eran peores que ella. Nombraban como una de aquéllas a la madre de una compañera mía de escuela. Conocía esas pieles: un zorro despeluchado que ella se ponía

alrededor del cuello. Si tenía una hija no podía ser una chica, razonaba yo. Siempre me sentía un poco violenta escuchando aquellas conversaciones, pese a esforzarme en convertir los hechos en algo lógico.

Por los senderos antiguos, pegados al muro de piedra seca y cubiertos de zarzales, puede recorrerse todo el terreno de la finca.

De las columnitas de la cima se han caído algunos capiteles. Los flacos árboles frutales no están cuidados ni podados; no he conseguido encontrar el álamo pajarero. Los campos me han parecido mejor cultivados; pero se percibían indicios de la sequía.

El viento que sopla allí no se escucha en ninguna otra parte. Sólo un soplo me transportaba inmediatamente al sendero.

Por aquel viento es por lo que más amé el terreno de mi padre; en la cima era donde más se sentía, entre las matas de lavanda, de las cuales arrastraba su intenso aroma. Me encantaba andar por allí al caer la tarde, como ahora, en el crepúsculo; aquel viento llegaba de lugares, mundos, muy lejanos.

Entonces había, a lo largo de los caminos, cruces: en los muros o tapias, bajo los setos descuidados. Eran idénticas a las del camposanto: negras, con un tejadillo de hojalata abollada. Sobre cada cruz, una placa de metal atornillada a la madera recogía un nombre y una fecha. Se trataba de nombres de campesinos caídos (borrachos) en la nieve una noche de fiesta.

La desolación de aquellas cruces solitarias tenía para mí algo reconfortante y dulce. ¿Por qué habían desaparecido? También es verdad que los caserones al final de cada camino estaban ya prácticamente todos abandonados.

Uno de aquellos senderos es el que sube hasta la Virgen del Pino. La he buscado y la he visto asomar, en lo alto de la cresta; y detrás de la iglesia el pino, viejo y torcido.

Allí vivía el ermitaño. A quien se visitaba con veneración y con quien se practicaba la caridad. Él sólo comía lo que le daban. En una caja las patatas estaban enmarañadas entre ellas por la espesa mata de brotes. Mamá estaba horrorizada. Para los demás hubieran resultado venenosas, pero no para él.

Cuando el ermitaño se sentía mal por la noche, tocaba la campana y alguien acudía desde Fedio.

A mí me gustaba muchísimo la palabra «ermitaño». Me gustaba también de la otra forma: eremita. (Papá tenía un pequeño libro –que custodiaba la Madrina– encuadernado en violeta con letras doradas, un Premio Escolar, que se titulaba *Teófilo, el joven eremita.*)

A lo largo de aquellos caminos me he reencontrado con la casa aislada que tanto miedo me daba. Era un edificio civil, pintado de color claro y sin embargo siniestro. Estaba vacío, puertas y ventanas arrancadas. Su misterio a pleno sol, entre los campos de cereal y los pedregales, resultaba aún más extraño y, por lo tanto, más real. El silencio que la rodeaba no era el habitual de los campos, sino de esos que parecen contener una violencia secreta.

De lejos, la casa me pareció reformada; quizá ahora la habitaba alguien. Cuando la alcancé, vi que había sido arreglada y modernizada, pero después había sufrido un incendio. El accidente no parecía reciente, debía de haber ocurrido durante la última guerra; a través de una puerta derruida se entreveían vestigios, objetos militares.

IX

La finca de papá y el camposanto no eran lugares: el cementerio era *pueblo* y la finca era *casa*. Pero otros lugares también eran testimonios y casi partícipes de nuestra vida. Además, poseían una historia ocurrida «antes», de la cual tenían los signos y el carácter, como las personas. Pero se cubrían de ornamento con las estaciones, y su historia estaba como velada, escondida, para siempre lejana.

Creo que la intimidad con la gente del Castello la sentía sobre todo porque aquel lugar lo veía continuamente desde las ventanas de casa. También a mis padres les resultaba un lugar querido; el escenario preferido de papá para sus fotografías.

En cuanto a mí, de niña, el Castello fue el lugar de todas las cosas bellas.

Se había vuelto cada vez más silvestre, casi salvaje, pero no del todo natural. Se percibía el eco de las antiguas historias. Había evidencias de hospitalidad, caminos, parterres; y también vestigios de maniobras militares, murallas macizas, partes del fuerte demolidas. El Castello estaba inmerso en un silencio absorto, propio de los lugares que han sido campos de batalla, teatro de representaciones olvidadas.

Después de las últimas casas de Borgo Sottano está la entrada: una verja alta entre dos pilastras. La verja está ahora abierta porque el Castello hoy en día es de todos (y quizá ya no va nadie). El cojo me ha dicho que en verano aloja unas colonias.

El paseo, bordeado de altos castaños de Indias, es sombrío, fresco como entonces. En cambio, el enorme rondó en el que concluye la primera subida del acceso está ralo, y deja pasar demasiada luz: el círculo de troncos de árbol está incompleto. Desde allí, el paseo da la vuelta y asciende con otra subida nunca recorrida. Me quedé en el rondó.

Alrededor aparecen, medio enterrados, extraños asientos de piedra, restos de una construcción: trozos de arco, de capiteles ornados con molduras. Se habían quedado cóncavos, como sillas. De ellos procedía el aire solemne y ornamentado del rondó, casi como un escenario.

Entonces la hierba era tierna, fresca y corta, salpicada de pequeñas margaritas. Ahora está seca, desigual, en algunos sitios como pisoteada. En el paseo pueden apreciarse rodaduras de carro. Cualquier signo de vida nueva es también signo de violencia, se apresura la decadencia, la ruina. Mientras que entonces, sobre todo en el Castello, el tiempo parecía haberse detenido.

Yo jugaba con piedrecitas o castañas sentada sobre los capiteles medio enterrados. Mamá, silenciosa, bordaba. Como yo, ella prefería el Castello a la arboleda, porque allí estábamos solas.

Algunas veces la acompañaba una señora veraneante de Centroeuropa.

Un vago miedo amenazaba desde arriba, desde la casa del guarda, a la cual nadie se acercaba. Allí vivía la Muda.

La vi de cerca una vez, cuando éramos algo mayores e íbamos a jugar al Castello –pasando por la parte de atrás, por el camino del Podio– entre los muros derruidos. Habíamos descubierto la entrada a una galería y queríamos explorarla. Encontramos de frente a la Muda, que escarbaba con las manos y con los ojos. Quizá quería disuadirnos; huimos fingiendo una broma, en realidad asustados por su presencia.

En un punto de la carretera del Podio, el camino por el cual pasaba la carroza de la marquesa se bifurca.

No he sabido encontrar, en el primer tramo del camino, la piedra de la fotografía. Quizá sea aquel pedrusco torcido al borde de la senda: debieron de arrancarlos y volcarlos para hacer sitio a los carros de combate durante la guerra.

La piedra entonces tenía un saliente por el borde y, casi, la forma de un tocón; parecía puesta allí a propósito para sentarse. Yo creía que era «de papá».

Mi padre componía el grupo. Mamá sentada, con un sombrerito plano sobre su cabello crespo; yo en la sillita blanca, junto a ella; papá de pie detrás de nosotras, con la chaqueta de cazador abotonada hasta el cuello y el gorro de piel. Delante de todos, Murò. De fondo, el camino bordeado de robles y flacos olmos silvestres.

Papá estaba serio, un poco fiero, con una sombra de sonrisa en los ojos entrecerrados. También Murò aparece serio; pero en algunas fotografías, distraído por una mariposa, había vuelto la cabeza. Mamá miraba con sus ojos profundos, un poco burlones. (A ella le parecía muy fastidioso todo el ritual de la fotografía.) Yo, muy pequeña, con un estupor casi doloroso.

Papá salía en la fotografía porque hacía el disparo con una perilla que tenía en la mano, detrás de la espalda. La perilla iba conectada con la cámara, encima del trípode, mediante un largo y fino tubo de goma.

La fotografía, que sólo papá ejercitaba en Ponte Stura, era una actividad compleja que entrañaba además algo mágico. Comprendía operaciones secretas que se hacían bajo una luz «roja». Papá me dejaba ayudarlo.

Las placas estaban envueltas en un papel también rojo. Había unos marcos de madera con muelles de acero en los que se encastraban las placas, bateas esmaltadas de blanco con el borde azul en las cuales se escurría ligeramente el líquido, hasta que iba apareciendo la imagen. Las imágenes finales creo que por entonces no me interesaban tanto, con ellas terminaba la parte emocionante.

Mientras «revelaba», papá no decía ni una palabra, silbaba, con modulaciones parecidas a las de la flauta, y eso formaba parte de la maravilla de aquella ceremonia.

Mamá se interesaba más por las imágenes; pero a menudo la vencía el sueño durante la espera. Por eso era objeto de broma; ella se reía y contaba que en casa de sus hermanos ya se burlaban de ella, de pequeña enseguida le daba sueño en cuanto caía la tarde. (A mí eso me parecía una ingenuidad suya, una especie de inferioridad respecto a mi padre.)

Papá se tomaba muy en serio el arte de la fotografía; hacía imprimir en letras doradas, sobre la encuadernación en rojo del álbum, su nombre, con la leyenda: FOTÓGRAFO *AMATEUR*. (Mamá encontraba muy cómico aquello.) Papá usaba aquel término –que yo creía sólo suyo– también para su actividad de pintor y de flautista si el tema salía en alguna conversación; pero seguro que consideraba la fotografía como un arte más sencillo.

El estilo de su fotografía era parecido al de sus pinturas. Las imágenes eran calmas y ligeras, sin contraluces ni fuertes sombras, tomadas con una mano muy delicada.

Más adelante, las poses cambiaron un poco. Mamá tenía a la hermanita en las rodillas, y se veía que la hermanita ignoraba totalmente que estábamos en una fotografía; yo me apoyaba en mi aro, casi más alto que yo, y parecía impaciente; papá tenía un aire menos romántico y más alegre. Mamá quizá más satisfecha, más serena. ¿Fue aquélla su felicidad? («¿No tengo dos hijas preciosas?», dijo al morir, y el tiempo para ella quedaba anulado.)

También en la cima del Castello hizo papá muchas fotografías, siempre en el mismo lugar, ante un fondo en el que aparecía un pino con el tronco bífido. En una, papá apoya la cabeza en la de mamá (es del periodo «romántico»); mamá parece absorta, como si estuviera sola, y con la mano juega con mi pelo; yo, delante de ella, pequeña, de dos o tres años, las piernas delgaditas, y en los ojos aquel estupor inquieto que he sentido siempre.

Pero las imágenes que ahora busco de mi madre son las de ella sola. Mamá vestida de blanco, con el pinar de fondo, apoyada su mano levemente en la sombrilla. La cintura iba sujeta con un amplio cinturón con un broche de plata. Si no tuviera la fotografía, sólo hubiera recordado el cinturón. Era una cinta de grogrén de listas claras en amarillo y rosa, con la hebilla muy alta. Mamá nos lo regaló más adelante para jugar. La camisa era de encaje, y la falda lisa, acampanada abajo. Por encima de la muñeca caía, generoso y suave, el encaje rizado de los puños. Tenía las muñecas finas, y la mano delgada, como cansada.

Tuve su mano entre las mías, idéntica a la de aquella fotografía: la cogía, posada sobre la manta. La mano, pequeña, con el meñique arqueado ligeramente, de una gracia tímida, como secreta. Estaba abandonada, pero todavía me apretaba un poco, y el leve calor que emanaba de ella era una última devoción silenciosa.

Constantemente había mujeres a su alrededor: calladas, atentas, casi conteniendo el aliento. Pero no era siempre así. A menudo tenían muchas cosas que hacer: limpiar, barrer, cambiar las flores. Cosas «necesarias». Ella siempre alababa su trabajo: «¡Bravo, magnífico!»; pero me lanzaba una mirada de fastidio: habían interrumpido el silencio, la contemplación. Yo sufría por aquellas molestias, y me avergonzaba de no ser capaz, como las demás, de ser útil. Me sentía feliz de poder estar a su lado, mirar su rostro, sus manos ahora de nuevo pálidas y ligeras como cuando era joven.

He comparado, al principio inconscientemente, sus manos con las de las mujeres que la visitaban, parientes. A su lado eran notables sus muñecas gruesas, macizas. Sugerían incluso una dureza, algo pesado y fatigoso en las personas. Y la delicadeza de las suyas parecía indefensión y algo ligeramente fatal. Como si fuese consecuencia de su delicadeza que estuviera muriéndose.

En la cima del Castello, entre los árboles deshojados, he sentido llegar, como entonces, el viento del valle. En el claro asilvestrado se conservaban los restos de la antigua construcción: de una grandeza inusitada, remota.

La casa del guardia había sido reformada; las arcadas reconstruidas. Ya no se podía entrar, estaba rodeada por un muro con una verja cerrada.

He subido por los senderos medio ocultos entre las mimosas y todos terminaban ante una cerca reticulada. Restos de chatarra y de ferralla de la guerra aparecían aquí y allá por el camino, y recordaban una presencia militar. No era posible acercarse a las galerías, a las explanadas de roca: quizá sólo por olvido se mantenía la prohibición.

Sin embargo, he encontrado todo lo que buscaba, aquel preciso lugar: el pino con el tronco doble. Allí mamá había posado, entre los enebros espinosos en los que se le enganchaba el vestido.

El tronco doble había engordado, como una persona, con la carga de la edad. Ahora las dos esbeltas ramificaciones estaban más separadas, como los dos brazos de un candelabro. El terreno era muy irregular, y resbalaba a causa de la hierba seca.

El Podio prolonga con su perfil más dulce la altura del Castello que es todo de roca. El camino da a la vertiente del cementerio, y a los prados, hacía el Stura.

El camino del Podio está pavimentado de musgo seco como una vieja alfombra; extendida sobre lomas labradas por el viento entre blancos calveros de guijarros y malas hierbas.

Aquella sensación de vida suspendida, de «camino que no conduce a ninguna parte», la he asociado siempre a mis dos caminos «del vicio y de la virtud». Pero era demasiado suave para

imaginar el camino áspero del bien, demasiado árida para representar el tentador camino del mal: yo lo llamaba «el camino de la nada». ¿Quizá quería decir «de la muerte»?

He recorrido todo el trayecto y me ha resultado todavía muy familiar; y yo a él también.

En los márgenes de un campo seco, largo y escarpado, el salto de una liebre y justo después, tras ella, un perro blanco y negro (un pointer como nuestra Lisa). Buscaba, agitado e inquieto. El silbido del cazador lo reclamó: todavía no estaba abierta la temporada de caza.

X

Castello era todavía *casa*; más solitario y por ello más íntimo para mí que la propia casa. Una intimidad absoluta, una exultante libertad que sólo conseguía encontrar en la montaña, en los valles profundos y frescos, en sus colinas ventosas.

El pueblo, es decir, «el mundo», rodeaba, casi asediaba la casa; las montañas hacían de frontera con el mundo. Es cierto que consideraba las montañas como lugares «de papá», porque de ellas él lo conocía todo: los senderos, los pasajes, los manantiales; conocía también a sus singulares habitantes. Las aldeas, sus últimas cabañas, eran como el telón final de la humanidad, en el umbral de otro mundo; eran miserables y privilegiadas al mismo tiempo. La gente era tipo «amas de cría» con costumbres muy antiguas.

Mamá miraba todo con sorpresa llena de admiración. Las mujeres, sentadas a la puerta, hilaban la lana como en los cuentos. Los viejos nos saludaban diciendo: «¡Vaya por las almas!».

Y alguna vez se sintió también azorada cuando vio a una vieja sonarse la nariz con los dedos...

En el legendario «tiempo pasado», mamá había ido a la conquista de la montaña. En algunas fotografías aparecía subida a un mulo, vestida de blanco, con una sombrilla de encaje y el sombrero florido sujeto con un velo que le caía por la espalda. Más adelante, en cambio, aparecía con bastones de montaña y con los prismáticos colgados al cuello.

Un personaje de la montaña que también era muy de casa fue Simônass, un viejo enorme y torcido que venía hasta el Fedio a traer ricota. La ricota se llamaba *seirass*: la rima de los dos nombres me parecía consecuente. Todas las veces la escena era idéntica: Simônass no quería que le pagásemos y huía; mamá lo perseguía por el pasillo.

El queso ricota era para mí la comida de los dioses; era una delicia su sabor ligeramente perfumado, su sustancia compacta, que conservaba la marca de las costuras del zurrón de Simônass.

La gente de montaña hablaba un dialecto incomprensible para la gente del pueblo. Papá sí lo entendía, y también el padre de Idina conocía palabras y frases, que repetía para hacernos reír. *Chiauta* quería decir «en alto» y *liamunt*, «abajo».

Durante la guerra, Felicino, por orden de su madre, iba a buscar huevos a las granjas; Idina y yo lo acompañábamos.

–*As cialino tü?* –preguntaba Felicino a una muchacha en el corral. *Cialino*, *ciabro* (gallina, cabra) eran palabras sencillas; lo difícil era usar la entonación justa, como hacía él.

En la parte más alta de la montaña estaban los pastores. Un pastor puso sobre una roca –tras haberlo desenvuelto de un paño húmedo– un queso blanco, informe, grande como un pan. Al mirarlo de cerca se veía una marabunta de gusanos, ondeantes como diminutos tentáculos.

Papá perdía la paciencia con los montañeses cuando debía persuadirlos para llegar a un acuerdo. Como eran muy testarudos, los trataba de «tontos»; decía: «¡Les voy a hacer tragar el dinero de los abogados!». Su función era la de resolver sus litigios: él era el juez de paz.

Algunos montañeses eran cazadores y, por eso mismo, eran diferentes. Se entendían bien con papá. Fieros, seguros, se plantaban en medio del corral y reflexionaban con él moviendo sus enormes manos con gestos hieráticos. También sus mujeres eran más simpáticas, más vivaces. Y los perros –de caza– no le ladraban.

XI

El camino por Trinità pasaba, en el primer tramo alto, por el valle profundo del Cant. Ver el torrente desde aquella altura daba escalofríos.

Papá había estado conversando con una mujer que segaba hierba con una hoz en aquella orilla. Con una voz como una cantinela lenta, la mujer le contó un hecho espantoso. Su marido, mientras segaba como hacía ella en ese momento, se cayó hacia atrás, rodando piedras abajo hasta el fondo de la hondonada.

Al borde de aquel camino ahora ya no está la rústica empalizada, hecha con pequeñas estacas de dos brazos y una gruesa rama sin corteza encima; ahora hay un parapeto de cemento. El camino lo han allanado, rehecho. Pero bajo el parapeto, en la orilla en pendiente, he encontrado, como entonces, a una mujer. Descarnada, con el pelo revuelto, vestida con harapos; las piernas desnudas, flacas como palos, metidas en unos zapatos de hombre que parecían de hierro. Tenía a su lado una cabra.

—¡La hierba está seca! —digo.

Ella me explica que así es mejor, porque la verde les da a las cabras «cagarrinas».

—¿No le da miedo resbalar? —Se encogió de hombros.

—¡Bah! —Era viuda desde hacía muchos años; su marido había cogido la «insidia maléfica» en la cabeza. El preboste de Trinità le consiguió el «volante» para que lo atendiesen gratis en el hospital. (Hablaba del preboste como si fuese alguien de ayer, y como si yo lo hubiese conocido.)

La admiración que mi madre sentía por Don De Maria, el preboste de Trinità, era parecida a la que le inspiraba el Doctor (aunque no tan romántica): por otro lado, lo admiraba como había admirado al maestro de Festiona y al ama de cría: por su religiosa simplicidad.

Mis padres consideraban al preboste un hombre libre y sin prejuicios. (¿Manifestaban de esa manera su desaprobación respecto a los otros párrocos? Si era así, nunca lo dijeron.) Comparado con el Doctor, el preboste no era considerado un hombre de ciencia, pero también él sabía curar, en caso de urgencia, a los enfermos. Ambos defendían a los pobres; si bien el preboste vivía casi como ellos, mientras que el Doctor lo hacía como los señores.

Don De Maria era para todos «el preboste», como el doctor Vinaj era «el Doctor» para sus amigos. Ser amigo del preboste no era algo excepcional; él se llevaba bien con todos. Incluso los forasteros que pasaban por Trinità eran hospedados si hacía falta o, al menos, invitados a una taza de café.

Por lo general, el preboste no se encontraba en la casa del párroco. Había que buscarlo – alguien te lo indicaba– en un pequeño campo elevado, perpendicular sobre un muro de piedra seca. Estaba segando el centeno, lo cortaba con una guadaña; luego nos contó por qué era necesario hacerlo así. Hablaba despacio, con su voz un poco ronca de fumador, con una precisión encantadora. Para trabajar vestía su indumentaria de caza, de pana, con su chaleco. Aquellos campos no eran suyos, trabajaba en el puesto de los hombres que estaban en la guerra.

A mí me parecía muy viejo. Estaba un poco encorvado, con el rostro sonriente, quemado por el sol, surcado de arrugas profundas. Sus manos eran duras, callosas. Cuando comía recogía una a una las migas de pan dispersas por el mantel: mamá lo observaba sonriendo. También aquello debía parecerle humildad.

La sacristía estaba adosada a la iglesia, que por dentro era pequeña como una habitación, pero tenía una fachada muy alta. El campanario era una especie de chimenea. Las diferentes estancias resultaban modestas pero luminosas, tenían muros gruesos, abultados; el suelo crujía. Y por todas partes se extendía un olor a madera y a miel.

De las paredes de la escalera asomaban, sobre ménsulas y caballetes, águilas y otros animales disecados. Pero la salita era la que contenía la maravilla de las maravillas: ¡en el centro de la mesa redonda cuatro ardillas jugaban a las cartas! Con sus manitas ágiles sostenían los naipes frente a sus hocicos diminutos.

La segunda maravilla estaba en otra habitación, era el Árbol de los Pájaros. Dentro de una vitrina un arbolito frondoso sostenía en sus ramas montones de pájaros ligeros y de variados plumajes: casi parecía que estaban a punto de cantar. Todos aquellos animales habían sido disecados por el preboste.

Él sabía extraer el veneno a las víboras; era amigo de las abejas, de las que recolectaba la miel. La miel del preboste se consideraba una de las delicias de Trinità, como el café de Marianin.

Marianin era el complemento perfecto del preboste: le confería, a mis ojos, un punto de mundanidad. Pequeña, menuda y muy esbelta, aunque padeciera, como un hada envejecida, de pies planos, por lo que cojeaba un poco. En su rostro destacaban sus ojos negros, audaces; una sonrisa maliciosa y un carácter maternal, aunque algo brusco. Iba siempre arreglada, pero los días de fiesta, cuando se ponía sus joyas, se convertía en una pequeña señora.

Marianin no era menos respetada que el preboste mismo. Cuando volvíamos de cazar, me lavaba los pies y yo me sentía abrumada por aquel honor.

A menudo íbamos a Trinità a cazar; el preboste era cazador, pero no tenía perros, y le gustaba mucho que papá llevase a Murò. Se salía tempranísimo por la mañana. El preboste daba la misa aún a oscuras, ella lo ayudaba. Me parecía algo extraordinario que hablase en latín y poder escuchar el campanario del altozano.

Marianin tenía nietos huérfanos, de los cuales Don De Maria era tutor, mientras se hacían mayores. La chica estudiaba para maestra y por eso siempre hablaba italiano; su hermano era teniente; estaba en la guerra. Cuando venía de permiso me divertía con él casi tanto como con los tíos. El hecho de que jugase y bromease conmigo me hacía sentir importante, como con el tío Andrea. Guapo, un poco gordo y ligeramente zambo, sabía muchas canciones; a mí me encantaba la de Pamela: «Pamela, bella Pamela, la hija del zíngaro de Doberdò...». (Doberdò era otro de aquellos nombres legendarios *de la guerra*.)

Si estaba Mariuccia, la nieta, me quedaba varios días en Trinità. Dormía en la habitación pequeña, donde se guardaba el Árbol de los Pájaros.

Mariuccia estudiaba inglés; cada vez que tocaba un objeto decía su nombre en ese idioma. Me aseguró que el preboste lo sabía «todo»; para demostrármelo, le preguntó qué era el lapislázuli (palabra misteriosa que salía en la canción de Pamela). El preboste, por supuesto, lo sabía.

Mariuccia contaba muy bien las historias. Como aquella, verdadera, del viejo vagabundo que se detuvo en Trinità mientras cruzaba el valle. Contó que había cruzado todos los valles buscando «las fuentes». (Mariuccia imitaba el modo de hablar del viejo, que pronunciaba *funtés*.) Había hecho aquello durante toda la vida, pero la noche que paró en Trinità, en el henil donde se había echado a dormir, murió.

La habitación en la que dormía estaba desnuda, salvo por la cama y el Árbol. La ventana era alta, de trompeta, sin cortina. Una noche me desperté y vi la luna de frente. En Trinità se veía muy cerca. No me dio miedo. En el intenso silencio se escuchaba un leve rumor: el preboste roncaba.

A Cornalè se iba habitualmente al caer la tarde. Acudíamos en todas las estaciones, pero sobre todo en primavera y en otoño. En invierno, durante largos periodos no había ni siquiera camino, y en verano hacíamos otras caminatas, y teníamos otras compañías.

¿Por qué íbamos tan a menudo a Cornalè? En aquel entonces me bastaba con el nombre. No había en el mundo otro Cornalè.

¿Por qué éramos tan amigos de Gin y de Cino? Cino, el cazador, era tan feo que no me cansaba de mirarlo. Sus labios gruesos, agrietados, no conseguían cerrarse por encima de sus dientes grandes y saltones; era un poco tartamudo, y cuando hablaba sus labios se torcían de un modo casi doloroso. Para ayudarse con las palabras difíciles sacudía la cabeza, parecía escuchar la pesada mata de rizos negros que le caía sobre la nariz. Se reía con las historietas de papá, sin darse cuenta de que eran repetidas, cosa que yo observaba enseguida.

Por ejemplo, la historia del hombre que cortaba el pan con la espalda contra un árbol. Papá la repetía para advertirnos de que no se debía cortar el pan sujetándolo contra el pecho. El hombre de la historia había cortado el pan, a sí mismo y el árbol en el que estaba apoyado. No recuerdo si

la primera vez me pareció divertida la anécdota; pero lo que sí me parecía increíble es que Cino, cada vez que la contaba, se riese de forma convulsa, levantando los brazos, como diciendo: «¡Basta! ¡Basta!».

Gin reía poco, era demasiado soberbia. Gin era grande, ruda pero hermosa y majestuosa como una reina de los bosques. A mamá no le parecía bien que Gin tratase de tú a papá.

No lo hacía siempre, pero sí cuando lo interpelaba, por ejemplo. (La gente de montaña hablaba sólo de tú.)

Mamá nos contó, cuando fuimos mayores, que papá antes de casarse había recibido un préstamo de Gin de Cornalè. A nosotros el asunto nos pareció cómico y sin mayor importancia.

Giannetto (su hijo) era muy atractivo. Mamá lo miraba, lo seguía con la mirada y le decía a Gin: «¡Qué guapo es Giannetto!».

Y ella, tan rústica, se encogía de hombros y decía: «¡Bah, no es para tanto!».

El Cornalè está oculto tras las crestas que se extienden paralelas al valle y forma una vaguada atravesada por un río.

El río era un hilo de agua invisible entre piedras y maleza. Era muy difícil encontrar el punto exacto para poder cruzarlo, saltando sobre las piedras que parecían alineadas adrede. Sólo papá sabía encontrarlo: un atajo secreto.

El largo camino empieza a mitad del recorrido, entre campos secos, polvorientos. Árboles raros, robles viejos y enormes dan sombra al camino con sus hojas rojizas, abrasadas.

En la vaguada no he conseguido encontrar el paso del río. Crucé por el punto más estrecho agarrándome a las ramas. Al otro lado me topé con un desnivel escarpado. Qué decepción: no reconocía los lugares.

Vi pasar por la parte alta del terraplén una pequeña caravana. Un hombre conducía un carro tirado por un buey. El carromato iba cargado de niños, cuatro o cinco.

—¿Va a venderlos?—grité. El hombre se paró y miró hacia abajo. Me sorprendí de haber hecho aquella broma: había imitado a papá. El hombre se rió alegre, era anciano y podía apreciar una broma de las de antes. Dijo que eran sus nietos. Yo le pregunté por el hijo de Gin. Aquél, justo aquél era el árbol, y el hombre me indicó un fresno, del cual Ginnetto se había caído. Se había quedado paralítico. No hacía mucho que había muerto. Después, el hombre me indicó el camino para llegar a la casa.

De camino recogí bajo los raquíuticos manzanos algunas manzanitas: estaban secas, amargas, parecían envenenadas.

No he reconocido la casa; antes se llegaba por el lado opuesto. La pequeña aldea parecía desierta, abandonada. Tejados vencidos, matas de ortigas entre los muros derruidos. Ladró un perro.

Cino tenía perros muy queridos, rastreadores de liebres, siempre atentos y silenciosos. Había

también un enorme perro guardián, pero en Cornalè nunca me dieron miedo los perros. Ahora los ladridos me parecían rabiosos, me dio la impresión de estar siendo expulsada.

Una mujer le gritó al perro que se calmara; se volvió hacia mí con la típica frase: «No *dice* nada». (Que significa que no muerde.) La señora era delgada, frágil, no muy mayor, todavía ágil y con los ojos muy vivos. Me miraba. Le he dicho, dudando, que yo conocí a una tal Gin. La mujer encoge los hombros –igual que hacía Gin– y dice: «¡Mi *madona!*» (mi suegra).

Dije el nombre de mi padre y la señora me abrazó, levantó los brazos, hizo fiestas.

La cocina estaba igual. El techo con bóvedas, blanquísimo –como si fuera una casa en España–, de un blanco como de leche o harina. La chimenea negra, el caldero. Sólo el suelo era nuevo, de baldosas.

–Lo ha hecho mi hijo –dijo la señora.

Entonces era de tierra batida, alisada y prensada, parecía que te ibas a resbalar; sin embargo, estaba dura y firme, sorda al paso como una alfombra.

Cuando llegabas acalorado la cocina estaba fresca como una cantina. Mamá admiraba aquella limpieza; como ahora también la admiro yo. Hay incluso flores en un jarrito en el centro de la mesa: enormes dalias. (Esto sí es una novedad, no creo que Gin se ocupase jamás de las flores.)

Todo estaba igual porque no habían podido comprar nada. ¿Sabía la desgracia de Giannetto? Vivió once años parálítico. Ella sola para hacer todo el trabajo, con el niño. Pero ahora el hijo ya es un hombre, y es bueno. Giannetto se deprimía, había que consolarlo. Después llegó la guerra. De Ponte Stura venían a Cornalè, a ocultarse. Incluso llegaron judíos, venidos de fuera. Luego un fascista de Ponte los denunció. («Fascista de Ponte»: escuché el sonido de aquellas palabras; su combinación para mí no tenía ningún sentido.)

La mujer despegó de un marco un cartoncito, era una fotografía hecha por papá. Eran los cazadores, en grupo, con las escopetas y los perros y las aves cazadas. Se parecía a las fotografías de Buffalo Bill. Sombreros de ala, bigotes, el ceño con gesto grave. Papá, con una liebre colgada del cinturón mostraba una sonrisa burlona esta vez.

La mujer dio la vuelta al cartoncito, ya amarillento. El reverso estaba escrito por papá, con su caligrafía fina, pequeña. «Al señor Giacinto Verra, gran cazador. Cornalè Sottano.»

–Con Giannetto hablábamos mucho de él. También yo lo conocí un poco antes de casarme. Venía a Fedio, a casa de mis padres, por la mañana temprano, con otros señores; todo gente de Ponte; para tomar leche con nata. Hablaba mucho de todos, hablaba bien. Era el mayor y el más guapo de todos aquellos señores. Era delgado, rubio. Sonreía como usted. –Señala la fotografía–. Usted sonríe de la misma forma. –Y la mujer se quedó mirándome con nostalgia. Me mostró el pequeño huerto a la sombra de los castaños donde, pese a la sequía, florecían las dalias–. Este lugar no me gustaba al principio –dijo. Y miró alrededor todo el monte yermo y rocoso–, en Fedio todo es verde y mucho más bonito; pero ahora ya no me importa.

Me indicó el camino correcto que llevaba al puente sobre el río. No le pregunté por el pasadizo secreto, quizá ya no existe.

La mujer quiso invitarme a beber. Junto al olor áspero de los rastrojos, al calor feroz del mediodía, al estridente canto de las cigarras, me sentía como drogada.

XII

Me encontraba entre las casas de una aldea que no conocía y que, como Cornalè, parecía desierta. Casas medio derrumbadas; el resto, derruidas del todo. Pero, entre éstas, una estaba recién encalada, con la puerta barnizada de verde claro. De allí salió un hombre enjuto, un viejo. Me miró con sorpresa.

–Magnífica su casa. –El viejo se alegró–. ¿Vive usted siempre aquí?

–No, no, vivo en Francia –respondió. Había trabajado allí durante cuarenta años–. ¿Sabe usted cuántos años tengo?

–Quizá conoció a mi padre. –Y le dije el nombre.

–¡Claro! Y él también me conocía a mí, de nombre y de apodo. Me llamaban *Bandiera*.

Una mujer salió de la casa y se paró a mirar. Vieja pero bella, grande, alta. Miraba majestuosamente, sin curiosidad, y dijo:

–¿Ya le está contando tonterías?

–Oh, no. Conoció a mi padre. –Le repetí el nombre. La mujer continuó mirándome del mismo modo que antes. Le pregunté si ella también lo había conocido. No respondió enseguida; después dijo, con gesto despreocupado, casi desdeñoso:

–Hablamos de él justo ayer por la noche.

De repente, temí que la vieja estuviera burlándose y me asusté un instante; después entendí que se refería de verdad a una conversación.

–No hubo nadie más como él –dijo con seriedad–. Yo era muy joven entonces. Y aunque él también era joven, ya era todo un hombre. Y aún no estaba casado.

Hablaba tranquila, despacio; dando solemnidad al discurso. Quizá estaba repitiendo lo que habían dicho la noche anterior. El anciano la escuchaba y mostraba de nuevo su gesto de sorpresa. Ella contó que había ido con otras chicas a la «villa». Eran las fiestas.

–Dimos una vuelta, y lo miramos todo. Después nos entró sed. Pero para beber se necesitaba dinero y nosotras no teníamos. Habíamos pensado tomar una taza de caldo: costaba una moneda. Vuestro padre nos miraba: «¡Cantad una canción! Si la cantáis bien os invitaré a beber». Nosotras cantamos y él nos invitó. –Se calló un momento y luego añadió–: Nunca lo hemos olvidado.

Así había sido papá, gestos sencillos y caprichosos; sus bromas con las mujeres (cosa que más adelante se convirtió en reserva; ¿quizá por agradecer a mi madre?).

Mamá, tan alegre, había vuelto serio a papá.

–Él sabía –dijo antes de morir, cuando se abrió a nosotros de aquella nueva manera trágica y ligera a la vez– que, de algún modo, podía perderme.

Nosotros, de su historia, no supimos apenas nada.

Durante muchos años, mamá nos parecía bella y sabia; pero papá resultaba, en nuestra opinión, mucho más interesante.

Ella realmente se volvió más alegre cuando fuimos mayores, aunque siempre lo había sido a su manera espontánea y rápida. La alegría de mamá estaba en recibirnos a la vuelta de la escuela, en correr hacia papá cuando volvía a casa; nosotras lo juzgábamos como una ingenuidad, pero considerábamos a papá, a quien veíamos entonces más serio, casi taciturno comparado con el del tiempo de Ponte Stura, alguien más profundo que mamá. Así fue en nuestra infancia.

Después, nuestro juicio perdió vigencia. Papá nos resultó demasiado simple; y empezamos a descubrir la gravedad de los silencios de mamá, a percibir algo intenso y misterioso en su belleza. Hasta que nuestra juventud nos volvió obtusas: indiferentes a todo aquello que podían haber sido o no haber sido ellos. Aceptamos con naturalidad, casi con negligencia, que habían sido buenos, con una especie de esperanza de que hubieran sido felices.

Cuando papá enfermó no nos dimos cuenta de que mamá era todavía muy joven; sólo sabíamos que él era viejo. Pero cuando ella murió sufrimos aquella pérdida con una lucidez cruel; como una operación quirúrgica imprevista y sin anestesia.

El aire había refrescado, el cielo se había cubierto. La ligera niebla era una medicación inútil para los síntomas de la sequía.

En el hotel, la habitación ya no me pareció tan hostil. Un ramito de cólchico en un vaso de agua combatía con el amarillo de las paredes, que parecía casi verde. El cólchico (que entonces se llamaba *frigiólina*: es decir, la flor de los primeros fríos) lo recogí en los prados de la Virgen de Ronvello.

La Virgen de Ronvello es una ermita rústica en lo alto de una loma de piedra, suspendida sobre el valle. Desde abajo sólo la distingue quien la conoce. Subí con mamá varias veces cuando era pequeña. Salíamos nosotras dos solas, papá ya estaba esperándonos. ¿Dormía allí, en un pajar? ¿O salía antes que nosotras? Papá hacía en Ronvello un exhaustivo trabajo de medición para el Ayuntamiento. Mamá le llevaba todos los días el almuerzo. Sólo pasó en Ronvello, pero después lo recordamos siempre. También en los últimos días de mi madre.

He salido por el puente del Cant hacia la montaña. Desde el camino de las bestias partía el sendero que subía solitario. Me paré, consideré si era buena idea seguirlo. Mientras, me adelantó

un perro, silencioso como una sombra y ligero, casi como si le esperase un asunto urgente más adelante. Sentí cierto temor por un instante; pero los perros ahora son distintos: ni se fijó en mí.

El camino comenzó a ascender empinado. Bajo los pies rodaban las piedras, desprendiéndose en minúsculos derrumbes. Aquél era el sendero. ¿Por qué tendría que haber cambiado?

Levantando la cabeza vi, en lo alto, en otro atajo a medio camino, a una niña con una cesta. Quizá también ella le llevaba la comida a alguien.

—¿Voy bien por aquí hacia Ronvello?

La niña asintió con la cabeza y me indicó la dirección con la mano.

La dulzura del presente restaba importancia a la felicidad del pasado. He intentado imaginar que mi madre subía conmigo: sólo he recuperado su silenciosa presencia de siempre. Ya habíamos pasado el breve altiplano, cercano a la fuente, donde ahora dos jóvenes mujeres están lavando. Me miran y me dicen, con una familiaridad un poco cómica: «¿Vamos a la montaña, pues?».

En el último tramo aparece el saliente rocoso sobre el que se asienta la ermita. Papá solía estar en los alrededores, nosotras lo esperábamos en el prado.

Llegaba sonriente, con su chaqueta de cazador y los pantalones de cuero; se secaba el sudor. Lo abrazábamos y nos sentábamos en la hierba. Invitaba a los que habían trabajado con él, los «medidores». Ellos se sentaban un poco intimidados y aceptaban un vaso de vino; metían sus bigotes en los vasos de aluminio.

La capilla estaba igual de decadente que ahora. Hay pintadas en las paredes exteriores, nombres de soldados. Algunos fueron escritos con tizones y están medio borrados.

Hacia el monte la vista es de campos áridos, rocas y grutas: un paisaje desértico. Hacia el valle se abre el gran espacio vacío. Al fondo está la larga llanura, con los surcos del campo labrado; en el centro, las dos elevaciones, la del Podio y la de Castello; más abajo, Ponte Stura, enrocado en la entrada del valle lateral del Cant.

Los montes, alineados como honduras o quintas, son aquellos de los nombres extraños, que me parecían de un país desconocido. Tienen un aspecto antiguo, desolado, boreal.

La carretera nueva, abajo, es un cordón negro, azulado. En el cuadro que pintó papá ese cordón era blanco.

El cuadro con el valle visto desde lo alto (¿desde Ronvello?) estaba colgado al lado de la cama de mamá. Mientras estuve junto a ella, en sus últimos días, lo contemplé a menudo.

En primer plano, papá había pintado a dos pastorcillos y una cabra (los había copiado de una postal). El preboste, de visita, había admirado el cuadro, pero confundió la cabra con un asno: «¡Qué bonito el burro!».

Lo compadecieron porque no entendía nada de pintura. ¡Pero cuánto se había reído mi madre!

El valle, como la casa, estará habitado para siempre por ellos y por la niña que fui.

Se puede seguir incluso el rastro de las presencias físicas. A pesar de que nada de todo aquello «siga existiendo». Aun así, no puede contener otras vidas. Por eso, durante la partida, en aquel lejano otoño, había pensado: «Allí *estaba...*»

1962-1964

NOTAS

1. Tipo de gorro utilizado por militares. (Todas las notas son de la traductora.)
2. En español: «¡Jamás os llevéis el cuchillo a la boca!».
3. «Hospicio» es un término que parece incluir connotaciones peyorativas. En realidad, se refiere a la institución religiosa benéfica que se hacía cargo de la primera educación de los niños, a modo de escuela o jardín de infancia; fuesen pobres o no, huérfanos o no.
4. Ciociaria es una zona rural cercana a Roma, en la región del Lazio. El disfraz de *ciociara* es de los más típicos de Italia; se trata de un traje de estilo regional, inspirado en la indumentaria que usaban las campesinas.
5. Se llama así a los empleados modestos y mal pagados que se sacrifican por su monótono e ingrato trabajo. Viene del nombre del protagonista de la novela de Vittorio Bersezio *Le miserie d' monssù Travet* (1863), que da vida a ese pobre empleado esclavo de su deber.
6. El olor a ceniza se debe a que la colada se hacía «colando» agua hirviendo por un cernedor con cenizas de carrasca dentro, al pasar a través de la ceniza el agua adquiría las propiedades de la lejía. Por eso, a lavar la ropa se le llama «hacer la colada».
7. Armario de luna.
8. ¡Qué delgada está usted!
9. La morra es un juego de manos que consiste en acertar el número de dedos mostrados entre dos jugadores.
10. Se refiere al nombre que se le daba, sobre todo en la zona toscana, a una moneda de veinte céntimos, un níquel.
11. Cada uno tenía su propio asiento para utilizar las letrinas, de reciente implantación en las casas.
12. Frette es una empresa textil italiana conocida por sus lujosas sábanas. Se estableció en 1860 en Grenoble, Francia, pero se mudó a Concorezzo, Italia, en 1865, donde actualmente tiene su sede, en Monza.
13. Tejido de lino, muy ligero, que se empleaba para hacer manteles y servilletas.
14. Periódico infantil, con viñetas y cuentos, que se fundó en Florencia en el año 1906 y duró, con la lógica interrupción de la guerra, hasta 1924; posteriormente se llamaban así genéricamente las publicaciones para niños y jóvenes.
15. La cancioncilla (típica, infantil y popular francesa) hace referencia al juego de azar de la paja más corta.
16. Italia Turríta es la personificación nacional o alegoría de Italia. La escultura es una dama que porta una corona mural (de ahí lo de *turríta*, con torres, en italiano) símbolo que procede de la heráldica.

17. Dejamos la rima en italiano porque incluye la pronunciación especial de Ciota; en castellano sería: «Doctor Vinaj, que come la sopa sin ajo».
18. En italiano las palabras tienen cierta similitud fonética. «Le Umiliate» y «le mule matte».
19. Poemilla popular piamontés. En castellano, dice más o menos: «Ahí está el barón de Onea / Por allí tiene un viejo castillo / Su padre viene de Enea / su madre viene de August».
20. Queso italiano llamado *tomino*; de cabra, pequeño y sin corteza.
21. *Carta da zucchero* se refiere a un tipo de papel grueso, como de estraza, de color azul claro, empleado antiguamente para empaquetar el azúcar. Por extensión, en la actualidad existe el color «azul *carta da zucchero*» para referirse a un tipo de azul concreto.
22. «Yo soy el jorobado / llamado Gesolmín, / dueño de mi tienda, / dueño de mi jardín.»
23. «El boticario vende / veneno abrasador / y tú de mí pretendes / que yo te venda amor.»
24. *Tota* es un término del Piamonte con el que se refieren a «señorita». Lo usan para referirse a las *señoritas* de antes, que lo eran pese a ser ancianas; por lo general solteras, viudas.
25. «Cuando un día en la montaña», «... a mi viejo padre / ni siquiera le besé la mano.»
26. El cuerpo de *Dame della Croce Rossa* nació oficialmente en Roma en el año 1908, por iniciativa de la reina consorte Elena de Montenegro, pero ya antes, en el siglo XIX, existía como un grupo de enfermeras voluntarias que estuvieron presentes en todos los escenarios bélicos o de emergencia donde se las necesitó.
27. «El General Cardona la ha liado bien, ha metido a *tota* Magnetti en la Cruz Roja, bom bom bom, al ritmo del cañón.»
28. «Si quieres ver Trieste / mira una postal.»
29. Flor.
30. El Jueves Santo se llama en Italia *Giorno dei Sepolcri*, día del Sepulcro, de ahí su referencia a lo «verdaderamente sepulcral» de la ermita.
31. Al verter carburo al agua se produce acetileno y por tanto gas, por lo que a simple vista el agua echa humo.
32. «... qué te dice, murmurando, el mar.»

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

SEGUNDA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII